Las Bellas Historias de la Biblia

ARTHUR S. MAXWELL

Las Bellas Historias de la Biblia

Héroes y Heroínas

(Desde la victoria de David sobre Goliat hasta la división del reino)

TOMO IV

Las Bellas Historias de la Biblia

Héroes y Heroínas ✦ Tomo Cuatro

Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

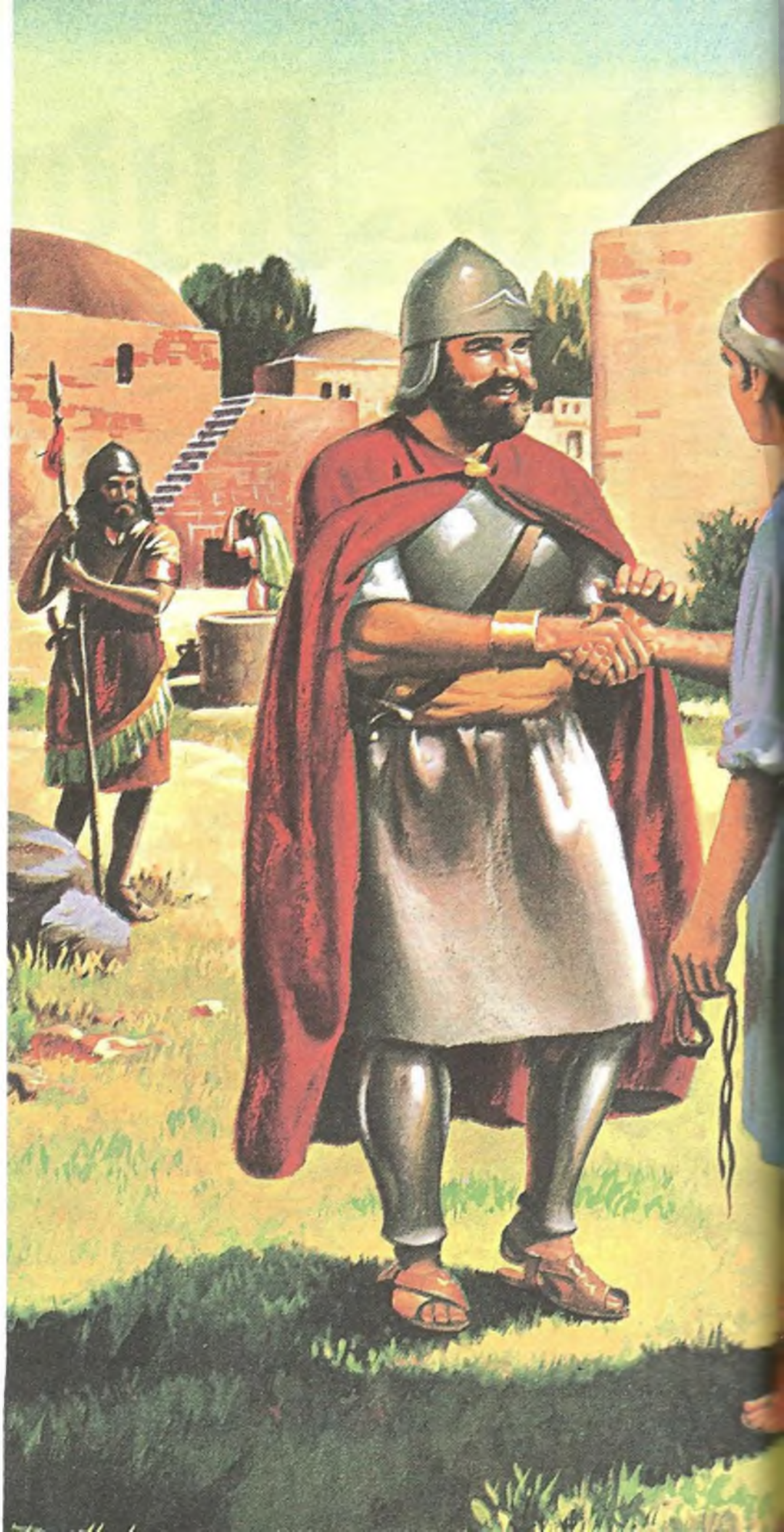
Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

Mission Publications

Translation copyright, 2009, by Mission Publications.
Illustrations copyright, 1994, by the Review and Herald Publishing Association.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de su contenido literario o pictórico debe ser reproducido sin permiso de los editores.

OFFSET IN KOREA



El rey Saúl honró a David por haber eliminado a Goliat, nombrándolo jefe de sus tropas. Y el príncipe Jonatán le regaló sus ropas y se convirtió en su amigo más fiel.

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

ÍNDICE

Primera Parte: Historias de David

1 Samuel 16:14 a 31:13

1. David, el valiente 9
2. Conquistando a una princesa 14
3. Un muñeco en la cama 17
4. Un historia de tres flechas 20
5. La espada de Goliat 24
6. Cantando en una cueva 28
7. Una vida conducida por Dios 31
8. Salvados de milagro 34
9. Bien por mal 38
10. La valiente y hermosa Abigaíl 41
11. Aventura nocturna 46
12. La adivina de Endor 51
13. Un valeroso rescate 54
14. El triste fin de Saúl 59

Segunda Parte: Historias del Rey Pastor

2 Samuel 1:1 a 24:25; 1 Crónicas 1:1 a 21:30

1. El hombre con una corona 63
2. Campo de dagas 66

3. Dos acciones miserables 69
4. David es coronado rey 73
5. Jebús se convierte en Jerusalén 78
6. El arca vuelve al hogar 82
7. Sentado ante el Señor 86
8. "La misericordia de Dios" 89
9. Un vecino maleducado 93
10. Cae una sombra 96
11. El arrepentimiento de David 99
12. Un muchacho muy malo 103
13. Dos muchachos en un pozo 107
14. Enredado en un árbol 109
15. Un ángel sobre Jerusalén 113

Tercera Parte: Historias de Salomón

1 Reyes 1:1 a 11:43
1. La fiesta interrumpida 119
2. La gloriosa despedida de David 124
3. Salomón pide sabiduría en oración 130
4. Un niño es cortado en dos 134
5. Israel en su mejor época 137
6. Hiram, el artesano del bronce 140
7. Construyendo en silencio 143
8. La dedicación del templo 146
9. Palabras de advertencia 152
10. La reina de Sabá 155
11. La sabiduría del sabio 159
12. La gran piedra de tropiezo de Salomón 162

Cuarta Parte: Historias de Israel y de Judá

1 Reyes 12:1 a 16:34
1. El precio de la imprudencia 167
2. El reino dividido 171
3. Asalto al templo de Salomón 175
4. El altar quebrado 179
5. Muerto por un león 181
6. La reina disfrazada 184
7. El ídolo de la abuela 187
8. De mal en peor 190

PRIMERA PARTE

Historias de

David

(1 Samuel 16:14 a 31:13)

"El Señor es mi pastor, nada me falta; ◆ en verdes pastos me hace descansar. Junto a tranquilas aguas me conduce; ◆ Me infunde nuevas fuerzas. Me guía por sendas de justicia por amor a su nombre. ◆ Aun si voy por valles tenebrosos, no temo peligro alguno porque tú estás a mi lado; tu vara de pastor me reconforta. ◆ Dispones ante mí un banquete en presencia de mis enemigos. Has ungido con perfume mi cabeza; has llenado mi copa a rebosar. ◆ La bondad y el amor me seguirán todos los días de mi vida; y en la casa del Señor habitaré para siempre". ··· Salmo 23.

David, el valiente

(1 Samuel 17:1-53)

LA casa estaba solitaria. Tres de los hermanos mayores de David habían ido a ayudar a Saúl a luchar contra los filisteos. Sus padres estaban preocupados por lo que podría pasarles en el campo de batalla.

David también se sentía intranquilo. Mientras cuidaba las ovejas en la ladera de la montaña, no podía dejar de pensar en Eliab, Abinadab y Sama. Tal vez murieran en la batalla o fueran tomados prisioneros, y no podría verlos más. Esto lo ponía muy triste.

Tendido sobre el pasto verde y esponjoso, con las ovejas pastando a su alrededor y la suave brisa que lo refrescaba, preguntaba por qué la gente tenía que pelear y matarse. Entonces, recordó el día en que un león había atacado sus ovejas, y cómo él solo había luchado con la fiera y la había matado. Jamás se olvidaría de ese león, ni del oso que había atacado sus corderos. No había querido matarlos, pero no le había quedado opción para poder proteger a sus ovejas.

Pero con los filisteos era diferente. Ellos sabían lo que ha-

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Antes de vencer a Goliat, David cuidaba las ovejas de su padre. Mientras vigilaba el rebaño, aprendió a conocer el amor de Dios y, más tarde, compuso el bello Salmo del Pastor.

cían. ¿Por qué no se quedaban en su propia tierra? ¿Por qué venían a otro país para molestar a la gente? De repente, oyó un llamado familiar:

–¡David!

Era la voz de Isaí, su padre, que deseaba enviar provisiones para sus muchachos que estaban en el campamento. ¿Estaría David dispuesto a llevárselas?

¡Vaya pregunta! ¡Era lo que más deseaba hacer en el mundo! Tal vez llegaría a tiempo para observar la batalla. Hasta quizá podía conocer a los filisteos y ver qué clase de personas eran.

"David... se levantó muy de mañana y, después de encargarle el rebaño a un pastor, tomó las provisiones y se puso en camino".

No sabemos cuánto tiempo le llevó el viaje, pero por fin llegó al campamento. Dejó la comida con la persona a cargo y luego buscó entre los soldados hasta encontrar a sus hermanos.

¡Cuán feliz estaba de verlos otra vez! Sin embargo Eliab, el mayor, no lo recibió muy alegre. Enojado, le preguntó por qué había venido y con quién había dejado las ovejas.

–"¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Con quién has dejado esas pocas ovejas en el desierto? Yo te conozco. Eres un atrevido y mal intencionado. ¡Seguro que has venido para ver la batalla!"

–"¿Y ahora qué hice? –protestó David, como lo hubiera hecho cualquier otro muchacho al verse reprendido por un hermano mayor–. ¡Si apenas he abierto la boca!"

En ese mismo momento, alguien gritó:

–¡Miren, ahí viene!

David levantó la vista y, atónito, vio que del campamento de los filisteos avanzaba un hombre gigantesco, de unos tres metros

de altura, armado con un enorme casco de bronce, una impresionante coraza de bronce que le cubría el pecho y las piernas. "El asta de su lanza se parecía al rodillo de un telar, y tenía una punta de hierro que pesaba casi siete kilos. Delante de él marchaba un escudero".

–¿Quién es ese gigante? –preguntó David.

–Goliat, de Gat –le contestó alguien mientras comenzaba a huir al ver que el enorme guerrero avanzaba a grandes pasos hacia el valle que separaba los dos ejércitos.

¿Por qué todo el mundo huye?, se preguntaba David. ¿Por qué nadie es capaz de hacerle frente?

Chasqueado y enojado, David dijo:

–¿Quién es ese filisteo, ese pagano, para insultar así "al ejército del Dios viviente"?

Alguien oyó lo que decía y se lo contó al rey Saúl, que mandó a llamar al muchacho.

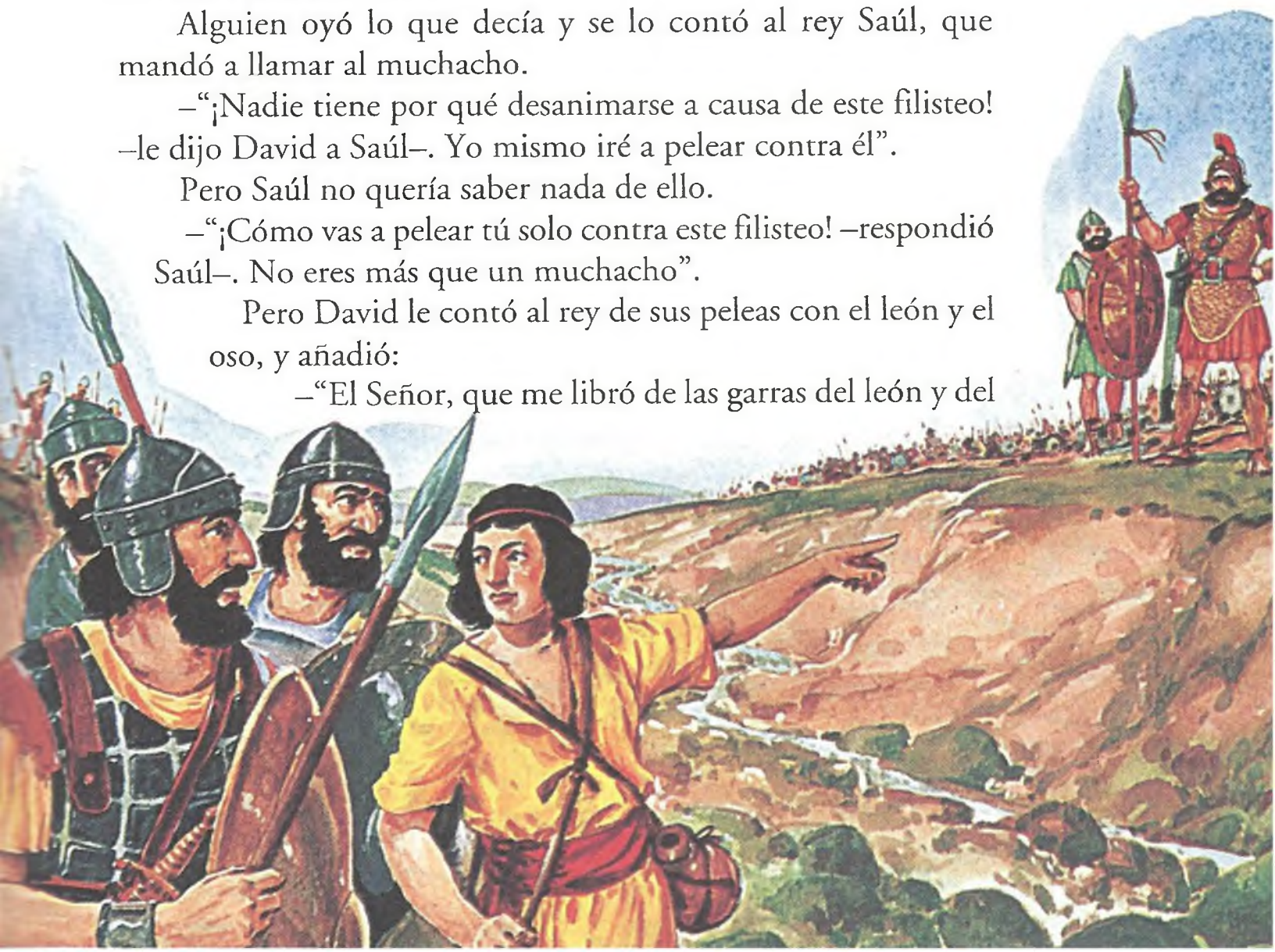
–"¡Nadie tiene por qué desanimarse a causa de este filisteo! –le dijo David a Saúl–. Yo mismo iré a pelear contra él".

Pero Saúl no quería saber nada de ello.

–"¡Cómo vas a pelear tú solo contra este filisteo! –respondió Saúl–. No eres más que un muchacho".

Pero David le contó al rey de sus peleas con el león y el oso, y añadió:

–"El Señor, que me libró de las garras del león y del



oso, también me librará del poder de ese filisteo".

Finalmente, el rey quedó convencido. Este era un jovencito muy valiente, en quien residía la fortaleza de Dios. Por eso le dio permiso para luchar contra Goliat, si eso era lo que quería, y le ofreció su propia armadura para protegerse.

Por supuesto, la armadura era demasiado grande para él. David se sentía incómodo.

–"No puedo andar con todo esto –le dijo a Saúl–; no estoy entrenado para ello".

Y se quitó la armadura.

Entonces, tomó su cayado, descendió hasta el arroyo que corría en el valle, escogió cinco piedras lisas y las puso en la bolsa de pastor que llevaba.

¿Qué está haciendo ese muchacho?, se preguntaban todos mientras lo observaban elegir tranquilamente una piedra tras otra, guardándolas y descartándolas, según su peso, forma y lisura. ¿Va a lanzarle piedras al gigante?

Sintieron todavía más curiosidad cuando lo vieron caminar hacia el filisteo sin otra arma que una honda.

Al verlo acercar, Goliat se enojó mucho y lo maldijo por sus dioses filisteos.

–"¿Soy acaso un perro para que vengas a atacarme con palos? ¡Ven acá, que les voy a echar tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo! "

Pero David no se acobardó. Al contrario, sin la más mínima muestra de temor, le contestó con palabras inolvidables:

–"Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo vengo a ti en el nombre del Señor Todopoderoso, el Dios de los ejércitos de Israel, a los que has desafiado. Hoy mismo el Señor

te entregará en mis manos... Todos los que están aquí reconocerán que el Señor salva sin necesidad de espada ni de lanza. La batalla es del Señor, y él los entregará a ustedes en nuestras manos".

Eso fue demasiado para Goliat. Pálido de ira, se abalanzó hacia el muchacho, levantando su enorme lanza. David, sin embargo, no retrocedió. Tomó una de las piedras de su bolsa, la puso en la honda y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el gigante.

Los miles que observaban la escena contuvieron el aliento. Todos sabían que a David no le quedaría tiempo para un segundo hondazo.

De repente, Goliat se detuvo, las piernas se le aflojaron y finalmente su gran cuerpo golpeó la tierra con un estruendo. La piedra se le había clavado justo en la frente. Corriendo hacia el filisteo tendido, David tomó la espada del gigante y le cortó la cabeza.

La batalla prácticamente quedó decidida. Al ver muerto a su campeón, los filisteos huyeron aterrorizados mientras los israelitas los perseguían de cerca hasta su propio país.

¡Cuánto puede hacer Dios mediante un muchacho que lo ama y confía en él de todo corazón!

Conquistando a una princesa

(1 Samuel 18:1-29)

EL día en que David mató a Goliat fue uno de los más decisivos de su vida. Nunca volvió a cuidar las ovejas. "Saúl tomó a David a su servicio y, desde ese día, no lo dejó volver a la casa de su padre".

Mientras tanto, se había convertido en un héroe. El rey y el pueblo lo admiraban. Jonatán, el hijo de Saúl, le tomó tanto cariño, que "se quitó el manto que llevaba puesto y se lo dio a David; también le dio su túnica, y aun su espada, su arco y su cinturón". Esto tenía una gran importancia en aquellos días.

Y aunque era joven, Saúl puso a David "al mando de todo su ejército, con la aprobación de los soldados de Saúl y hasta de sus oficiales".

Algunos jovencitos se hubieran mareado con tantos elogios, pero él no. Se comportó sabiamente y "tuvo éxito en todas sus expediciones, porque el Señor estaba con él".

Cuando regresó de su victorioso ataque contra Goliat, "de todos los pueblos de Israel salían mujeres a recibir al rey Saúl. Al

son de liras y panderetas, cantaban y bailaban, y exclamaban con gran regocijo: 'Saúl destruyó a un ejército, ¡pero David aniquiló a diez!' "

Esto era demasiado para Saúl. Comenzó a sentir celos de David. No le gustaba que la gente anduviera diciendo por ahí que David era 10 veces mejor soldado que él. Y la Biblia agrega que "a partir de esa ocasión, Saúl empezó a mirar a David con recelo".

Al día siguiente, al meditar en lo que las mujeres habían cantado, Saúl tuvo un ataque de ira y arrojó su lanza contra David, que estaba tocando un arpa en el palacio. Afortunadamente, David vio venir la lanza asesina y la esquivó.

A pesar de sus celos, el rey no olvidó su promesa de dar su

hija en matrimonio al hombre que matara a Goliat. No podía. Demasiadas personas habían escuchado su promesa. Sabiendo que amaban tanto a David, no podía echarse atrás.

Sin embargo, hizo trampa. "Cuando llegó la fecha en que Saúl había de casar a su hija Merab con David, Saúl se la entregó por esposa a Adriel".

Saúl le mandó a decir a David que podía casarse con su otra hija Mical, si mataba a cien filisteos. Esperaba que David fuera muerto en batalla, pero no fue así. Regresó vivo y victorioso. Y ahora a Saúl no le quedaba otra que darle a su hija Mical.

De esa manera, el muchacho conquistó una princesa y llegó a ser yerno del rey.

Me agradaría mucho poder decir que vivieron felices para siempre, pero no sucedió así. Es verdad que Mical "lo amaba"; pero "por eso aumentó el temor que Saúl sentía por David, y se convirtió en su enemigo por el resto de su vida".

¡Podrían haber sido una familia muy feliz si la envidia y los celos no lo hubieran arruinado todo!

Un muñeco en la cama

(1 Samuel 19:1-18)

AHORA que David se había casado con Mical, podrías pensar que el rey Saúl había olvidado todos sus sentimientos mezquinos hacia el joven. Pero no fue así. En su lugar, llegó a enojarse más y más con él, e incluso llegó a pedirle a su hijo Jonatán que lo matara.

Eso era algo que Jonatán no estaba dispuesto a hacer. Amaba a David y, por eso, le advirtió del peligro en que estaba. Luego, fue a ver a su padre e intercedió para que su padre le perdonara la vida a David. Le recordó que David había matado a Goliat.

–"Su Majestad mismo lo vio y se alegró. ¿Por qué ha de hacerle daño a un inocente y matar a David sin motivo?"

Jonatán ganó. Saúl dijo finalmente que no mataría a David.

Sumamente feliz, Jonatán corrió hasta donde David se había ocultado y le dijo que podía regresar a la corte, porque todo había vuelto a la normalidad. Así que David regresó y Saúl lo restituyó en el cargo que tenía en el ejército.

Durante un tiempo reinó la paz, y David tocaba el arpa para el rey, como lo había hecho tantas veces antes.

Pero entonces volvió a estallar la guerra contra los filisteos y David fue a combatir contra ellos. Una vez más, regresó vencedor y, por supuesto, todos lo felicitaron. Es decir, todos menos Saúl. Los celos habían vuelto. No podía soportar que la gente dijera tantas cosas buenas de David. Y así, en un ataque de ira, otra vez le arrojó la lanza.

Afortunadamente, el arma no dio en el blanco, sino que se clavó en la pared del palacio. Se escurrió del salón, y corrió a su casa a contarle a Mical lo que había ocurrido.

Ahora ella era la que estaba preocupada. Ella tuvo la certeza de que esta vez su padre no cambiaría de opinión. David debía huir de inmediato y ocultarse.

–"Si no te pones a salvo esta noche –le dijo–, mañana serás hombre muerto".

No habían terminado de hablar, cuando oyeron que golpeaban a la puerta de la casa. David sospechó que eran los soldados de Saúl que venían para tomarlo prisionero o incluso para matarlo. ¿Qué debía hacer? Podía hacerles frente, pero eso tal vez comenzaría una rebelión contra el rey, y él no se proponía eso. Podía entregarse sin resistir o huir.

No lo pensó dos veces. Tenía que huir. Pero ¿cómo?

–Por la ventana –sugirió Mical

La abrieron. La noche era oscura. David se trepó a ella y fue descendiendo hasta la tierra. Un adiós susurrado, y David se había ido.

Mical cerró la ventana y tomando rápidamente una estatua la colocó en la cama de David, para que parezca que estaba durmiendo. Entonces fue a abrir la puerta.

–Está en cama, muy enfermo –le dijo con tristeza a los mensajeros del rey–, no lo despierten.

Insistieron en verlo personalmente, así que los dejó entrar. Había poca luz en el cuarto. Los soldados echaron una mirada a la cama y llegaron a la conclusión de que, si David se mantenía tan quieto, debía estar realmente enfermo. Con esa noticia regresaron al rey.

Saúl se puso furioso y les ordenó que trajeran a David con cama y todo:

–"Aunque esté en cama, ¡tráiganmelo aquí para matarlo!" –les ordenó.

Los mensajeros obedecieron de inmediato. Y cuando comenzaban a llevar la cama, descubrieron que habían sido engañados. "Vieron que lo que estaba en la cama era un ídolo, con un tejido de pelo de cabra en la cabeza".

No sabemos lo que dijeron los soldados en ese momento; tal vez algunos se rieron. Pero Saúl no lo hizo. Mandó traer a Mical y la reprendió por haberlo engañado.

Pero a ella no le importaba. Sabía que su padre no la mataría. Y, mientras tanto, David estaba a salvo, huyendo tan rápido como podía hacia Ramá, para contarle a Samuel todo lo ocurrido.

Un historia de tres flechas

(1 Samuel 19:18 a 20:42)

DAVID podría haber huido a su casa en Belén y hablado con su padre y su madre. Pero no actuó así. Quería ver al hombre de Dios que lo había ungido. La situación se había vuelto difícil. Se había esforzado por hacer lo correcto, y ahora todas estas pruebas le habían sobrevenido. Se preguntaba la razón de todo ello y qué es lo que debía hacer ahora.

"Después de huir y ponerse a salvo, David fue a Ramá para ver a Samuel y contarle todo lo que Saúl le había hecho".

David tenía una larga historia para contar, y Samuel debe haberse sentido decepcionado por la manera en que el rey había tratado a este magnífico joven que había hecho tanto por Israel. No sabemos con exactitud lo que le dijo Samuel a David; pero podemos estar seguros de que le aconsejó que fuera paciente y confiara en que Dios haría que todo terminara bien.

No mucho después de esto, David y Jonatán volvieron a encontrarse. Estaban muy contentos de verse nuevamente.

–"¿Qué he hecho yo? –le preguntó David a Jonatán–. ¿Qué

crimen o delito he cometido contra tu padre, para que él quiera matarme?"

Jonatán le contestó que no se preocupara, porque él le advertiría de cualquier peligro. Pero David estaba realmente angustiado.

–"Te aseguro que estoy a un paso de la muerte" –le dijo.

Luego, le recordó a Jonatán que, al día siguiente, se celebraría la fiesta de la luna nueva (el primer día del mes), ocasión en que el rey esperaba que todos sus familiares y oficiales estuvieran presentes. Tal vez Saúl lo echaría de menos, tal vez no. Pero el hecho es que David no se animaba a ir, tal como estaban las cosas.

Jonatán prometió hacerle saber a David lo que sucediera en la fiesta, "pues quería a David como a sí mismo".

Entonces trazaron un plan. David se escondería en un sitio cercano a un campo que ambos conocían bien. Después de la fiesta, Jonatán iría hasta ese lugar, lanzaría tres flechas y le diría a su ayudante: "Corre a buscar las flechas que voy a lanzar". Si Jonatán le decía al muchacho: "Mira, las flechas están más acá, recógelas", eso quería decir que la ira del rey había pasado y que David podía volver al palacio. Pero si Jonatán le decía a su ayudante: "Mira, las flechas están más allá", David debía interpretar que el rey todavía estaba enojado y que era conveniente permanecer lejos.

La fiesta comenzó, pero "el asiento de David quedó desocupado". Saúl no dijo nada el primer día; sin embargo, al día siguiente, Saúl le preguntó a Jonatán:

–"¿Cómo es que ni ayer ni hoy vino el hijo de Isaí a la comida?"

Él mismo lo hubiera adivinado, si se habría puesto a pensar en la manera en que había tratado a David hacía poco. Pero no lo hizo. Así Jonatán le presentó una excusa, diciéndole que David había querido ir a ver a su familia en Belén.

De inmediato Saúl sospechó que los dos jóvenes se habían puesto de acuerdo.

–"¡Hijo de mala madre! –le gritó a Jonatán frente a todos–. Mientras el hijo de Isaí viva en esta tierra, ¡ni tú ni tu reino estarán seguros! Así que manda a buscarlo, y tráemelo, pues está condenado a morir".

Ahora Jonatán era el enojado.

–"¿Y por qué ha de morir? –le reclamó Jonatán–. ¿Qué mal ha hecho?"

Temblando de ira, Saúl tomó su lanza y se la arrojó a su propio hijo. Pero erró el blanco, y Jonatán se levantó de la mesa "enfurecido".

Temprano, a la mañana siguiente, se dirigió al campo con su ayudante. Colocó una flecha en su arco y le dijo al muchacho:

–"Corre a buscar las flechas que voy a lanzar".

Y cuando su ayudante llegó al sitio en que la flecha se había clavado en tierra, Jonatán le gritó, como para que David pudiera oír:

–"¡Más allá! ¡La flecha está más allá!

Y en seguida volvió a gritarle, aunque en realidad le hablaba a David:

–"¡Date prisa! ¡No te detengas!"

El muchacho recogió las tres flechas y volvió adonde estaba Jonatán. Este le entregó su arco y lo envió de vuelta a la ciudad. Cuando se hubo alejado, David salio de su escondite y Jonatán le contó lo que había ocurrido. Ambos se abrazaron y lloraron largamente.

–"Puedes irte tranquilo –le dijo Jonatán a David mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas–, pues los dos hemos hecho un juramento eterno en nombre del Señor, pidiéndole que juzgue entre tú y yo, y entre tus descendientes y los míos".

Fue una despedida muy triste. Ambos sabían que pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a encontrarse.

La espada de Goliat

(1 Samuel 21:1-10; 22:9-23)

ESTA vez David no fue a Ramá. Se dirigió a Nob, donde vivía el sumo sacerdote Ajimélec, con su hijo Abiatar, que probablemente era su ayudante.

Cuando Ajimélec lo vio, percibió que algo andaba mal.

–"¿Por qué vienes solo? ¿Cómo es que nadie te acompaña?" –le preguntó, porque no había visto a los jóvenes que habían venido con él.

David inventó la excusa de que estaba realizando una misión secreta para el rey, y le pidió algo para comer. El sumo sacerdote debe haberse preguntado por qué, si estaba al servicio del rey, David estaba tan hambriento. Pero le dijo a David que todo lo que tenía eran los panes de la proposición, que eran santos.

David le dijo que, si se lo permitía, él comería ese pan. "Por tanto, el sacerdote le entregó a David el pan consagrado", cinco panes en total.

Muchos siglos después, Jesús narró esta historia cuando los fariseos acusaron a sus discípulos de transgredir el sábado por

haber arrancado algunas espigas en ese día. El Maestro les dijo:

–"¿Nunca han leído lo que hizo David en aquella ocasión, cuando él y sus compañeros tuvieron hambre y pasaron necesidad? Entró en la casa de Dios cuando Abiatar era el sumo sacerdote, y comió los panes consagrados a Dios, que sólo a los sacerdotes les es permitido comer. Y dio también a sus compañeros. 'El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado –añadió–. Así que el Hijo del hombre es Señor incluso del sábado"*

Cuando David hubo satisfecho su hambre, hizo otro extraño pedido:

–"¿No tienes a la mano una lanza o una espada?"

Ajimélec lo miró sorprendido. ¡David desarmado! ¿Cómo era posible? David le explicó entonces que había debido salir de la corte con tanto apuro, que se había olvidado de las armas, porque "tan urgente era el encargo del rey".

Como regla general no había armas en el tabernáculo, pero Ajimélec dijo que, por casualidad, tenían "la espada del filisteo Goliat, a quien mataste en el valle de Elá. Está... envuelta en un paño. Puedes llevártela, si quieres".

¡Qué alegría para David!

–"Dámela –dijo David–. ¡Es la mejor que podrías ofrecerme!"

Y tomando la gran espada de manos del sacerdote, huyó a buscar refugio en la ciudad de Gat.

Lamentablemente, uno de los siervos de Saúl estaba en el tabernáculo en el mismo momento que David, y había visto y oído todo. Era "un edomita llamado Doeg, que era jefe de los pastores de Saúl". Más tarde, este hombre le contó al rey cómo Ajimélec le había dado a David pan sagrado y hasta le había entregado la espada de Goliat. Terriblemente enojado, el rey mandó a llamar a todos los sacerdotes que había en Nob y los acusó de conspirar contra él.

Ajimélec estaba sorprendido. No sabía que existían dificultades entre Saúl y David.

–"¿Quién entre todos los oficiales del rey es tan fiel como su

yerno David, jefe de la guardia real y respetado en el palacio?"

El rey no quiso oír. Estaba seguro de que Ajimélec le mentía.

–"¡Te llegó la hora, Ajimélec! –replicó el rey–. ¡Y no sólo a ti sino a toda tu familia!"

Ordenó a los guardias que mataran a Ajimélec y a todos los sacerdotes que estaban con él. Pero los soldados, no quisieron obedecerle. "No se atrevieron a levantar la mano en contra de los sacerdotes del Señor".

Así que el enfurecido rey se volvió a Doeg y le ordenó que ejecutara esa maldad. Como era edomita, a Doeg no le importaba que estos hombres fueran sacerdotes del Señor, así que los mató. Luego volvió a Nob y mató a todas sus mujeres y sus niños.

Afortunadamente, Abiatar pudo huir. Corrió a esconderse con David

Puedes imaginarte cómo se sintió David cuando escuchó las noticias. Estaba amargamente triste, y dijo:

–"Ya desde aquel día, cuando vi a Doeg en Nob, sabía yo que él le avisaría a Saúl. Yo tengo la culpa de que hayan muerto todos tus parientes".

Pero agregó:

–"Pero no tengas miedo. Quédate conmigo, que aquí estarás a salvo. Quien quiera matarte tendrá que matarme a mí".

Así, estos dos hombres jóvenes comenzaron a vivir juntos desde ese día, confiando en que Dios los protegería y resolvería satisfactoriamente todos sus problemas, cuando él lo considerara oportuno.

* Marcos 2:25-27.

Cantando en una cueva

(1 Samuel 22:1-4)

DESDE entonces, David comenzó a llevar una vida muy difícil. Se había quedado sin hogar. No podía ir a ver a su esposa, porque el rey Saúl lo habría sabido en seguida. Tampoco se atrevía a quedarse en casa de sus padres en Belén, porque no quería traerles dificultades. De modo que dormía en los bosques o en las cuevas de las montañas.

Una de estas cuevas era conocida como la cueva de Adulán, y en ella se refugió David por algún tiempo. Sus hermanos fueron a verlo, al igual que el resto de "la casa de su padre". "Además, se le unieron muchos otros que estaban en apuros, cargados de deudas o amargados. Así, David llegó a tener bajo su mando a unos cuatrocientos hombres".

No era un grupo muy fácil de manejar. Todos tenían algún motivo de queja, y les hubiera sido fácil convertirse en una banda de ladrones y matones, que robara en los alrededores. Pero David les hizo entender que ese no era su propósito. Les habló de Dios y, con frecuencia, les cantaba del amor y la

gloria del Señor, así como lo había hecho años atrás mientras pastoreaba sus ovejas.

Fue allí, en la cueva de Adulán, donde compuso esa hermosa canción que ha llegado a nosotros con el nombre del Salmo 57. Al leerlo, piensa en la cueva en que lo compuso, y los 400 hombres reunidos allí mientras David lo entonaba.

"Ten compasión de mí, oh Dios; ten compasión de mí, que en ti confío. A la sombra de tus alas me refugiaré, hasta que haya pasado el peligro... Desde el cielo me tiende la mano y me salva; reprende a mis perseguidores...

"Firme está, oh Dios, mi corazón; firme está mi corazón.

Voy a cantarte salmos. ¡Despierta, alma mía! ¡Despierten, arpa y lira! ¡Haré despertar al nuevo día!

"Te alabaré, Señor, entre los pueblos, te cantaré salmos entre las naciones. Pues tu amor es tan grande que llega a los cielos; ¡tu verdad llega hasta el firmamento! ¡Tú, oh Dios, estás sobre los cielos; tu gloria cubre toda la tierra!"

Trata de imaginarte la escena: la cueva oscura, alumbrada tenuemente por unas pocas antorchas que echan humo. En un extremo, el valiente joven que mató a Goliat, con un arpa en la mano, toca y canta alabanzas a Dios; frente a él, sus toscos amigos lo escuchan sentados o echados en el suelo. Y repentinamente, sin que nadie lo advierta, la cueva llega a ser un templo y esos hombres tristes y amargados, que habían perdido toda esperanza, sienten que la fe, el amor y la esperanza vuelven a surgir en sus corazones.

Por ese entonces David hizo algo muy hermoso. Saliendo de la cueva de Adulán, fue a ver al rey de Moab para pedirle un favor.

—"Deja que mis padres vengan a vivir entre ustedes —le dijo— hasta que yo sepa lo que Dios quiere de mí".

El rey se mostró bondadoso y aceptó el plan. De modo que David fue a Belén, trajo a sus padres hasta la tierra de Moab y allí permanecieron mientras David seguía proscripto por el rey Saúl.

¡Cuán bondadoso se mostró al tener en cuenta a sus ancianos padres y al llevarlos a vivir en un lugar seguro!

Una vida conducida por Dios

(1 Samuel 23:1-13)

DAVID tenía una fe muy sencilla. Le confiaba todas sus preocupaciones a Dios. Siempre que no sabía qué hacer o dónde ir, se lo preguntaba a Dios, y Dios le respondía.

Un día, se enteró de que los filisteos estaban atacando la ciudad de Queilá y robando el cereal que el pueblo acababa de cosechar. De inmediato, sintió el deseo de ir a rescatar a esa gente. Pero al pensar con más tranquilidad, se dio cuenta de que ,al salir de la cueva y dirigirse a Queilá, se exponían a que Saúl los apresara.

¿Qué debía hacer entonces?

–"¿Debo ir a luchar contra los filisteos?" –le preguntó al Señor.

–"Ve –respondió el Señor–, lucha contra los filisteos y libera a Queilá".

Cuando comunicó el plan a su gente, algunos le dijeron que no sería sabio. Sería arriesgar demasiado,, dijeron. Por eso, David volvió a hablar con Dios, que le dijo:

–"Ponte en camino y ve a Queilá, que voy a entregar en tus manos a los filisteos".

Esta vez, ya no tenía dudas en cuanto a lo que debía hacer, de modo que se puso en marcha para auxiliar a los de Queilá. Ahora tenía 600 hombres, y juntos derrotaron a los filisteos. Así no solo libraron a la gente de Queilá, sino que recuperaron todo su ganado.

Puedes imaginarte qué magnífica bienvenida les brindaron a él y a sus hombres los habitantes de Queilá después de haber derrotado a los filisteos. Sin embargo, la felicidad no duró mucho.

Mientras David y los suyos estaban luchando contra los filisteos, Saúl se enteró de que habían salido de su escondite en la montaña y se habían dirigido a Queilá. El rey tuvo la seguridad de que esta vez podría atrapar a David, porque "se ha metido en una ciudad con puertas y cerrojos". A toda prisa reunió a su gente para ir hasta Queilá, con el fin de sitiar a David y a sus hombres.

Pero Saúl se olvidó de un detalle importante. David estaba esforzándose por obedecer a Dios y vivir una vida recta.

De alguna manera, David se enteró de los planes de Saúl. De inmediato se dirigió a Dios y le preguntó:

–"¿Es verdad que Saúl vendrá, según me han dicho? Yo te ruego, Señor, Dios de Israel, que me lo hagas saber".

–"Sí, vendrá –le respondió el Señor".

Entonces David deseó saber si debía quedarse con su gente donde estaba o huir. Pensó que, si los habitantes de Queilá lo ayudaban, era posible que ganara la batalla. De lo contrario, se vería en muy grave peligro.

Por eso volvió a preguntarle a Dios:

–"¿Nos entregarán los habitantes de Queilá a mí y a mis hombres en manos de Saúl?"

Pronto vino la respuesta:

–"Sí, los entregarán".

De modo que, nuevamente, David supo qué hacer. Con sus 600 hombres salió enseguida de la ciudad y se fue a buscar refugio en el desierto.

Es maravilloso poder hablar con Dios de esa manera. Y el Señor está dispuesto a hablar con los muchachos y las niñas de la actualidad como lo hizo con David. Nos conducirá durante toda nuestra vida.

Salvados de milagro

(1 Samuel 23:14-28)

DESPUÉS que David y sus hombres dejaron Queilá fueron a vivir a las fortalezas y las colinas desérticas de Zif.

Allí, David recibió la visita de alguien a quien no había visto desde hacía mucho tiempo: su viejo amigo Jonatán. De alguna manera, el príncipe había averiguado el lugar en que estaba David y se había arriesgado para ir a visitarlo. ¡Cuán felices deben haberse sentido los dos al volver a verse! ¡Y cuántas cosas tenían para contarse!

Jonatán estaba apenado por todas las dificultades que le habían sobrevenido a David; pero lo animó, diciéndole:

–"No tengas miedo –le dijo–, que mi padre no podrá atraparte. Tú vas a ser el rey de Israel, y yo seré tu segundo. Esto, hasta mi padre lo sabe".

Es difícil explicar lo que le pasaba a Saúl. Temía que David llegara a ser rey algún día, y para evitar que eso ocurriera, trataba de matarlo. Jonatán, en cambio, estaba seguro de que Dios pro-

tegía a David y de que un día el reino sería suyo. Cuán noble era que el hijo del rey y el príncipe heredero, dijera: "Yo seré tu segundo". Se necesita una buena dosis de humildad y delicadez para decir esto.

Por fin llegó el momento en que los dos amigos debían separarse. "Jonatán regresó a su casa y David se quedó en Hores". Jonatán debe haber viajado durante la noche, porque puedes imaginarte lo que habría dicho el rey si hubiera sabido dónde había estado su hijo.

Aunque Jonatán había sido bondadoso con David, no así los habitantes del desierto. Algunos de ellos, pensando ganar el favor del rey, se dirigieron a Saúl y le informaron exactamente dónde se hallaban David y sus hombres. Y lo que es peor, se ofrecieron a guiar a los soldados de Saúl hasta el mismo lugar.

–"Entregaremos a David en sus manos" –le dijeron.

Saúl se alegró mucho de recibir estos datos, pero antes de ponerse en marcha, quiso estar bien seguro.

–"Vayan y averigüen bien por dónde anda y quién lo ha visto, pues me han dicho que es muy astuto. Infórmense bien de todos los lugares donde se esconde, y tráiganme datos precisos. Entonces yo iré con ustedes, y si es verdad que está en esa región,

lo buscaré entre todos los clanes de Judá".

Saúl pensó que esta vez atraparía a David. Los espías tenían la certeza de saber dónde se estaba escondiendo exactamente. Como vivían en el desierto, pensaban que conocían todos los lugares de escondite de David.. Pero aunque eran ingeniosos y hábiles, no lo eran tanto como David.

Porque después de haber guiado a los soldados de Saúl hasta el lugar exacto en que David y los suyos se escondían, no había nadie. Rastrillaron desesperadamente los valles y las montañas, pero los 600 hombres habían desaparecido.

Una vez más, los planes de Saúl se habían filtrado hasta David, y él y sus hombres habían huido al cercano desierto de Maón.

Por supuesto, no pasó mucho tiempo antes de que Saúl se enterara del paradero de David y pronto él y sus soldados se lanzaron a perseguirlos. ¡En qué aprieto se veían David y sus hombres! En cierto momento, los dos ejércitos estaban tan cerca el uno del otro, que los soldados de Saúl se encontraban de un lado de una montaña mientras que los de David estaban del otro.

Pero al fin, después de una serie de maniobras, David y los suyos se vieron completamente rodeados y no parecía haber ma-

nera de escapar. "Saúl y sus hombres lo tenían rodeado. Ya estaban a punto de atraparlo". Entonces ocurrió el milagro.

Repentinamente apareció un hombre corriendo a toda velocidad por la cumbre de la montaña en dirección a los soldados de Saúl. Todos los que lo vieron pensaron que era un mensajero que traía noticias de gran importancia.

–"¡Apresúrese, Su Majestad, que los filisteos están saqueando el país!"

La persecución había terminado. De inmediato, Saúl ordenó a sus hombres que dejaran de perseguir a David y regresaran para pelear contra los filisteos.

Una vez más, Dios había venido al rescate, y él y sus hombres fueron salvados.

Bien por mal

(1 Samuel 24)

DAVID y los suyos disfrutaron de un corto período de paz; pero tan pronto como Saúl regresó de pelear contra los filisteos, se lanzó otra vez a perseguir a su enemigo más odiado. Esta vez, llevó con él a 3.000 hombres escogidos y se dirigió a los desolados pasos de la montaña "en busca de David y de sus hombres".

Buscaron día tras día, pero sin éxito. Los soldados buscaron aquí y allá, pero no encontraron ni siquiera rastros de David ni de sus hombres. Parecían haberse esfumado.

Saúl estaba intrigado y molesto. ¿Dónde podían estar?

Cierto día, se separó de sus soldados y entró en una de las muchas cuevas que hay en la región. Adentro estaba muy oscuro, y el repentino cambio de la luz a las tinieblas no le permitió ver quiénes se encontraban allí.

Sin saberlo, se había metido en el mismo escondite de David. Por todas partes, bien pegados a las paredes de la caverna, se hallaban los soldados de David con las espadas desenvainadas, listos para pelear hasta la muerte si era necesario.

Por fin, tenían a Saúl a su disposición, y David lo sabía. Uno de sus hombres le susurró al oído:

–Esta es tu oportunidad. ¡Mátalo!

Pero David no pensaba hacer tal cosa. No odiaba a Saúl; por el contrario, le tenía lástima. Además, Saúl era el "el ungido del Señor" y por eso no le haría daño.

Sin embargo, la tentación de jugarle una travesura a Saúl fue demasiado grande. Silenciosamente, David avanzó en la oscuridad, hasta que se encontró tan cerca del rey que, si hubiera querido, habría podido matarlo. Entonces, con un rápido movimiento de su daga, cortó una parte del manto de Saúl y se volvió al lugar en que estaba.

Pronto se arrepintió de lo que había hecho. La Biblia dice que "le remordió la conciencia por lo que había hecho, y les dijo a sus hombres:

–"¡Que el Señor me libre de hacerle al rey lo que ustedes sugieren! No puedo alzar la mano contra él, porque es el ungido del Señor".

Pero ya no podía reparar lo que había hecho.

Saúl no tenía idea de lo que acaba de pasar. Salió de la caverna y se encaminó hacia sus soldados, que lo estaban esperando no lejos de allí. Repentinamente, oyó que alguien lo llamada a sus espaldas.

–"¡Majestad, Majestad!"

Sorprendido, se dio vuelta, y vio a David que se inclinaba respetuosamente.

Por un momento Saúl, no supo qué decir ni qué hacer. Entonces David comenzó a hablarle con voz tierna y suplicante:

–"¿Por qué hace caso su Majestad a los que dicen que yo quiero hacerle daño? Usted podrá ver con sus propios ojos que hoy mismo, en esta cueva, el Señor lo había entregado en mis manos. Mis hombres me incitaban a que lo matara, pero yo respeté su vida y dije: 'No puedo alzar la mano contra el rey, porque es el ungido del Señor'".

Y mostrando un trozo de tela añadió:

–"Padre mío, mire usted el borde de su manto que tengo en la mano. Yo corté este pedazo, pero a usted no lo maté. Reconozca que yo no intento hacerle mal ni traicionarlo. Usted, sin embargo, me persigue para quitarme la vida, aunque yo no le he hecho ningún agravio. ¡Que el Señor juzgue entre nosotros dos! ¡Y que el Señor me vengue de usted! Pero mi mano no se alzará contra usted".

Saúl, al oír esto, se conmovió profundamente y comenzó a llorar.

–"David, hijo mío, ¡pero si eres tú quien me habla!... Has actuado mejor que yo –continuó Saúl–. Me has devuelto bien por mal".

Y así los dos hombres permanecieron juntos durante algún tiempo, conversando amigablemente como en los felices días pasados. Luego se despidieron. Saúl condujo a sus soldados de regreso, y David volvió a la caverna en que estaban sus hombres.

Ese día no hubo combates. Nadie fue herido ni muerto. La gente no puede pelear cuando alguien paga bien por mal, como lo hizo David.

La valiente y hermosa Abigaíl

(1 Samuel 25:1-42)

DEBE haber sido difícil para David encontrar alimentos para sus 600 hombres. No podían vivir de las plantas ni de los frutos silvestres que encontraban en los bosques, ni siquiera de los pájaros y los animales salvajes que podían cazar con arco y flecha. De vez en cuando, tenían que pedir ayuda a los campesinos.

Por supuesto, ellos podrían haber tomado los alimentos por la fuerza; pero esa no era la manera en que David se comportaba. Él no era un ladrón ni un asaltante. Además, siempre recordaba que había sido ungido por el profeta del Señor como futuro rey de Israel.

Cierto día, envió a 10 de sus hombres jóvenes a pedir alimentos a un granjero muy rico llamado Nabal. Este hombre poseía 3.000 ovejas y 1.000 cabras, que para aquella época representaba una considerable riqueza. Pero Nabal era tan tacaño como rico.

–"¡Que tengan salud y paz tú y tu familia, y todo lo que te

pertenece!"–fueron las corteses palabras de saludo que los jóvenes dirigieron al rico granjero antes de comunicarle lo que David le pedía.

Pero ese día Nabal estaba de muy mal humor.

–"¿Y quién es ese tal David? ¿Quién es el hijo de Isaí? Hoy día son muchos los esclavos que se escapan de sus amos. ¿Por qué he de compartir mi pan y mi agua, y la carne que he reservado para mis esquiladores, con gente que ni siquiera sé de dónde viene?"

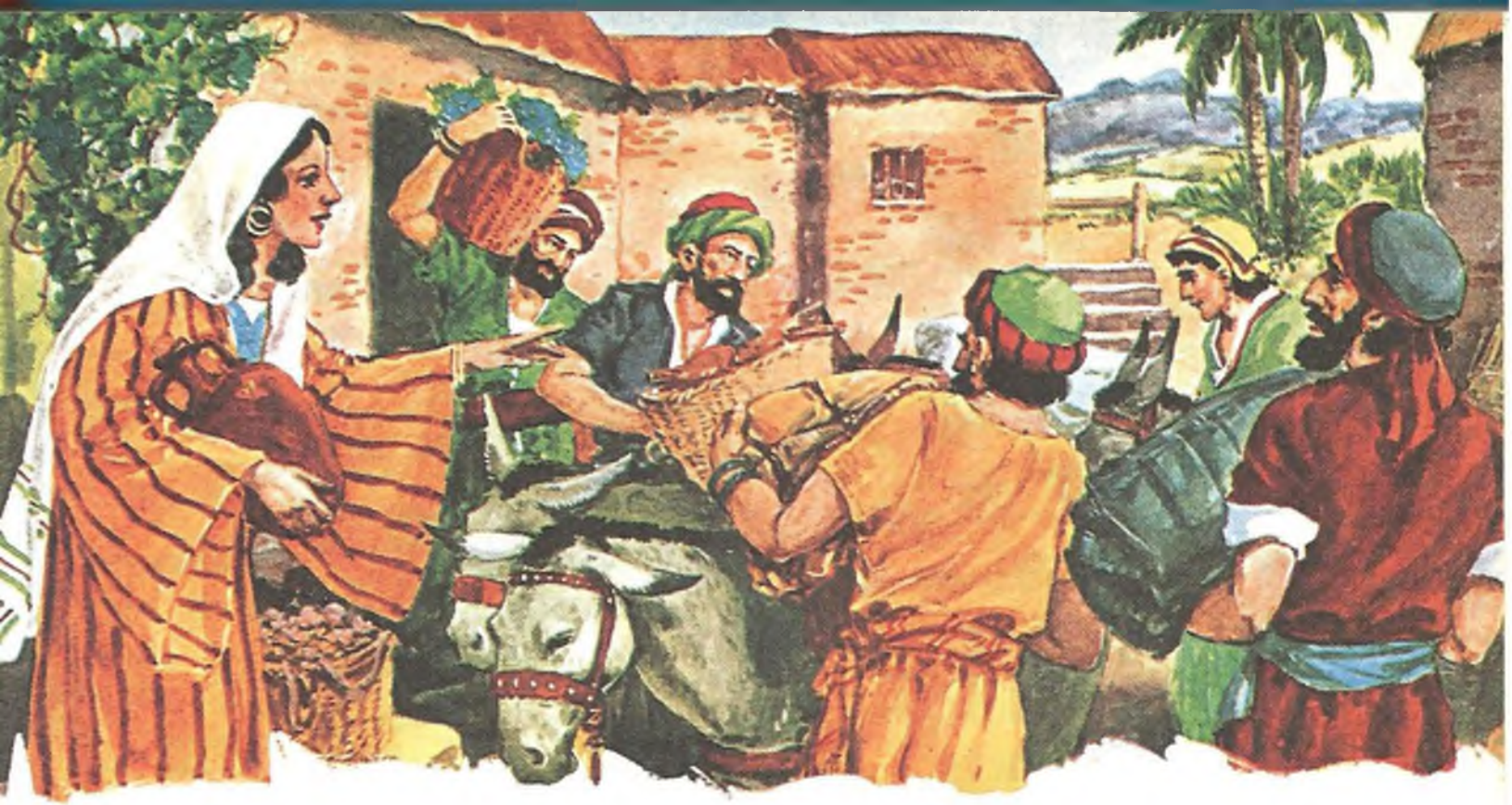
No, no le daría a David ni una hogaza de pan, ni una gota de agua, ni siquiera un cabrito. Y así envió a los jóvenes con las manos vacías.

Ahora el enojado era David. Nunca antes había sido tratado de manera tan miserable, y no pudo soportarlo. De modo que ordenó a 400 de sus hombres que lo siguieran hasta la granja de Nabal, donde se proponía castigarlo por su rudeza y egoísmo.

Sin embargo, David no necesitaba enojarse tanto. Dios estaba obrando en su favor, así como lo había hecho siempre.

Sucede que la esposa de Nabal era una mujer no solo hermosa y valiente, sino también muy sabia. Cuando sus siervos le contaron cómo había tratado su esposo a los 10 mensajeros, ella se disgustó mucho, especialmente al saber que los hombres de David habían estado protegiendo desde hacía tiempo a los pastores y los rebaños de su propiedad. De inmediato, Abigaíl trató de arreglar la situación.

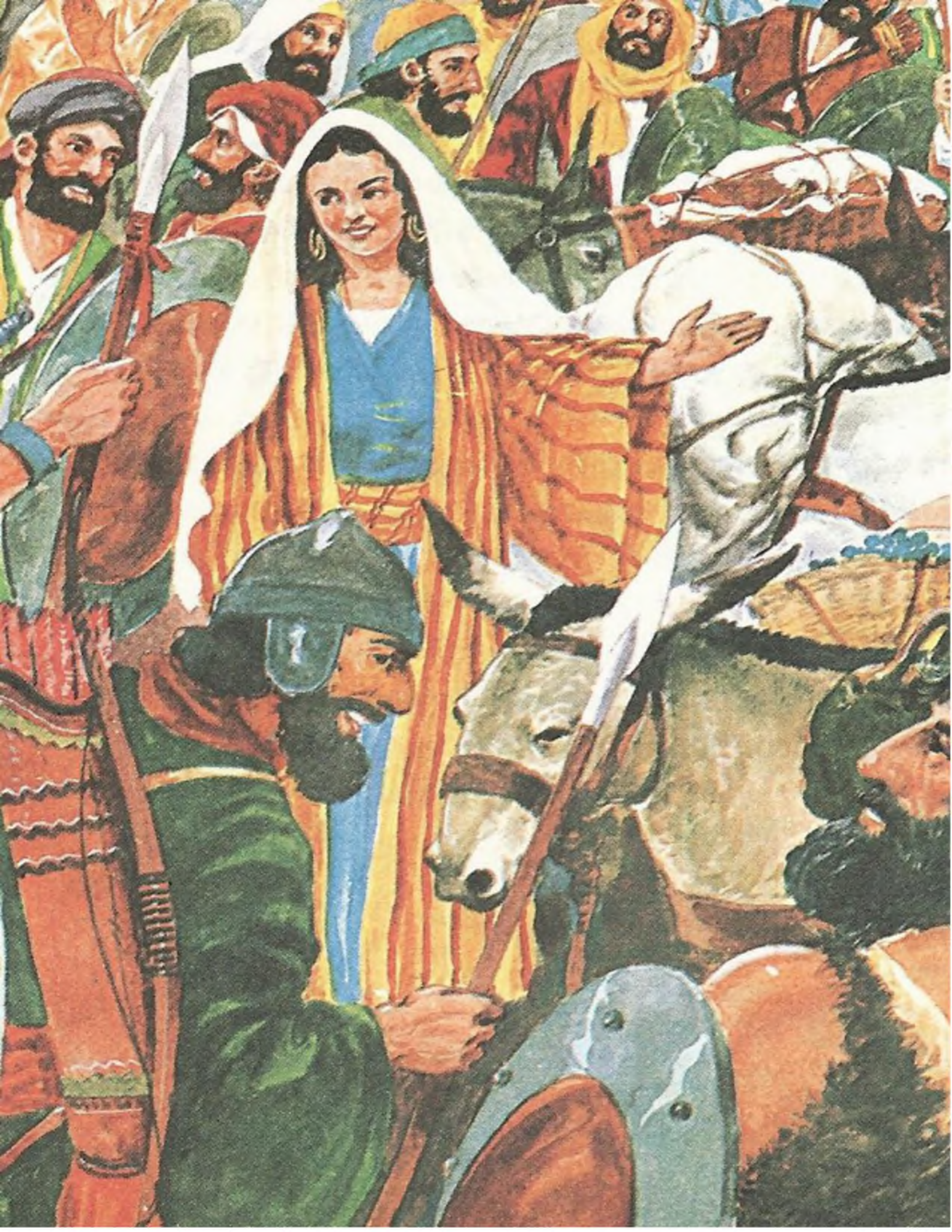
Sin decirle una palabra a Nabal, reunió "doscientos panes, dos odres de vino, cinco ovejas asadas, treinta y cinco litros de trigo tostado, cien tortas de uvas pasas y doscientas tortas de higos" y los hizo cargar en seguida sobre asnos.



Ella sabía que esas provisiones les parecerían manjares exquisitos a aquellos hombres que habían estado alimentándose durante un largo tiempo con las magras provisiones que podían obtener en el desierto.

Tal vez recordando cómo Jacob había enviado regalos para aplacar a su hermano Esaú, Abigaíl hizo que los siervos que conducían los asnos cargados de provisiones marcharan delante de ella. Y cuando la caravana se hallaba a medio camino, todos se vieron rodeados repentinamente por David y los suyos, que avanzaban hacia la granja de Nabal.

El espectáculo que ofrecían esos hombres aguerridos y armados hubiera bastado para atemorizar a cualquiera, y especialmente a una mujer sola. Pero Abigaíl no era de ese tipo. Ella había previsto que algo por el estilo iba a ocurrir y por eso supo qué hacer. Con toda calma, bajó de su asno y se inclinó respetuosamente ante David. Luego, señalando los animales cargados de provisiones, explicó que todo eso era un regalo que ella traía para los siervos de David.



El enojo pareció evaporarse y muy pronto los rostros de los 400 soldados se iluminaron con sonrisas al pensar en el magnífico banquete que pronto se servirían.

–"No haga usted caso de ese grosero de Nabal, pues le hace honor a su nombre, que significa 'necio'".

Y luego, con gran tacto, se echó a sí misma la culpa de todo lo que había ocurrido:

–"Yo le ruego que perdone la falta de esta servidora suya".

¿Qué podía hacer David? Ese acto de bondad lo había conmovido. Ya no sentía deseos de ir a castigar al marido de esta simpática mujer. ¡Era tan hermosa y se había mostrado tan amable!

–"¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que te ha enviado hoy a mi encuentro! ¡Y bendita seas tú por tu buen juicio, pues me has impedido derramar sangre!"

Todo el mundo se sentía feliz. Apresurándose, los hombres tomaron las provisiones de sobre los asnos y agradeciéndole efusivamente a Abigaíl retomaron el camino por donde habían venido.

Abigaíl, por su parte, volvió a su casa y, como encontró a su esposo ebrio, no le dijo nada de lo que había hecho. Al día siguiente, cuando lo hizo, Nabal se enojó tanto, que sufrió un ataque y murió pocos días después.

Cuando David se enteró de ello, dijo:

–"¡Bendito sea el Señor! El Señor libró a este siervo suyo de hacer mal, pero hizo recaer sobre Nabal su propia maldad".

David se había quedado admirado de Abigail, la valiente mujer que se había atrevido a ir sola a encontrarse con él, sabiendo que estaba enojado. Envió mensajeros para invitarla a vivir con él en el desierto. Ella aceptó con gusto, y así llegó a ser su esposa.

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

David alabó al Señor cuando Abigaíl, la simpática esposa de Nabal, trajo comestibles para alimentar a los 400 soldados hambrientos que habían protegido los rebaños de su esposo.

Aventura nocturna

(1 Samuel 26:1 a 27:4)

UN día, cuando David estaba de regreso en el desierto de Zif, se enteró de que Saúl nuevamente estaba buscándolo. No lo podía creer. Después de lo sucedido en la caverna, cuando él y el rey habían conversado amigablemente, David había pensado que se habían acabado las disputas entre ellos. Pero Saúl estaba a la caza una vez más.

Para asegurarse de que la historia era verídica, "David... envió espías, y supo con certeza que Saúl había venido".

Triste por las noticias, David escribió la bella canción que se encuentra en el Salmo 54: "Sálvame, oh Dios, por tu nombre; defiéndeme con tu poder. Escucha, oh Dios, mi oración; presta oído a las palabras de mi boca... Pero Dios es mi socorro; el Señor es quien me sostiene... Te presentaré una ofrenda voluntaria y alabaré, Señor, tu buen nombre".

Esta vez, David y sus hombres no huyeron. En su lugar, en medio de la oscuridad, avanzaron sigilosamente hacia el lugar en que Saúl y sus soldados habían establecido el campamento.

Acercándose más y más, llegaron hasta el sitio en que Saúl y Abner, el capitán de las tropas, se hallaban durmiendo. Notaron que Saúl se encontraba en el centro del campamento, en medio de las provisiones. Cerca de él estaba Abner, y el resto de los soldados se hallaban tendidos en el suelo a su alrededor.

Todo el mundo dormía. No se oía un solo ruido, salvo el ronquido de algunos soldados, el rebuzno ocasional de algún asno o el relincho de un caballo.

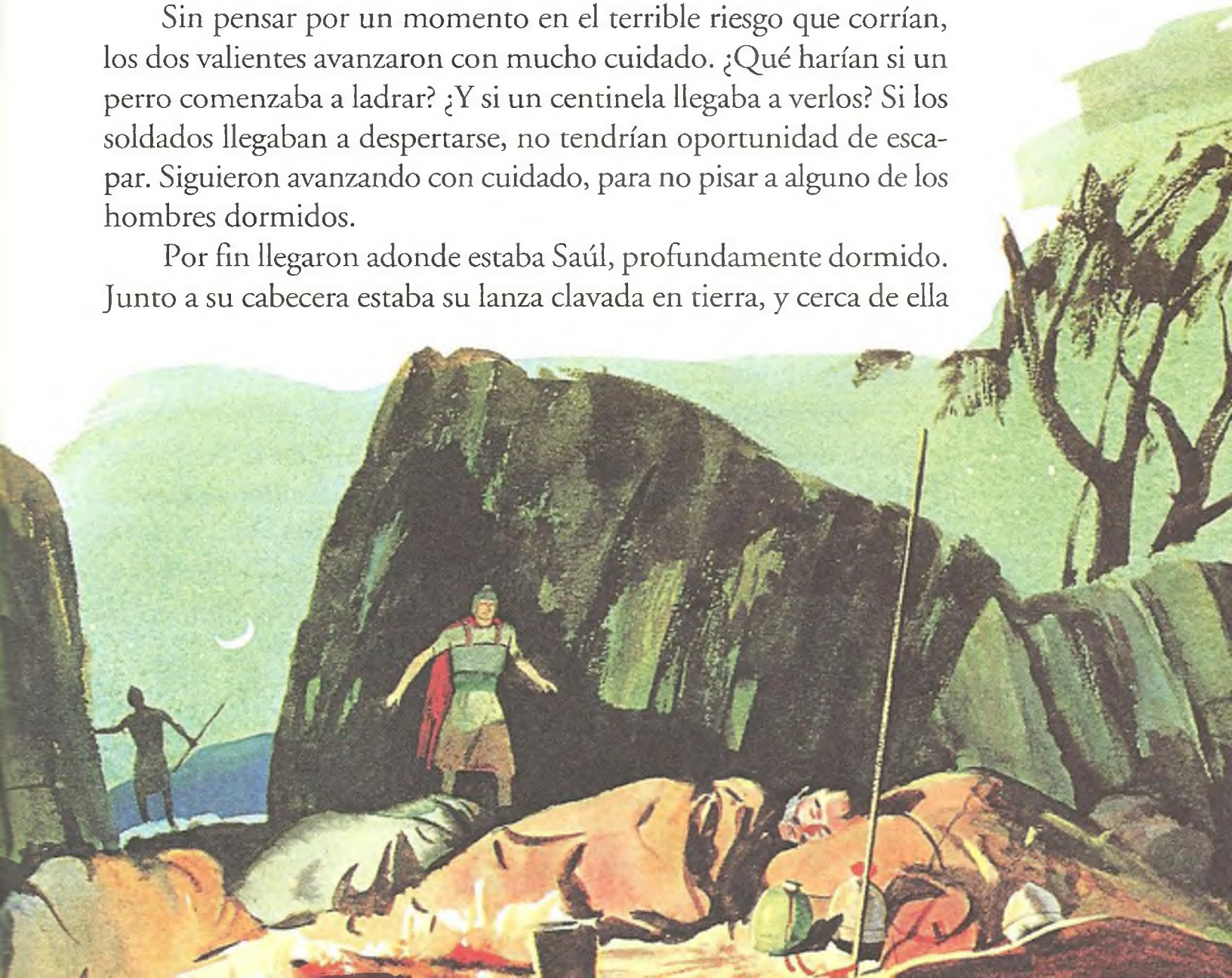
Mientras observaba la situación, David susurró a dos de sus hombres más audaces:

–"¿Quién quiere venir conmigo al campamento de Saúl?"

–"Yo voy contigo –respondió Abisay".

Sin pensar por un momento en el terrible riesgo que corrían, los dos valientes avanzaron con mucho cuidado. ¿Qué harían si un perro comenzaba a ladrar? ¿Y si un centinela llegaba a verlos? Si los soldados llegaban a despertarse, no tendrían oportunidad de escapar. Siguieron avanzando con cuidado, para no pisar a alguno de los hombres dormidos.

Por fin llegaron adonde estaba Saúl, profundamente dormido. Junto a su cabecera estaba su lanza clavada en tierra, y cerca de ella



una jarra para el agua.

Mientras Abisay contemplaba al hombre que tantas dificultades había causado a David y a los suyos, deseó matarlo de una vez.

–"Déjame matarlo. De un solo golpe de lanza lo dejaré clavado en el suelo. ¡Y no tendré que rematarlo!"

Pero David no le permitió hacerlo.

–"¡No lo mates! –exclamó David–. ¿Quién puede impunemente alzar la mano contra el ungido del Señor? –y añadió–: Tan cierto como que el Señor vive, que él mismo lo herirá. O le llegará la hora de morir, o caerá en batalla. En cuanto a mí, ¡que el Señor me libre de alzar la mano contra su ungido!"

Así, una vez más dio muestras de su fe en que Dios guiaba su vida. Luego, demostrando la misma picardía que había revelado en la caverna cuando corto una parte del manto de Saúl, le susurró a Abisay:

–"Sólo toma la lanza y el jarro de agua que están a su cabecera, y vámonos de aquí".

Y tan silenciosamente como habían venido, los dos hombres se retiraron del campamento. "David cruzó al otro lado y se detuvo en la cumbre del monte, de modo que había una buena distancia entre ellos".

Debía ser bien de madrugada, porque cuando David, gritó nadie le respondió. Todos se hallaban todavía durmiendo en el

campamento. Entonces volvió a llamar, gritando tan fuerte como podía:

–"¡Abner! ¿Me oyes?"

Por fin, Abner se despertó, y de muy mal humor por cierto.

–"¿Quién le está gritando al rey?"

–"¿No eres tú el valiente sin par en Israel? –le preguntó sarcásticamente David–. ¿Cómo es que no has protegido a tu señor el rey? A ver, ¿dónde están la lanza del rey y el jarro de agua que estaban a su cabecera?"

–¿Qué sucede? –me lo imagino a Abner murmurando–. ¿De qué está hablando?

Pero Saúl reconoció la voz de David, y le respondió:

–"David, hijo mío, ¡pero si eres tú quien habla!"

–"Soy yo, mi señor y rey –le contestó.

Y entonces volvió a formular la pregunta que tantas veces había hecho:

–"¿Por qué persigue mi señor a este siervo suyo? ¿Qué le he hecho? ¿Qué delito he cometido?"

Cuando Saúl vio la lanza y el jarro que David sostenía en las manos, y comprendió que había estado muy cerca de él esa noche, le dijo:

–"¡He pecado! –exclamó Saúl–. Regresa, David, hijo mío. Ya no voy a hacerte daño. Tú has valorado hoy mi vida; yo, en cambio, me he portado como un necio".

Esta era una de las verdades más grandes que Saúl dijera alguna vez. La pena es que Saúl lo haya reconocido demasiado tarde.

Sin embargo, David, tan dispuesto como siempre a perdonar, le contestó:

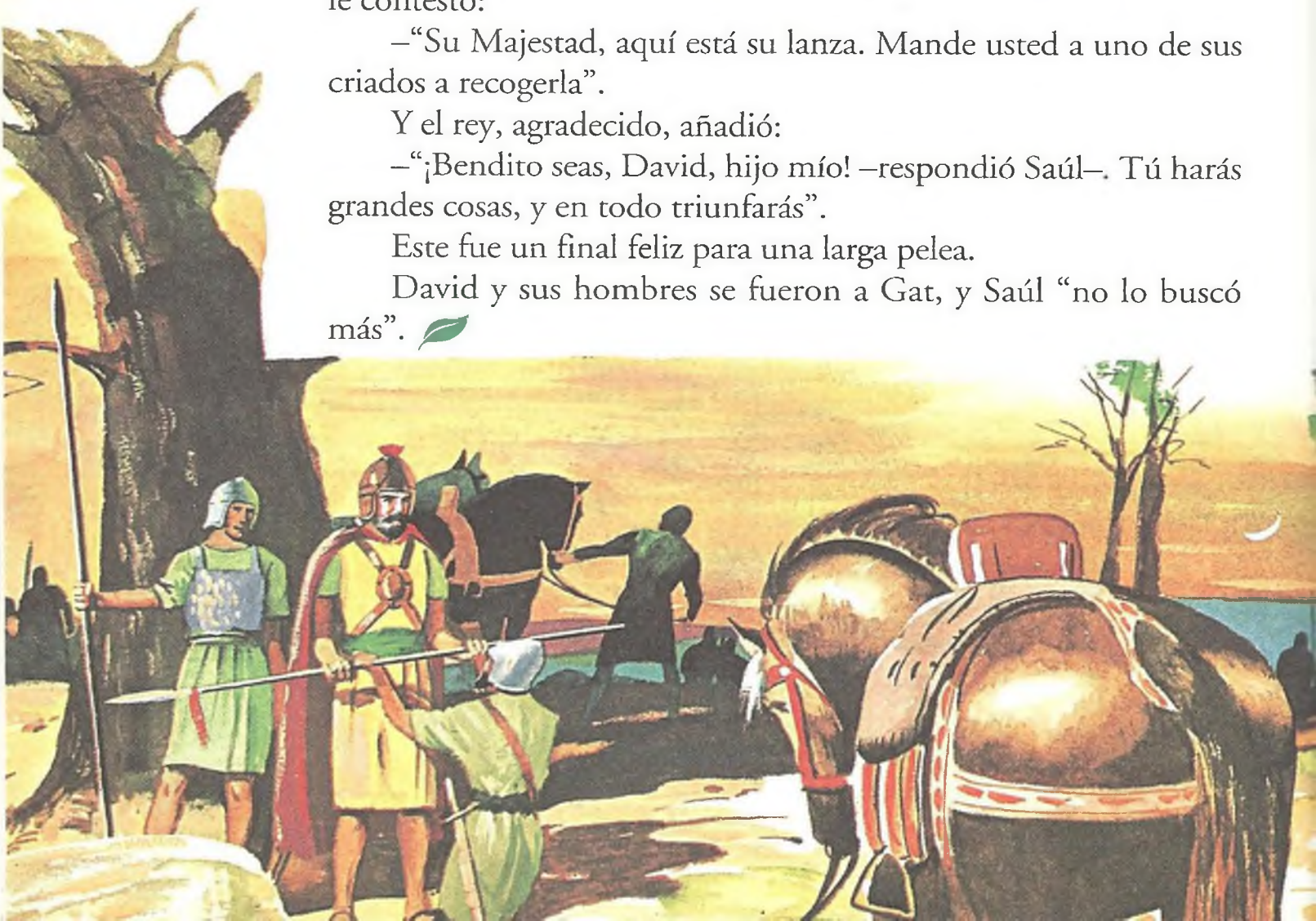
–"Su Majestad, aquí está su lanza. Mande usted a uno de sus criados a recogerla".

Y el rey, agradecido, añadió:

–"¡Bendito seas, David, hijo mío! –respondió Saúl–. Tú harás grandes cosas, y en todo triunfarás".

Este fue un final feliz para una larga pelea.

David y sus hombres se fueron a Gat, y Saúl "no lo buscó más".



La adivina de Endor

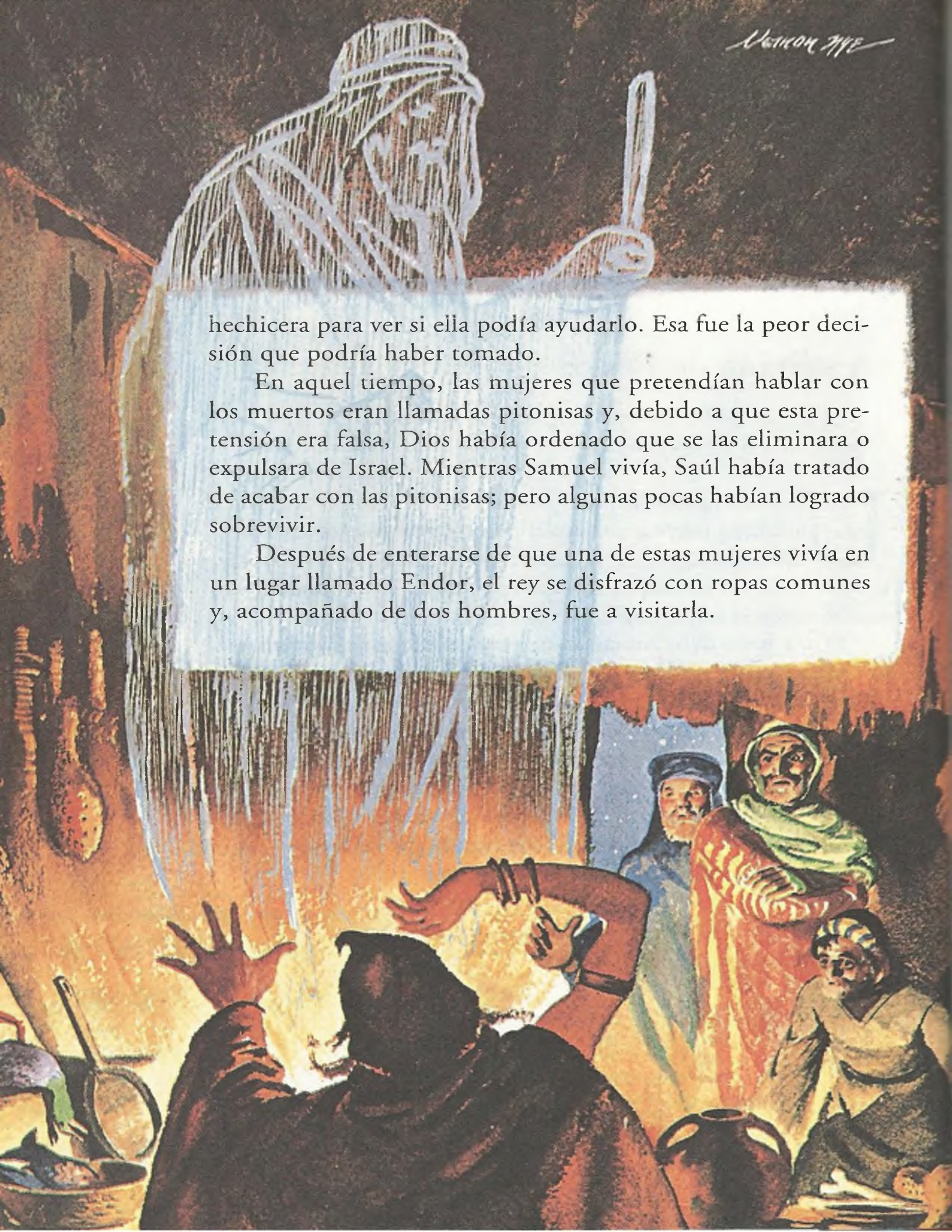
(1 Samuel 28)

UNA de las razones por las que Saúl dejó de perseguir a David fue la nueva invasión de Israel por parte de los filisteos. Esta vez, tenían un poderoso ejército y, cuando Saúl vio las tropas acampadas, "le entró tal miedo que se descorazonó por completo".

El rey necesitaba un consejo, pero no sabía a quién recurrir. Antes tenía a Samuel, que siempre le había comunicado los consejos del Señor; pero Samuel había muerto.

Saúl también hubiera deseado recibir el consejo del sumo sacerdote; pero también este estaba muerto. Él mismo había ordenado a Doeg que matara a todos los sacerdotes, y solo Abiatar había escapado. Pero había buscado refugio con David, porque temía a Saúl. Saúl nunca se había sentido tan solitario e impotente. Había tratado de orar a Dios; pero por su desobediencia, el Señor no le contestaba.

A medida que los filisteos aumentaban en número, Saúl comenzó a desesperarse. Por fin decidió ir a consultar a una



hechicera para ver si ella podía ayudarlo. Esa fue la peor decisión que podría haber tomado.

En aquel tiempo, las mujeres que pretendían hablar con los muertos eran llamadas pitonisas y, debido a que esta pretensión era falsa, Dios había ordenado que se las eliminara o expulsara de Israel. Mientras Samuel vivía, Saúl había tratado de acabar con las pitonisas; pero algunas pocas habían logrado sobrevivir.

Después de enterarse de que una de estas mujeres vivía en un lugar llamado Endor, el rey se disfrazó con ropas comunes y, acompañado de dos hombres, fue a visitarla.

Era de noche cuando llegaron, y la adivina temió que fueran espías y que estuvieran tratando de hacerla caer en una trampa; pero Saúl le prometió solemnemente que nada le ocurriría si ella accedía a su pedido.

–"¿A quién desea usted que yo haga aparecer? –preguntó la mujer.

–"Evócame a Samuel –respondió Saúl".

La adivina, por supuesto, no podía cumplir con ese pedido. La imagen que ella dijo ver no era Samuel, sino un mal espíritu que se parecía a Samuel.

Saúl, por su parte, no vio a Samuel. Él sencillamente creyó en lo que la mujer le decía. Y pensando que hablaba con Samuel, dijo:

–"Estoy muy angustiado. Los filisteos me están atacando, y Dios me ha abandonado. Ya no me responde, ni en sueños ni por medio de profetas. Por eso decidí llamarte, para que me digas lo que debo hacer".

Si Saúl pensaba que iba a recibir algún buen consejo o algunas palabras de ánimo, estaba equivocado. La voz que le habló, fingiendo ser la de Samuel, solo tenía malas noticias. Dijo que Israel sería derrotado en la batalla contra los filisteos, y que Saúl y sus hijos serían muertos.

Saúl salió completamente desanimado de su encuentro con la adivina de Endor. No había recibido ayuda alguna. Y ahora ya no tenía ánimo para combatir a los filisteos ni energía para planear la batalla contra ellos. Sin esperanza y sin Dios, solo le quedó aguardar el fin, que presagiaba muy cercano.

← ILUSTRACIÓN DE VERNON NYE

Al verse rodeado por el enemigo, Saúl desobedeció el mandamiento de Dios y consultó a una adivina. Esta evocó a un espíritu maligno que fingió ser el profeta Samuel.

Un valeroso rescate

(1 Samuel 29:1 a 30:25)

DAVID también tenía su cuota de dificultades. El rey Aquis de Gat había sido muy bondadoso con él y sus hombres, y les había permitido hacer su hogar en el pequeño pueblo de Siclag. Felices de tener por fin un lugar que podían considerar suyo, los 600 hombres, con sus mujeres y sus hijos, habían reedificado las viviendas y habían hecho prosperar el pueblo.

Entonces irrumpió la guerra entre los filisteos y los israelitas. Esto era malo para David, porque Siclag y Gat estaban situadas en la tierra de los filisteos, y el rey Aquis esperaba que todos los hombres en condición de pelear lo ayudaran en su lucha contra Israel.

Pero ¿cómo podría David combatir contra su propio pueblo? Él y sus hombres deben haber analizado el problema durante largo tiempo. La Biblia no nos dice lo que decidieron, aunque nos informa que, el día en que los soldados se reunieron para el combate y "los jefes filisteos avanzaban en compañías de cien y de mil soldados, seguidos de Aquis y de David y sus hombres", sin sospechar siquiera lo que iba a ocurrir poco después.

Repentinamente, algunos jefes de los filisteos los reconocieron.

–"Y estos hebreos, ¿qué hacen aquí? –preguntaron".

El rey Aquis les contestó que no se preocuparan, porque David y sus hombres habían estado viviendo en su tierra durante mucho tiempo y nunca había tenido un problema con ellos.

Los príncipes, sin embargo, no podían permitir que hubiera hebreos combatiendo entre los filisteos contra Israel. Señalando airadamente a David, exigieron:

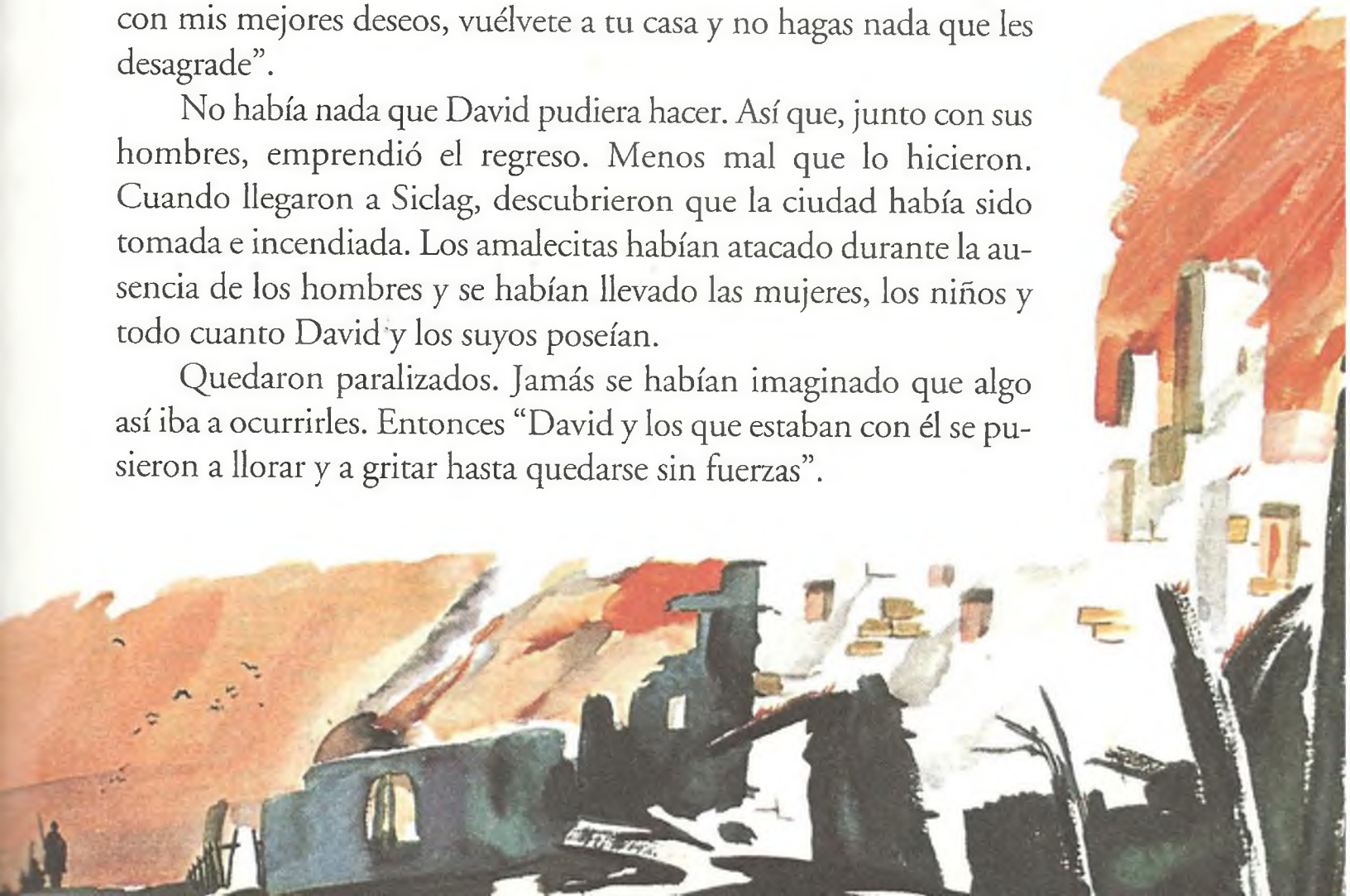
–"Despídelo; que regrese al lugar que le diste. No dejes que nos acompañe en la batalla, no sea que en medio del combate se vuelva contra nosotros".

Era lógico que los príncipes desconfiaran, y el rey Aquis lo comprendió. Por eso, llamando a David le rogó que volviera a Siclag:

–"Tan cierto como que el Señor vive, que tú eres un hombre honrado y me gustaría que me acompañaras en esta campaña. Desde el día en que llegaste, no he visto nada que me haga desconfiar de ti. Pero los jefes filisteos te miran con recelo. Así que, con mis mejores deseos, vuélvete a tu casa y no hagas nada que les desagrade".

No había nada que David pudiera hacer. Así que, junto con sus hombres, emprendió el regreso. Menos mal que lo hicieron. Cuando llegaron a Siclag, descubrieron que la ciudad había sido tomada e incendiada. Los amalecitas habían atacado durante la ausencia de los hombres y se habían llevado las mujeres, los niños y todo cuanto David y los suyos poseían.

Quedaron paralizados. Jamás se habían imaginado que algo así iba a ocurrirles. Entonces "David y los que estaban con él se pusieron a llorar y a gritar hasta quedarse sin fuerzas".



¡Qué triste día era ese! Pero los hombres no solo estaban tristes, sino también enojados. Algunos hasta sugirieron que David debía ser apedreado, como si lo ocurrido fuera culpa suya. "Pero cobró ánimo y puso su confianza en el Señor su Dios".

En medio de las carbonizadas ruinas de la ciudad, le preguntó al Señor:

–"¿Debo perseguir a esa banda? ¿Los voy a alcanzar?

–"Persíguelos –le respondió el Señor–. Vas a alcanzarlos, y rescatarás a los cautivos".

De inmediato, David y sus hombres partieron en persecución de los amalecitas. Marcharon con tanta rapidez, que cuando llegaron al arroyo de Besor, 200 estaban tan fatigados, que no podían dar un paso más. David los dejó con el equipaje junto al arroyo, y con los demás reanudó la persecución.

Mientras los hombres de David seguían las huellas de los amalecitas, encontraron a un joven egipcio tendido en el campo. Estaba enfermo, fatigado y hambriento, de manera que le dieron algunos higos y pasas para comer. Pronto el muchacho se sintió con fuerzas como para hablar. Dijo que era siervo de uno de los amalecitas que habían incendiado Siclag. Dijo también que había enfermado en el camino y que su amo lo había abandonado en el campo. Luego indicó a David la dirección que los amalecitas habían tomado. Recobrado el rumbo, David y sus cuatrocientos reanudaron la persecución.

Estas eran buenas noticias, y pronto los 400 hombres estaban nuevamente en marcha. Esa mañana, alcanzaron a sus enemigos, ¡y qué espectáculo vieron! Los amalecitas estaban "dispersos por todo el campo, comiendo, bebiendo y festejando el gran botín que ha-

← ILUSTRACIÓN DE VERNON NYE

Mientras perseguía a los amalecitas, David encontró a un muchacho esclavo enfermo. Los alimentos le hicieron cobrar vida, y pudo decirle en qué dirección se habían ido los enemigos.

bían conseguido en el territorio filisteo y en el de Judá". Y en medio de los soldados ebrios reconocieron a sus esposas y a sus hijos, sin duda muchos de ellos atados o encadenados.

A la siguiente madrugada, David dio la orden de ataque, y los 400 hombres se lanzaron al rescate de sus amados. Lucharon furiosamente contra los amalecitas, "hasta la tarde del día siguiente".

¡Cómo habrán gritado de alegría los niños al ver que sus padres venían a rescatarlos! Hasta me parece oírlos exclamar: "¡Mira, mamá, ahí viene papá a salvarnos!"

Cuando por fin terminó el combate, el campo de batalla se convirtió en una emocionada reunión en la que los esposos y las esposas, los hermanos y las hermanas, se abrazaban rebosantes de alegría. Todos estaban a salvo. "David pudo recobrar todo lo que los amalecitas se habían robado"; todas las madres, todos los niños, todos los rebaños y todo el botín, tal como Dios lo había prometido.

Por unos momentos, todos saltaban de alegría. Entonces, se inició una discusión. Algunos de los hombres que habían combatido con David dijeron que los que no habían participado en la batalla no tenían derecho a recibir parte del botín, salvo "a cada uno su mujer y sus hijos".

Pero David no lo haría así. En su corazón no había siquiera una pizca de mezquindad.

–"No hagan eso, mis hermanos –les respondió David–. Fue el Señor quien nos lo dio todo, y quien nos protegió... Del botín participan tanto los que se quedan cuidando el bagaje como los que van a la batalla".

Y así lo hizo.

El triste fin de Saúl

(1 Samuel 31; 1 Crónicas 10)

NO mucho después de ver a la pitonisa de Endor, Saúl mismo se puso al frente de su ejército para combatir contra los filisteos. Fue un mal día para Israel. Desde el mismo comienzo, la batalla estuvo prácticamente perdida. No había muchas posibilidades de vencer cuando el rey mismo estaba desanimado. Sabiendo que Dios ya no lo acompañaba, Saúl esperaba una derrota, y así sucedió.

Apenas había comenzado el combate, "los israelitas huyeron ante ellos". Saúl y sus hijos también huyeron, mientras los filisteos los perseguían de cerca. Primero Jonatán fue muerto; después, sus dos hermanos.

Pronto una flecha hirió gravemente a Saúl. Seguro de que su fin estaba cerca, el rey le pidió a su escudero que lo matara. Como no quiso hacerlo, "Saúl tomó la espada, y se echó sobre ella. Cuando su escudero vio a Saúl muerto, él también se echó sobre su espada y se mató".

Al día siguiente, cuando la batalla había terminado y los filisteos estaban despojando a los muertos, llegaron al lugar en que yacían Saúl y sus tres hijos.

"Entonces lo decapitaron, le quitaron las armas, y enviaron mensajeros por todo el país filisteo para que proclamaran la noticia en el templo de sus ídolos y ante todo el pueblo".

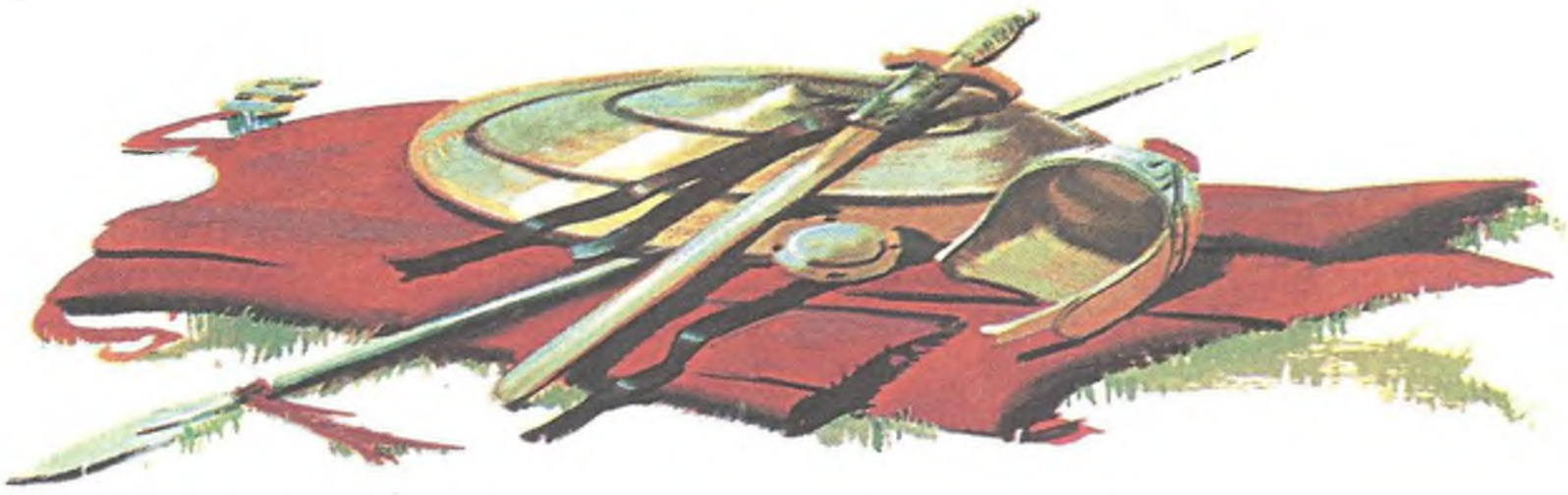
Luego, colgaron su cuerpo en la muralla de la ciudad de Betsán, "Y pusieron sus armas en el templo de sus dioses, y colgaron la cabeza en el templo de Dagón".

Fue un final terrible para el que había sido escogido por Dios para ser el primer rey de Israel. ¿Por qué murió?

La Biblia dice que "Saúl murió por haberse rebelado contra el Señor, pues en vez de consultarlo, desobedeció su palabra y buscó el consejo de una adivina".

La rebelión fue la verdadera causa de su muerte. Una y otra vez desobedeció a Dios, y finalmente sus transgresiones lo alcanzaron. Al ir a consultar a la adivina de Endor, dio un paso más allá del límite.

Desobedecer a Dios es siempre peligroso. Es cierto que si nos arrepentimos y le decimos que estamos apenados por nuestras faltas, él nos perdonará. Pero si persistimos en hacer las cosas que él nos pide que no hagamos, llegará el día en que podríamos tener el mismo triste fin de Saúl.



SEGUNDA PARTE

Historias del

Rey Pastor

(2 Samuel 1:1 a 24:25; 1 Crónicas 1:1 a 21:30)

El hombre con una corona

(2 Samuel 1)

DAVID había estado de regreso en Siclag solo dos días después de su victoria sobre los amalecitas cuando, al tercer día, le llegaron noticias de la muerte de Saúl. Todos habían estado tan ocupados en la ciudad incendiada, despejando los escombros y repartiéndose el botín, que nadie había tenido tiempo para pensar en lo que podía haberle ocurrido a Israel en su enfrentamiento contra los filisteos. Entonces, llegó un mensajero cuyas noticias cambiaron el futuro de su vida.

David echó un vistazo al recién llegado y sospechó de inmediato que traía malas noticias, porque venía con los vestidos rasgados y con tierra en la cabeza.

–"Pero, ¿qué ha pasado? –exclamó David–.

El hombre le contó su historia. Dijo que se encontraba por casualidad en el monte Guilboa cuando vio a Saúl que huía de los filisteos con los carros enemigos a punto de alcanzarlo. En ese momento, dijo el hombre, Saúl me llamó y me rogó: "¡Mátame de una vez, pues estoy agonizando y no acabo de morir!"

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

El soldado que trajo a David la corona y el brazalete de Saúl, afirmando haberlo matado, se llevó una sorpresa cuando David lo castigó por haberse atrevido a tocar al ungido del Señor.

–"Entonces –prosiguió el mensajero– yo me acerqué y lo maté, pues me di cuenta de que no iba a sobrevivir al desastre. Luego le quité la diadema de la cabeza y el brazalete que llevaba en el brazo, para traérselos a usted, mi señor".

Luego tomó la corona y el brazalete y se los alcanzó a David. ¡Y cómo deben haber mirado todos la hermosa corona!

El hombre pensó que David le daría una gran cantidad de dinero por su falsa hazaña de haber matado a Saúl; pero estaba muy equivocado. Ese día no hubo regocijo en Siclag; nadie se alegró por la muerte de su perseguidor. Todos "lloraron y ayunaron hasta el anochecer porque Saúl y su hijo Jonatán habían caído a filo de espada, y también por el ejército del Señor y por la nación de Israel".

El mensajero no podía entender lo que ocurría. ¿A qué se debía todo ese llanto? ¿Acaso no había traído buenas noticias? Pero si esto lo intrigaba, mayor fue la sorpresa que recibió en seguida.

Muy enojado, David se volvió hacia él y le exigió que le explicara cómo se había atrevido a matar al ungido del Señor. Asesinar al rey era, para David, un crimen terrible.

–"¡Anda, mátalo!" –ordenó a uno de sus ayudantes, y este lo mató de un solo golpe.

Entonces David, emocionado por lo ocurrido, compuso esta poesía acerca de Saúl y Jonatán, a quienes había amado tanto:

"¡Ay, Israel! Tu gloria yace herida en las alturas de los montes. ¡Cómo han caído los valientes! No lo anuncien en Gat ni lo pre-

gonen en las calles de Ascalón, para que no se alegren las filisteas...

"¡Saúl! ¡Jonatán! ¡Nobles personas! Fueron amados en la vida, e inseparables en la muerte. Más veloces eran que las águilas, y más fuertes que los leones...

"¡Cómo han caído los valientes en batalla! Jonatán yace muerto en tus alturas. ¡Cuánto sufro por ti, Jonatán, pues te quería como a un hermano! Más preciosa fue para mí tu amistad que el amor de las mujeres.

"¡Cómo han caído los valientes! ¡Las armas de guerra han perecido!"

Así David se lamentó por la muerte de Jonatán y también la de Saúl, a pesar de lo mal que este lo había tratado. ¡No en vano Dios amaba a David y declaró que era "un hombre más de su agrado"!*

* 1 Samuel 13:14.

Campo de dagas

(2 Samuel 2:1 a 3:1)

LA noticia de la muerte de Saúl despertó varios interrogantes importantes en la mente de David. ¿Debía proclamarse rey o esperar un poco? ¿Debía permanecer en Siclag para reconstruirla o volver a Judá para vivir entre su propio pueblo?

Como siempre, presentó sus inquietudes a Dios.

" –¿Debo ir a alguna de las ciudades de Judá?

–"Sí, debes ir –le respondió el Señor.

–"¿Y a qué ciudad quieres que vaya?

–"A Hebrón".

Esta era la forma tan natural en que David hablaba con Dios, buscando siempre hacer su voluntad. Él y sus hombres abandonaron las ruinas de Siclag, "y todos se establecieron en Hebrón y sus aldeas".

Era bueno estar de regreso en el hogar. Sus viejos amigos también se regocijaban de verlos después de su largo exilio. De hecho, los habitantes de Judá "ungieron a David como rey de su tribu".

Pero aún no habían acabado las dificultades para David.

Campo De Dagas

Abner, el comandante en jefe del ejército de Saúl, declaró que Isboset, hijo del difunto rey, era legítimo heredero del trono y lo proclamó rey de Israel.

De modo que ahora había dos reyes: David, rey de Judá, e Isboset, rey de Israel. Ambos monarcas tenían sus propios ejércitos. Abner era el comandante de uno, y Joab, del otro.

Un día, los dos comandantes, acompañados de sus respectivos ejércitos, se encontraron "en el estanque de Gabaón y tomaron posiciones en lados opuestos".

Abner dijo a Joab:

–"Propongo que salgan unos cuantos jóvenes y midan sus

armas en presencia de nosotros.

–"De acuerdo –respondió Joab".

Y así los 12 jóvenes más fuertes de las filas del ejército de David avanzaron para luchar contra los 12 jóvenes escogidos de las tropas de Isboset.

Estos 24 jóvenes valientes opusieron fortaleza contra fortaleza y valor contra valor. Pero eran tan parejos, que ninguno de ellos venció.

"Cada soldado agarró a su rival por la cabeza y le clavó la espada en el costado, de modo que ambos combatientes murieron al mismo tiempo". Los 24 murieron y fueron enterrados allí, y por eso se llamó a aquel lugar "Campo de dagas".

Luego de ese breve encuentro, todas las tropas entraron en combate y "aquel día la batalla fue muy dura, y los siervos de David derrotaron a Abner y a los soldados de Israel".

Abner comenzó a huir para salvar su vida y, mientras corría, advirtió que Asael, hermano de Joab, lo perseguía de cerca. Sin dejar de correr, el fugitivo le advirtió al joven que no se le aproximara demasiado. Como Asael rehusó hacerle caso, Abner lo hirió con la lanza en el abdomen y lo mató. Esa muerte fue algo que Joab jamás olvidó.

Aunque Abner logró escapar, aquella derrota fue el comienzo del fin para él. "La guerra entre las familias de Saúl y David se prolongó durante mucho tiempo. David consolidaba más y más su reino, en tanto que el de Saúl se iba debilitando".

Por fin el elegido de Dios estaba acercándose al trono.

Dos acciones miserables

(2 Samuel 3; 4)

CON el pasar de las semanas y los meses, Abner permanecía fiel a la familia de Saúl. Pero luego de una discusión con Isboset, Abner decidió entregarle su lealtad a David en lugar de ayudarlo a que se convirtiera en rey de Israel y Judá.

Cuando David se enteró, se alegró mucho, porque advirtió que, de esa manera, se pondría fin a la guerra. Sentía admiración por las cualidades de liderazgo de Abner, y creía que llegaría a serle tan leal como una vez lo había sido a Saúl.

David puso como condición para la paz que le buscara a Mical, su primera esposa, y se la trajera. Abner aceptó el pedido y pronto le envió a Mical. Entonces, se puso en contacto con los ancianos de Israel y les presentó su plan de unir el reino.

–"Hace tiempo que ustedes quieren hacer rey a David –les dijo–. Ya pueden hacerlo, pues el Señor le ha prometido: 'Por medio de ti, que eres mi siervo, libraré a mi pueblo Israel del poder de los filisteos y de todos sus enemigos'".

Cuando todos los ancianos de Israel aceptaron el plan, Abner se dirigió hacia Hebrón, donde residía David. "David preparó un banquete para él y los veinte hombres que lo acompañaban".

Todos pasaron momentos muy felices juntos. David, generoso como siempre, pasó por alto lo que Abner le había hecho en lo pasado. Abner, por su lado, le prometió hacer lo mejor de su parte para que todo Israel lo aceptara como rey.

–"Permítame Su Majestad convocar a todo Israel para que hagan un pacto con usted, y así su reino se extenderá a su gusto".

David despidió luego a Abner, y este se fue a realizar el plan que había presentado al rey.

Aquel pudo haber sido el comienzo de acontecimientos muy felices; pero por desgracia no lo fue. Pues cuando Joab se enteró de lo ocurrido mientras estaba ausente, se puso furioso.

–"¡Así que Abner vino a ver a Su Majestad! ¿Y cómo se le ocurre dejar que se vaya tal como vino?... Lo más seguro es que haya venido con engaño para averiguar qué planes tiene usted, y para enterarse de todo lo que usted está haciendo".

Para Joab, Abner no era otra cosa que un espía; además lo odiaba por haber matado a su hermano Asael. Y así, sin decírselo

a David, envió mensajeros para que alcanzaran a Abner y le dijeran que volviera a Hebrón.

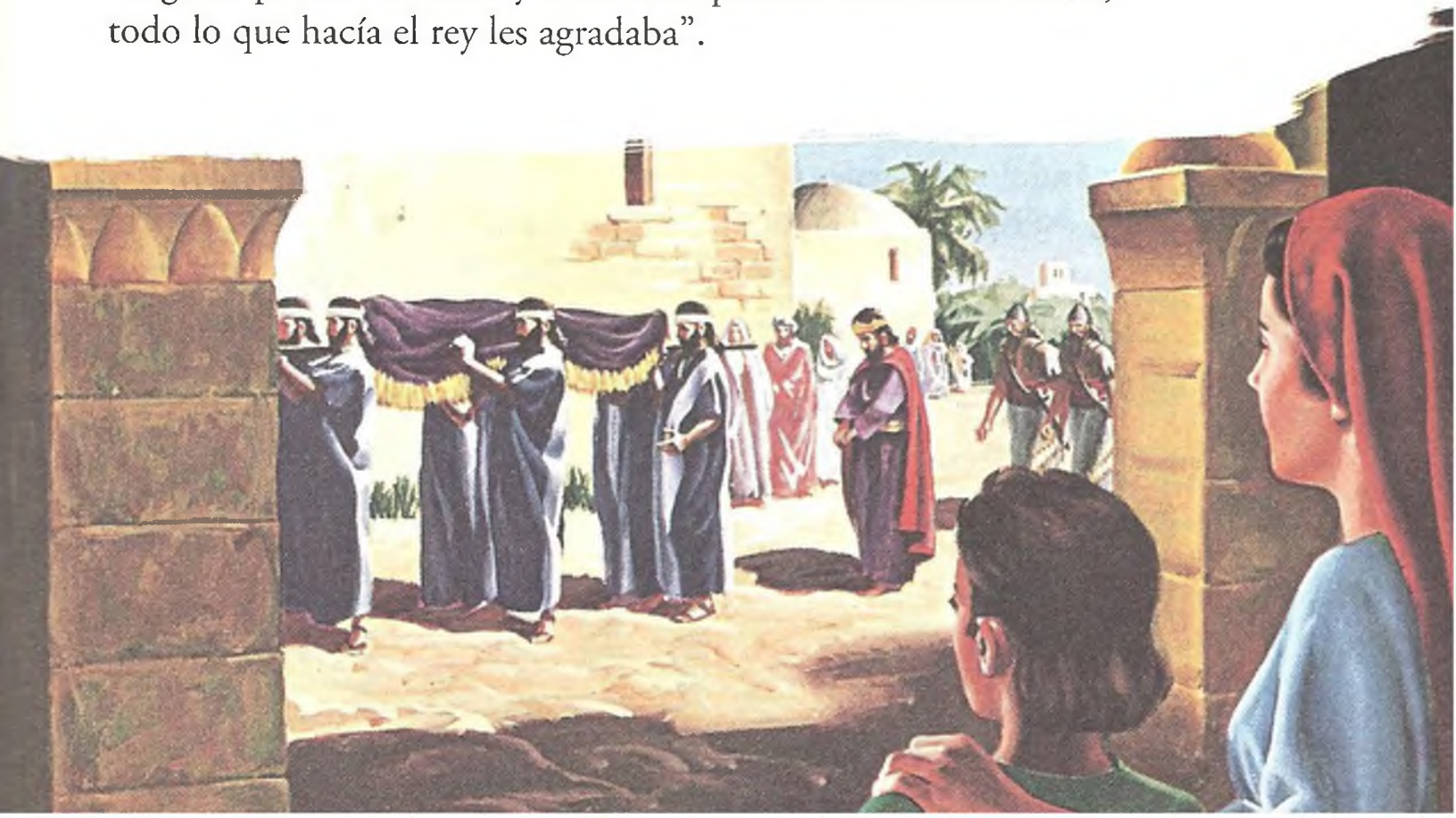
Suponiendo que David deseaba verlo de nuevo, Abner regresó de buena gana, esperando disfrutar de otro encuentro amigable con el rey y tal vez de otro banquete. Pero cuando llegó "Joab lo llevó aparte a la entrada de la ciudad, como para hablar con él en privado. Allí lo apuñaló en el vientre, y Abner murió. Así Joab se vengó de la muerte de su hermano Asael".

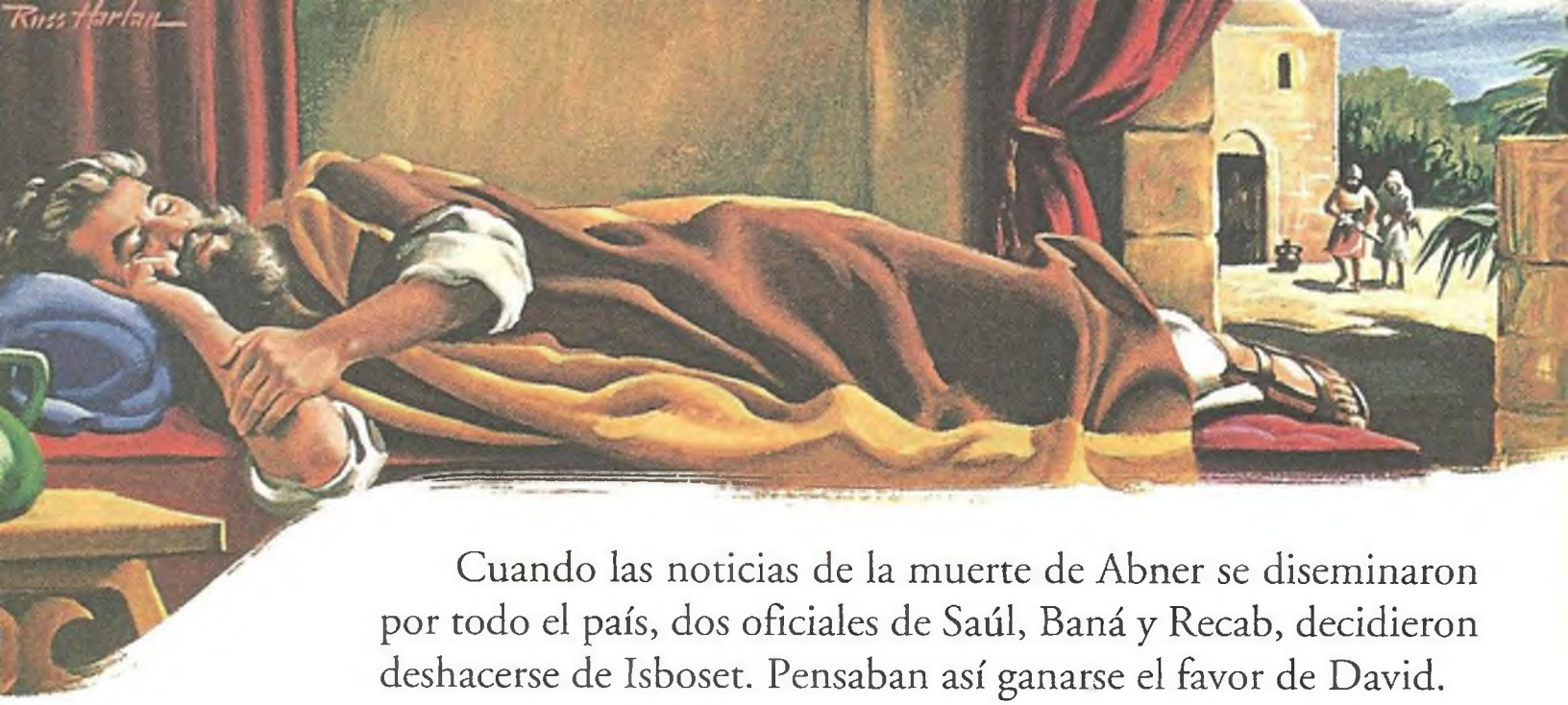
Cuando David se enteró del asesinato, se horrorizó. Luego ordenó a Joab que rasgara sus vestiduras, se vistiera de saco e hiciera duelo por el hombre a quien había matado a traición. Y cuando se celebró el funeral, "el rey David en persona marchó detrás del féretro".

David dijo a sus servidores:

–"¿No se dan cuenta de que hoy ha muerto en Israel un hombre extraordinario?"

David no solo estaba triste, sino también avergonzado de que uno de sus hombres de confianza hubiera cometido una acción tan malvada. Por eso rehusó comer durante todo el día y "la gente prestó atención, y a todos les pareció bien. En realidad, todo lo que hacía el rey les agradaba".





Cuando las noticias de la muerte de Abner se diseminaron por todo el país, dos oficiales de Saúl, Baná y Recab, decidieron deshacerse de Isboset. Pensaban así ganarse el favor de David.

Trazaron los planes y un día, durante las horas de calor, entraron en la casa de Isboset y lo encontraron durmiendo la siesta. Lo mataron allí mismo, le cortaron la cabeza y se la trajeron a David diciéndole:

–"Mire, Su Majestad: aquí le traemos la cabeza de Isboset, hijo de su enemigo Saúl, que intentó matarlo a usted –dijeron–. El Señor ha vengado hoy a Su Majestad por lo que Saúl y su descendencia le hicieron".

No podían haber cometido un error más grande. David se enojó con ellos aún más de lo se había enojado con Joab.

–"Tan cierto como que vive el Señor –les dijo–... les juro que quien me anunció la muerte de Saúl se imaginaba que me traía buenas noticias, ¡pero la recompensa que le di... fue apresarlo y matarlo en Siclag! ¡Y con mayor razón castigaré a los malvados que han dado muerte a un inocente mientras éste dormía en su propia cama! ¿Acaso no voy a vengar su muerte exterminándolos a ustedes de la tierra?"

"Entonces David les ordenó a sus soldados que los mataran". Y así lo hicieron.

David dejó en claro que no aprobaría nada malvado ni deshonesto mientras él reinara.

David es coronado rey

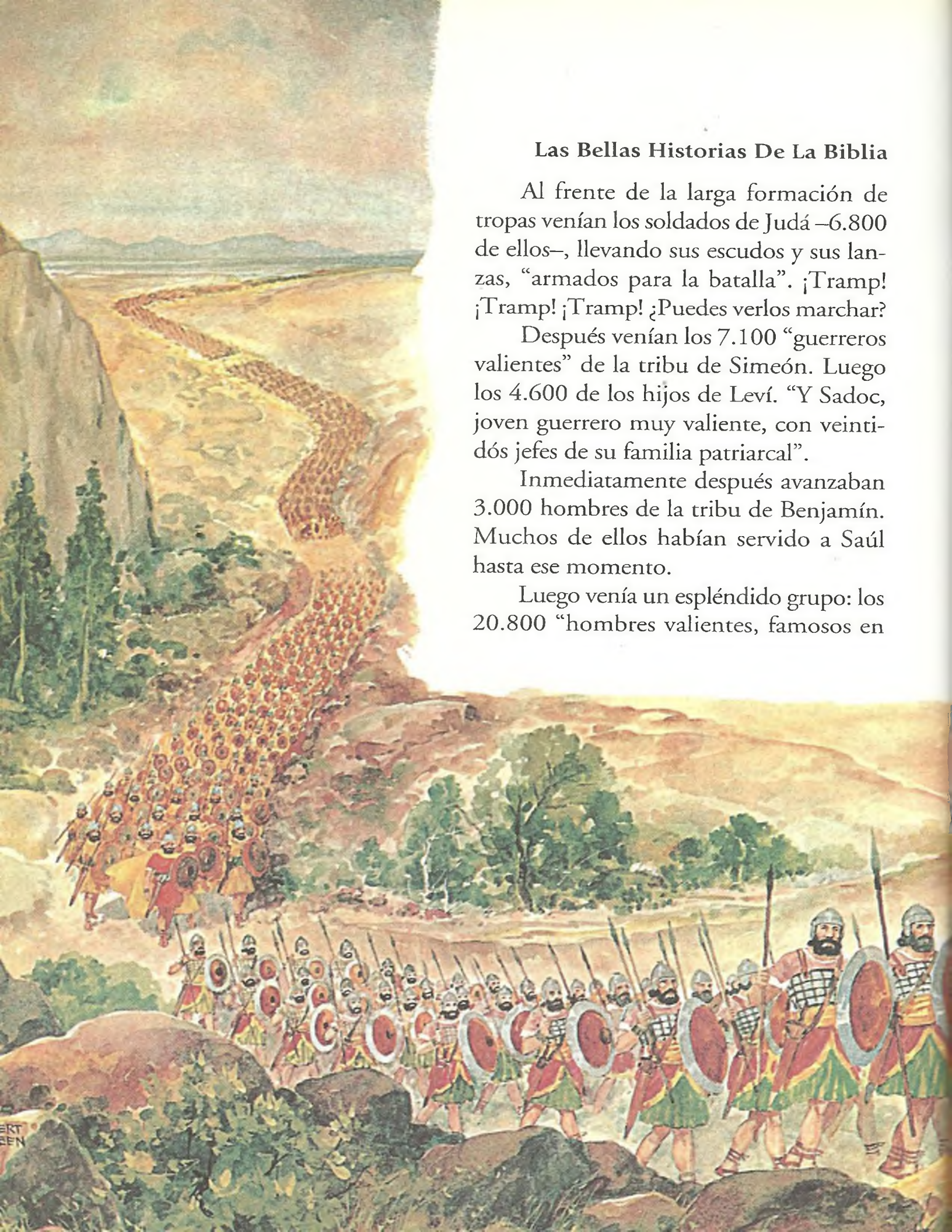
(2 Samuel 5:1-5; 1 Crónicas 11:1-3; 11:10 a 12:40)

QUINCE años habían pasado desde que David había matado a Goliat. La mayor parte de este tiempo había estado ocultándose de su furioso suegro. Ahora tenía 30 años y era amado por todo el pueblo, desde un extremo del reino hasta el otro.

David ya había sido ungido rey por los habitantes de Judá, pero ahora el resto de Israel, que durante un tiempo había permanecido fiel al hijo de Saúl, quería servirlo también. "Todos los ancianos de Israel fueron a Hebrón para hablar con el rey David y... ungieron a David para que fuera rey sobre Israel".

¡Qué magnífica ceremonia de coronación se celebró entonces! ¡Qué estupendos desfiles! La tierra de Palestina jamás había visto algo así.

Miles de personas vinieron de todas partes para presenciar la ceremonia. Cada tribu envió sus mejores soldados, totalmente armados. Y puedes estar seguro de que sus espadas, lanzas y escudos habían sido pulidos hasta que brillaban como espejos.



Al frente de la larga formación de tropas venían los soldados de Judá –6.800 de ellos–, llevando sus escudos y sus lanzas, "armados para la batalla". ¡Tramp! ¡Tramp! ¡Tramp! ¿Puedes verlos marchar?

Después venían los 7.100 "guerreros valientes" de la tribu de Simeón. Luego los 4.600 de los hijos de Leví. "Y Sadoc, joven guerrero muy valiente, con veintidós jefes de su familia patriarcal".

Inmediatamente después avanzaban 3.000 hombres de la tribu de Benjamín. Muchos de ellos habían servido a Saúl hasta ese momento.

Luego venía un espléndido grupo: los 20.800 "hombres valientes, famosos en

sus propias familias patriarcales" de la tribu de Efraín.

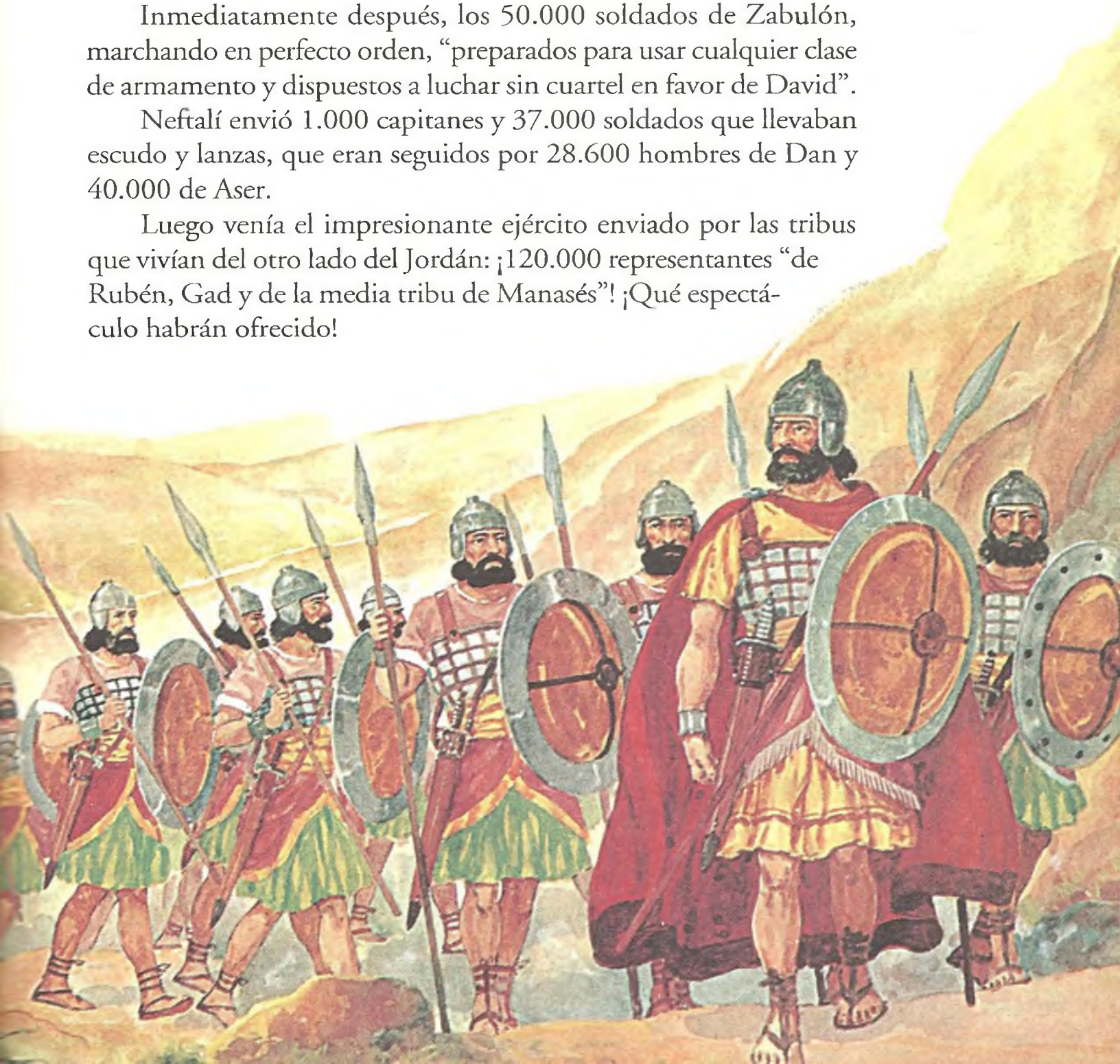
A estos los seguían los 18.000 de la media tribu de Manasés, que habían sido "nombrados para ir a proclamar rey a David".

De entre los hijos de Isacar envió 200 hombres "expertos en el conocimiento de los tiempos, que sabían lo que Israel tenía que hacer".

Inmediatamente después, los 50.000 soldados de Zabulón, marchando en perfecto orden, "preparados para usar cualquier clase de armamento y dispuestos a luchar sin cuartel en favor de David".

Neftalí envió 1.000 capitanes y 37.000 soldados que llevaban escudo y lanzas, que eran seguidos por 28.600 hombres de Dan y 40.000 de Aser.

Luego venía el impresionante ejército enviado por las tribus que vivían del otro lado del Jordán: ¡120.000 representantes "de Rubén, Gad y de la media tribu de Manasés"! ¡Qué espectáculo habrán ofrecido!



"Todos estos guerreros, preparados para el combate, fueron a Hebrón decididos a proclamar a David como rey de todo Israel. También los demás israelitas proclamaron de manera unánime a David como rey".

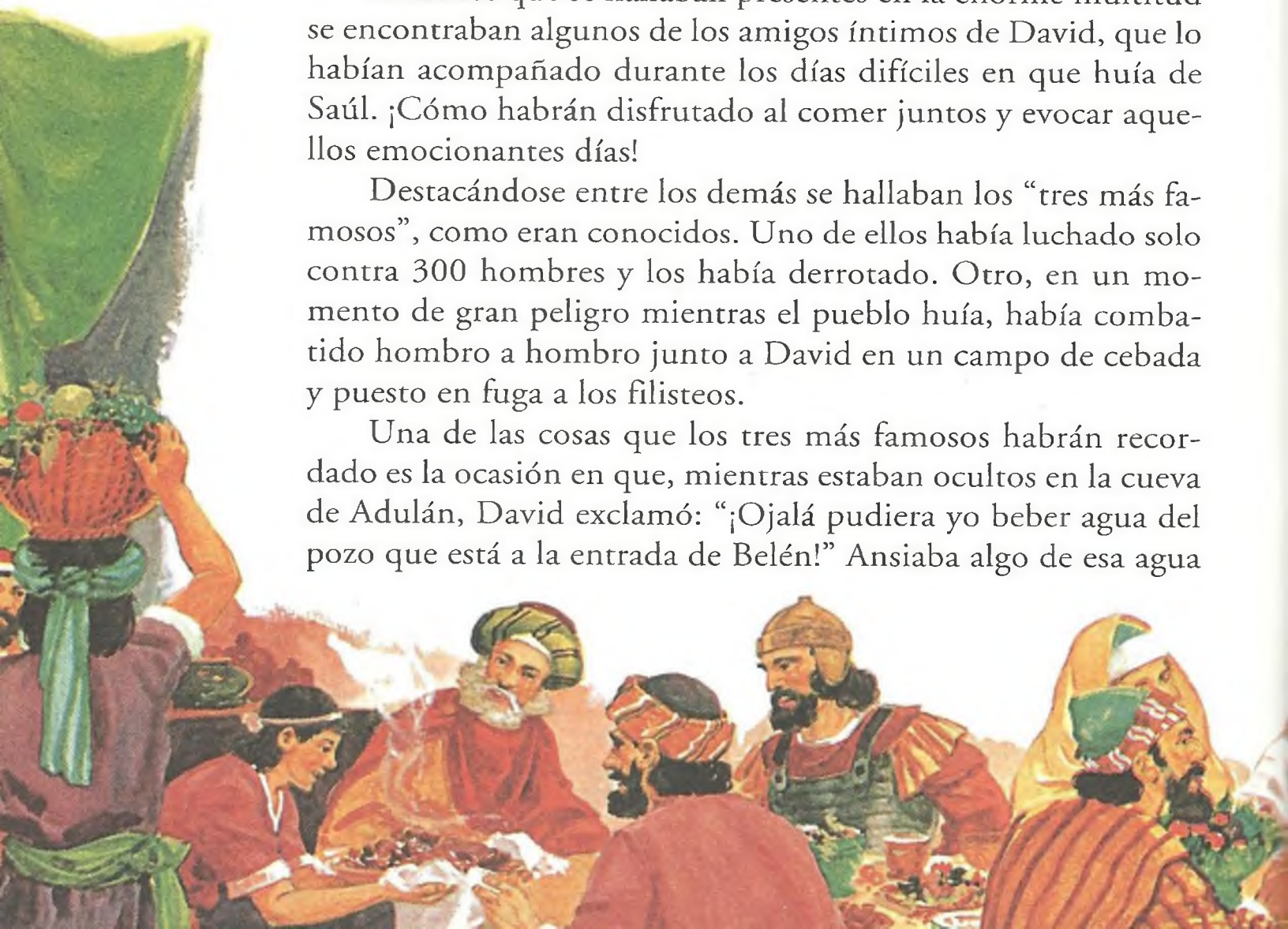
Después del desfile y de la ceremonia de coronación, se celebró un gran banquete que duró tres días. Por supuesto, estas miles de personas habrán consumido grandes cantidades de alimento. La Biblia dice que el festín fue preparado por los que vivían cerca de Hebrón, que "traían burros, camellos, mulas y bueyes cargados con harina, tortas de higos, pasas, vino y aceite. También les llevaron toros y ovejas en abundancia".

Todo el mundo estaba feliz. "Israel rebosaba de alegría". Era un maravilloso comienzo para el reinado de David.

Entre los que se hallaban presentes en la enorme multitud se encontraban algunos de los amigos íntimos de David, que lo habían acompañado durante los días difíciles en que huía de Saúl. ¡Cómo habrán disfrutado al comer juntos y evocar aquellos emocionantes días!

Destacándose entre los demás se hallaban los "tres más famosos", como eran conocidos. Uno de ellos había luchado solo contra 300 hombres y los había derrotado. Otro, en un momento de gran peligro mientras el pueblo huía, había combatido hombro a hombro junto a David en un campo de cebada y puesto en fuga a los filisteos.

Una de las cosas que los tres más famosos habrán recordado es la ocasión en que, mientras estaban ocultos en la cueva de Adulán, David exclamó: "¡Ojalá pudiera yo beber agua del pozo que está a la entrada de Belén!" Ansiaba algo de esa agua



clara y fresca que había bebido tan a menudo cuando era niño.

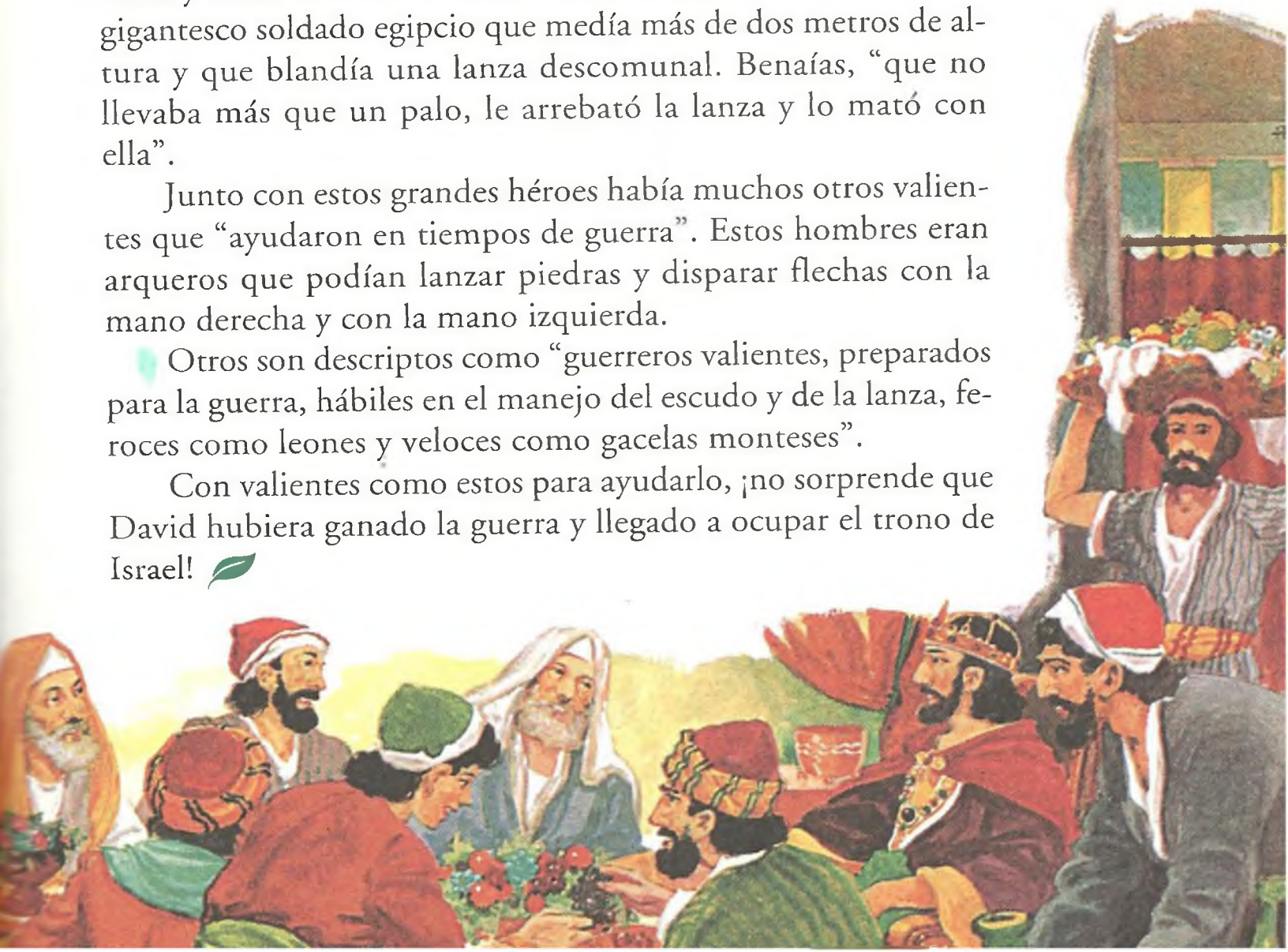
Entonces, "los tres valientes" habían ido a buscársela. Abriéndose paso por entre las filas de los enemigos, habían llegado al pozo y traído agua. Tan emocionado se había sentido David al observar esa extraordinaria prueba de valentía y devoción, que había rehusado beber el agua, sintiendo que no era digno de un sacrificio tan grande. De modo que, con reverencia, la había vertido en tierra como una ofrenda a Dios.

Otros de los notables que habían asistido a la coronación era Benaías, "guerrero de Cabsel que realizó muchas hazañas". Es probable que alguno de los comensales haya mencionado cómo Benaías "derrotó a dos de los mejores hombres de Moab, y en otra ocasión, cuando estaba nevando, se metió en una cisterna y mató un león". En otra ocasión había enfrentado a un gigantesco soldado egipcio que medía más de dos metros de altura y que blandía una lanza descomunal. Benaías, "que no llevaba más que un palo, le arrebató la lanza y lo mató con ella".

Junto con estos grandes héroes había muchos otros valientes que "ayudaron en tiempos de guerra". Estos hombres eran arqueros que podían lanzar piedras y disparar flechas con la mano derecha y con la mano izquierda.

Otros son descriptos como "guerreros valientes, preparados para la guerra, hábiles en el manejo del escudo y de la lanza, feroces como leones y veloces como gacelas monteses".

Con valientes como estos para ayudarlo, ¡no sorprende que David hubiera ganado la guerra y llegado a ocupar el trono de Israel!



Jebús se convierte en Jerusalén

(2 Samuel 5:6-25; 1 Crónicas 11:4-9; 14:1-17)

POCO después de haber sido coronado rey de Israel, David decidió tomar la ciudad de Jebús, que pertenecía a los jebuseos, para convertirla en capital de su reino.

David conocía bien el lugar. Estaba a solo pocos kilómetros de Belén, donde había nacido. Cuando huía de Saúl, más de una vez habrá deseado poseer una fortaleza tan sólida como esa.

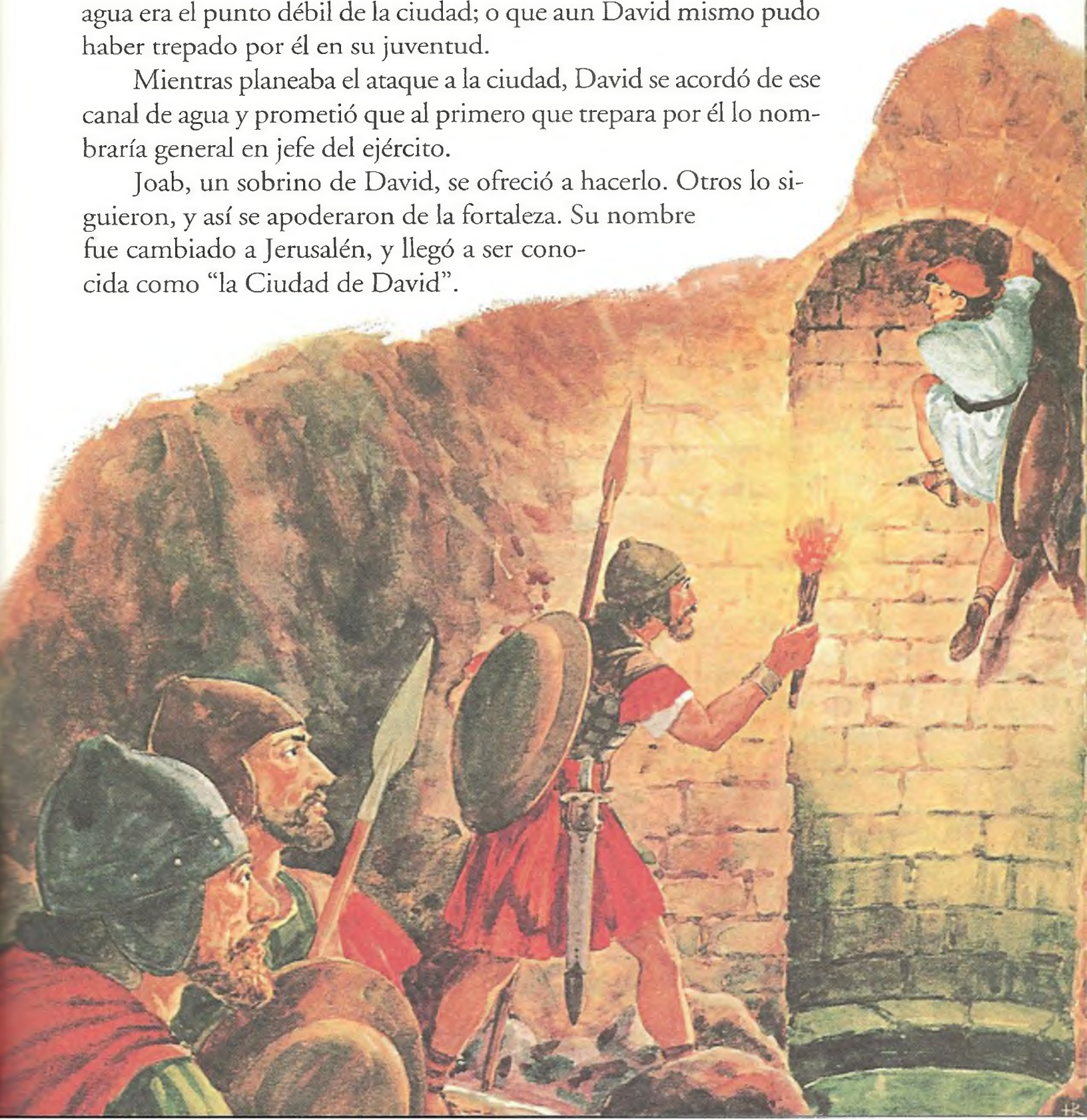
Nadie sabe exactamente cuánto tiempo habían vivido los jebuseos en esa "fortaleza de Sión", pero ya estaban en ella cuando los israelitas, bajo las órdenes de Josué, invadieron Palestina. Ya tendrían que haber sido expulsados para ese entonces, pero seguían allí porque los israelitas pensaban que era un lugar muy fortificado como para atacar.

Dado que habían rechazado con éxito muchos ataques enemigos a través de los años, los jebuseos se sentían perfectamente seguros. No tenían dudas de que ni siquiera David, con todos sus hombres valientes, era capaz de apoderarse de la ciudad. Hasta se burlaban de él diciéndole que, aunque todos los que vivían en Jebús fueran ciegos y cojos, David jamás podría capturarla.

Pero ellos no conocían a David. Ignoraban que, cuando era niño, él bien podía haber merodeado por los alrededores de la ciudad y llegado a familiarizarse con todos sus detalles. Nunca se les ocurrió a los jebuseos que él podía saber que el canal o túnel de agua era el punto débil de la ciudad; o que aun David mismo pudo haber trepado por él en su juventud.

Mientras planeaba el ataque a la ciudad, David se acordó de ese canal de agua y prometió que al primero que trepara por él lo nombraría general en jefe del ejército.

Joab, un sobrino de David, se ofreció a hacerlo. Otros lo siguieron, y así se apoderaron de la fortaleza. Su nombre fue cambiado a Jerusalén, y llegó a ser conocida como "la Ciudad de David".



Feliz y orgulloso de haberse apoderado de esa famosa fortaleza, David comenzó a construir edificios de todo tipo para alojar a sus tropas y a los oficiales del gobierno. Así, comenzó a sentar los cimientos de la famosa ciudad de Jerusalén, que sería considerada por el pueblo de Israel como su capital amada durante miles de años.

"Y David se fortaleció más y más, porque el Señor Todopoderoso estaba con él". Pronto su fama se extendió ampliamente, llegando a ser conocido como un gobernante sabio y bueno. Hasta el famoso Hiram, rey de Tiro, le envió "una embajada que le llevó madera de cedro, albañiles y carpinteros para construirle un palacio". Esto, por supuesto, lo alegró mucho y le dio a David la seguridad de que el Señor lo "había establecido a él como rey sobre Israel y había engrandecido su reino".

Los únicos que no estaban felices al ver todos estos progresos eran los antiguos enemigos de Israel: los filisteos. Se daban cuenta de que David estaba llegando a ser cada vez más poderoso. Por eso decidieron combatir nuevamente a Israel, "incursionado en el valle de Refayin".

Al enterarse de esto, David pidió consejo a Dios.

–"¿Debo atacar a los filisteos? ¿Los entregarás en mi poder?

–"Atácalos –le respondió el Señor–, pues yo los entregaré en tus manos".

Animado por esa promesa, atacó a los filisteos y obtuvo una gran victoria. Estos huyeron tan a prisa, que "allí... abandonaron a sus dioses", que fueron quemados por David y sus hombres. El espectáculo que ofrecían esos ídolos caídos en el campo de batalla debe haberles recordado la ocasión en que Dagón cayó en tierra ante el arca del Señor.

Pero los filisteos no aceptaron la derrota durante mucho tiempo.

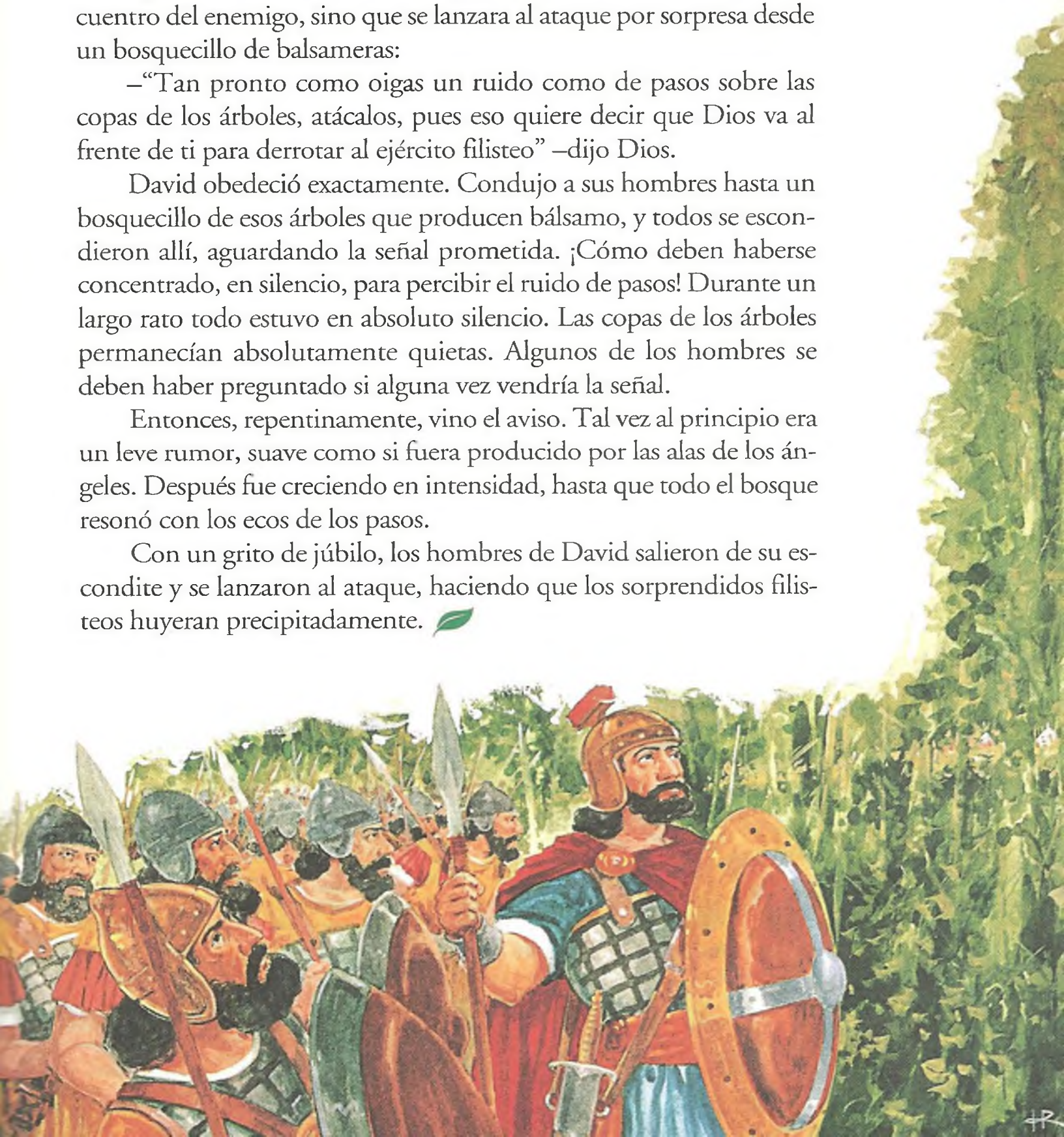
Pronto lanzaron otro ataque, y una vez más David le preguntó a Dios qué debía hacer. Esta vez el Señor le explicó exactamente cómo trazar el plan de batalla. Le ordenó que no fuera abiertamente al encuentro del enemigo, sino que se lanzara al ataque por sorpresa desde un bosquecillo de balsameras:

–"Tan pronto como oigas un ruido como de pasos sobre las copas de los árboles, atácalos, pues eso quiere decir que Dios va al frente de ti para derrotar al ejército filisteo" –dijo Dios.

David obedeció exactamente. Condujo a sus hombres hasta un bosquecillo de esos árboles que producen bálsamo, y todos se escondieron allí, aguardando la señal prometida. ¡Cómo deben haberse concentrado, en silencio, para percibir el ruido de pasos! Durante un largo rato todo estuvo en absoluto silencio. Las copas de los árboles permanecían absolutamente quietas. Algunos de los hombres se deben haber preguntado si alguna vez vendría la señal.

Entonces, repentinamente, vino el aviso. Tal vez al principio era un leve rumor, suave como si fuera producido por las alas de los ángeles. Después fue creciendo en intensidad, hasta que todo el bosque resonó con los ecos de los pasos.

Con un grito de júbilo, los hombres de David salieron de su escondite y se lanzaron al ataque, haciendo que los sorprendidos filisteos huyeran precipitadamente.



El arca vuelve al hogar

(2 Samuel 6:1-19; 1 Crónicas 13; 15:1-28; 16:1-36)

POCO después de haber sido coronado rey, David reunió a los dirigentes de la nación y les habló de un tema en el que había estado pensando mucho últimamente: la seguridad del arca de Dios.

Durante todos los años difíciles de lucha entre los israelitas y los filisteos, y entre Saúl y David, casi todos se habían olvidado de ese precioso cofre que contenía los Diez Mandamientos. Lo cierto es que ya no era más, como durante el éxodo, el centro del culto de Israel.

Después de haber sido sacada del tabernáculo por los dos malvados hijos de Elí, Ofni y Finés, el arca había sido tomada por los filisteos; pero les había causado tantas dificultades, que la habían enviado de vuelta a Israel en un carro tirado por dos vacas. El arca no había llegado de vuelta, sin embargo, al tabernáculo. Había permanecido durante muchos años en la casa de un hombre llamado Abinadab que vivía en Quiriat Yearín, a unos 11 kilómetros al oeste de Jerusalén.

David estaba convencido de que algo tan antiguo y sagrado

como el arca debía conservarse con todo cuidado en la nueva capital del país.

–Traigamos "de regreso el arca de nuestro Dios –les dijo a los dirigentes–. La verdad es que desde el tiempo de Saúl no la hemos consultado".

El plan fue aceptado. "A la asamblea le agradó la propuesta, y acordó que se hiciera así. Entonces, David reunió a todo el pueblo... para trasladar el arca que estaba en Quiriat Yearín".

Abinadab debe haberse sorprendido al ver que venían hacia su casa personas desde todas direcciones. Miles y miles continuaron llegando, hasta que por fin David mismo arribó.

Con reverencia, el arca fue sacada de la casa de Abinadab y colocada sobre un carro nuevo para iniciar la marcha hacia Jerusalén. El honor de conducir el vehículo fue concedido a los dos hijos de Abinadab, llamados Uza y Ajío. Y al ponerse en marcha el carro, la enorme multitud estalló en un canto de alabanza. "David y todo Israel danzaban ante Dios con gran entusiasmo y cantaban al son de liras, arpas, panderos, címbalos y trompetas".

La música y los cánticos continuaron a medida que la larga procesión avanzaba solemnemente hacia la ciudad de David. Todos es-

taban muy felices, pues les parecía que llevar el arca a un lugar seguro marcaría el fin de todas sus dificultades y el comienzo de una época feliz para Israel. Repentinamente, sin embargo, algo terrible sucedió.

Cuando la procesión pasaba por la era de Nacón, donde tal vez el camino era más irregular que en otras partes, el arca comenzó a sacudirse. Temiendo que pudiera caerse del carro y dañarse, Uza extendió la mano para sostener el arca... y cayó muerto.

Todos los que vieron lo sucedido se llevaron una tremenda impresión. Otros se arrimaron para ver qué había ocurrido. La procesión se detuvo y, a medida que la triste noticia iba pasando de boca en boca, la música fue cesando.

La gente comenzó a preguntarse por qué Uza había sido muerto, una pregunta que se ha hecho una y otra vez desde entonces. La única explicación que puede darse es que Uza sabía muy bien que no debía tocar el arca y que su acto de desobediencia realizado ante tanta gente, aunque era bien intencionado, debía ser castigado con severidad.

David se apenó mucho por lo ocurrido y decidió dejar de transportar el arca ese día. Lo hizo conducir hasta el hogar de Obed Edom y todo el mundo se volvió a su casa.

Durante los tres meses siguientes, el hogar de Obed Edom fue bendecido de manera tan extraordinaria, que la noticia de su prosperidad se extendió por kilómetros a la redonda. Cuando David se enteró de lo que estaba sucediendo, decidió intentar una vez más llevar el arca a Jerusalén.

De inmediato se hicieron los preparativos. David ordenó a todos los que iban a tomar parte en la procesión que se santificaran y que pidieran perdón a Dios por todos sus pecados. La primera vez,

dijo el rey, habían tenido dificultades porque no "consultamos al Señor nuestro Dios, como está establecido". Por eso, quería haber todo lo necesario para que no volviera a ocurrir lo mismo.

Esta vez el arca fue transportada en hombros y, cuando los que la llevaban avanzaron seis pasos, David ofreció sacrificios. Luego, a medida que seguía avanzando, el rey "se puso a bailar ante el Señor con gran entusiasmo. Así que entre vítores y al son de cuernos de carnero, David y todo el pueblo de Israel llevaban el arca del Señor".

Reverentemente, fueron subiendo por el camino, pasaron por los portales y entraron en la ciudad. Puedes estar seguro de que nadie tocó el arca esta vez. Luego, el arca de Dios "fue llevada a la tienda de campaña que David le había preparado".

Entonces el coro entonó una canción que el rey David había compuesto especialmente para la gran ocasión:

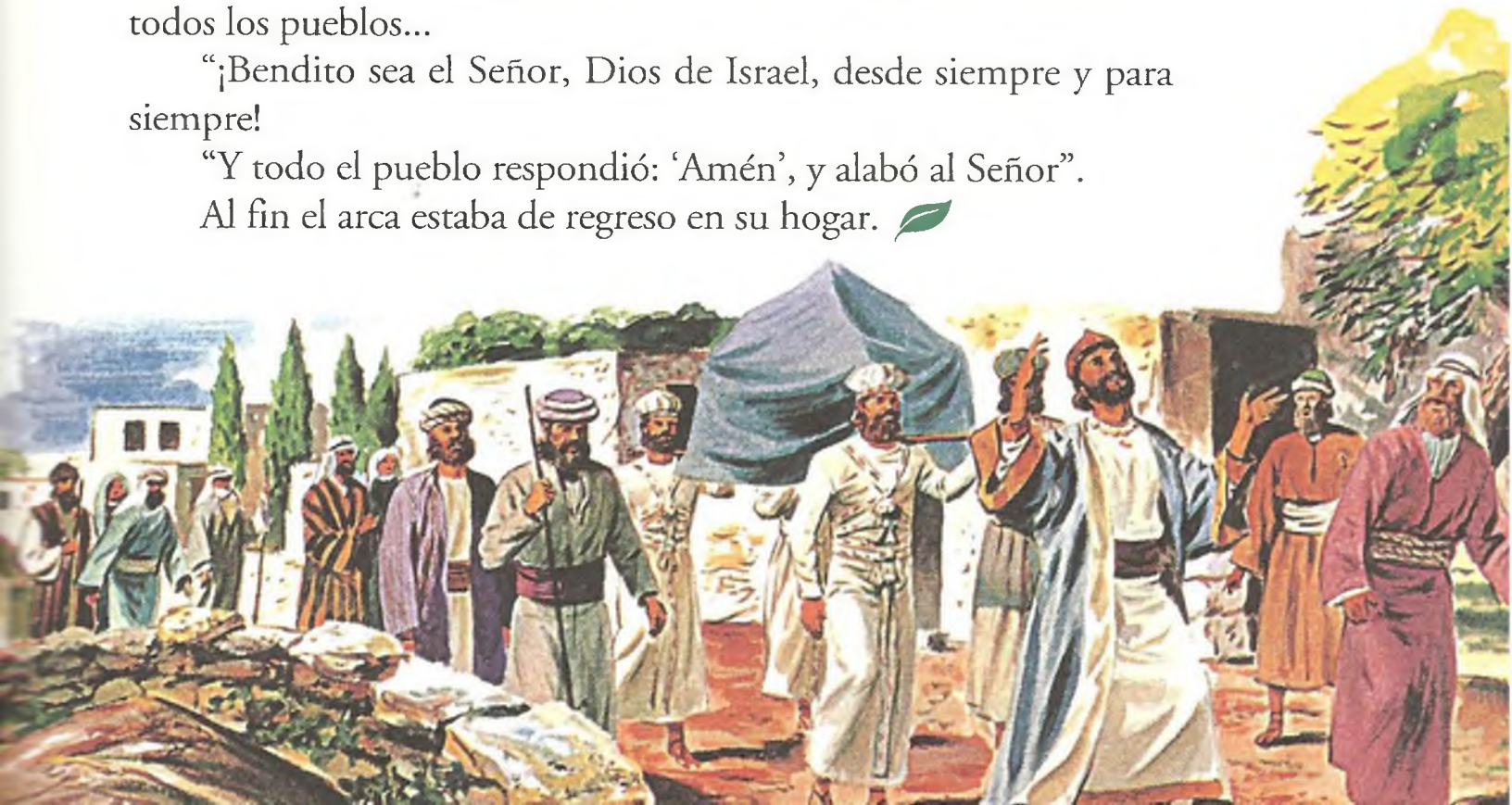
"¡Alaben al Señor, proclamen su nombre, testifiquen de sus proezas entre los pueblos! ¡Cántenle, cántenle salmos! ¡Hablen de sus maravillosas obras! ¡Gloríense en su nombre santo! ¡Alégrense de veras los que buscan al Señor!...

"¡Que toda la tierra cante al Señor! ¡Proclamen su salvación cada día! Anuncien su gloria entre las naciones, y sus maravillas a todos los pueblos...

"¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, desde siempre y para siempre!

"Y todo el pueblo respondió: 'Amén', y alabó al Señor".

Al fin el arca estaba de regreso en su hogar.



Sentado ante el Señor

(2 Samuel 7:1-29; 1 Crónicas 17:1-27)

LOS años pasaron. El hermoso nuevo hogar de David estaba terminado. El niño pastor ahora vivía en un palacio, pero no se sentía completamente feliz. Algo lo preocupaba. Un día, le contó al profeta Natán lo que tenía en mente.

–"¡Aquí me tienes –comenzó diciéndole–, habitando un palacio de cedro, mientras que el arca del pacto del Señor se encuentra bajo una simple tienda de campaña!"

David estaba convencido de que Dios debía tener una casa más bella que la de él mismo, aun cuando fuera el rey. A Natán le agradó que David pensara de manera tan generosa.

–"Bien –respondió Natán–. Haga Su Majestad lo que su corazón le dicte, pues el Señor está con usted".

Esa noche el Señor se comunicó con Natán y le dijo cuánto le había agradado que David hubiera pensado en él. En seguida le dio a Natán un mensaje especial para el rey, que el profeta le comunicó al día siguiente.

"Así dice el Señor Todopoderoso: 'Yo te saqué del redil para

que, en vez de cuidar ovejas, gobernaras a mi pueblo Israel. Yo he estado contigo por dondequiera que has ido, y he aniquilado a todos tus enemigos. Y ahora voy a hacerte tan famoso como los más grandes de la tierra... Te anuncio, además, que... cuando tu vida llegue a su fin y vayas a reunirte con tus antepasados, yo pondré en el trono a uno de tus descendientes, a uno de tus hijos, y afirmaré su reino... para siempre lo estableceré en mi casa y en mi reino, y su trono será firme para siempre".

Mientras Natán le comunicaba a David lo que Dios había dicho acerca de él, el rey sintió una muy profunda emoción. Apenas terminó de oír el mensaje, entró probablemente en el tabernáculo donde había puesto el arca, y "se presentó ante el Señor". Allí se inclinó con humildad ante Dios y le agradeció por todas sus bondades. Su oración de gratitud es una de las más hermosas que se encuentran en la Biblia.

–"Señor y Dios, ¿quién soy yo, y qué es mi familia, para que me hayas hecho llegar tan lejos?... ¿Qué más podría yo decir del

honor que me has dado, si tú conoces a tu siervo?... Señor, nosotros mismos hemos aprendido que no hay nadie como tú, y que aparte de ti no hay Dios...

–"Y ahora, Señor, mantén para siempre la promesa que le has hecho a tu siervo y a su dinastía. Cumple tu palabra para que tu nombre permanezca y sea exaltado por siempre...

–"Te has dignado bendecir a la familia de tu siervo, de modo que bajo tu protección exista para siempre. Tú, Señor, la has bendecido, y por eso quedará bendita para siempre".

Así, sentado ante el Señor, David conversó con él como con un amigo. Él no sabía, por supuesto, de qué manera planeaba Dios cumplir su maravillosa promesa. David no podía ver el futuro ni imaginarse que, mediante Jesucristo, su casa, su nombre y su reino serían establecidos para siempre. Lo único que hizo fue confiar en que Dios cumpliría su promesa de la manera que él creyera mejor y en el momento más conveniente.

¡Qué hermoso es conversar con Dios de esa manera! Tú y yo también podemos hacerlo. Ve a alguna parte a sentarte solo ante el Señor y para contarle lo que sientes.

"La misericordia de Dios"

(2 Samuel 4:4; 9:1-13)

DAVID siempre estaba pensando en hacer el bien a los demás. Tal vez esa es otra de las razones por las que Dios una vez lo llamó "un hombre más de su agrado".

Cierta vez, mientras evocaba los días pasados, se acordó de su viejo amigo Jonatán. Había amado mucho a Jonatán. ¡Qué pena que hubiera muerto en aquella batalla contra los filisteos! Si aquello no hubiera ocurrido, ¡qué momentos felices habrían podido pasar juntos!

Entonces, David comenzó a preguntarse si no habría quedado vivo algún descendiente de Saúl. Quería hacer algo por ellos en memoria de Jonatán. Mientras conversaba del asunto con sus amigos, alguien le sugirió que tal vez un hombre llamado Siba podría darle algunos datos al respecto. Este no solo había sido una vez siervo de Saúl, sino que ahora tenía 15 hijos y 20 criados, y alguno de ellos seguramente podría proporcionarle la información que buscaba.

David aceptó la idea y mandó a buscar a Siba.

–"¿Tú eres Siba?" –le preguntó al presentarse ante él.

–"A las órdenes de Su Majestad" –respondió el hombre, inclinándose.

–"¿No queda nadie de la familia de Saúl a quien yo pueda beneficiar en el nombre de Dios? –volvió a preguntar el rey.

–"Sí, Su Majestad. Todavía le queda a Jonatán un hijo que está tullido de ambos pies –le respondió Siba.

¡El hijo de Jonatán todavía vivía! Le había parecido imposible.

–"¿Y dónde está?" –preguntó ansiosamente David.

Siba sabía exactamente dónde se encontraba.

–"En Lo Debar; vive en casa de Maquir hijo de Amiel" –respondió.

Sin un instante de demora, David envió mensajeros a Lo Debar para traer al hijo de Jonatán, que se llamaba Mefiboset.

Cuando el rey vio llegar a Mefiboset, sintió lástima por él, porque era cojo. Además, el pobre hombre estaba muy atemorizado, porque temía que David lo hubiera llamado para matarlo. Por eso se echó sobre su rostro ante el rey. Pero en realidad no debiera haber tenido temor.

–"¿Tú eres Mefiboset?" –le dijo David, en cuya voz había acentos de profunda bondad.

–"A las órdenes de Su Majestad" –respondió el hombre.

–"No temas, pues en memoria de tu padre Jonatán he decidido beneficiarte. Voy a devolverte todas las tierras que pertenecían a tu abuelo Saúl, y de ahora en adelante te sentarás a mi mesa.

Mefiboset se inclinó, incapaz de creer lo que escuchaba:

–"¿Y quién es este siervo suyo, para que Su Majestad se fije en él? ¡Si no valgo más que un perro muerto!" –le dijo, profundamente agradecido.

David quiso saber entonces cómo había llegado a quedar cojo, y se le informó que el accidente había ocurrido cuando Mefiboset tenía cinco años de edad, el mismo día en que su padre Jonatán había

← ILUSTRACIÓN DE FRED COLLINS

Mefiboset, el hijo cojo de Jonatán, se presentó temblando ante el rey; pero David lo trató con bondad en homenaje a su padre y lo invitó a vivir con él en el palacio.

sido muerto en la batalla. Cuando llegaron al palacio las noticias de la derrota de Israel, su nodriza lo había alzado para huir, temiendo que los filisteos vinieran a matarlo a él también. En la precipitación de la fuga, la nodriza lo había dejado caer y el niño se había quebrado las piernas. Y puesto que entonces nadie sabía cómo atender un caso tal, el pobre había quedado cojo para toda la vida.

Mientras David oída el relato, llegó a sentir aún más compasión por Mefiboset y dio órdenes para que se hiciera todo lo posible para ayudarlo. Luego ordenó a Siba:

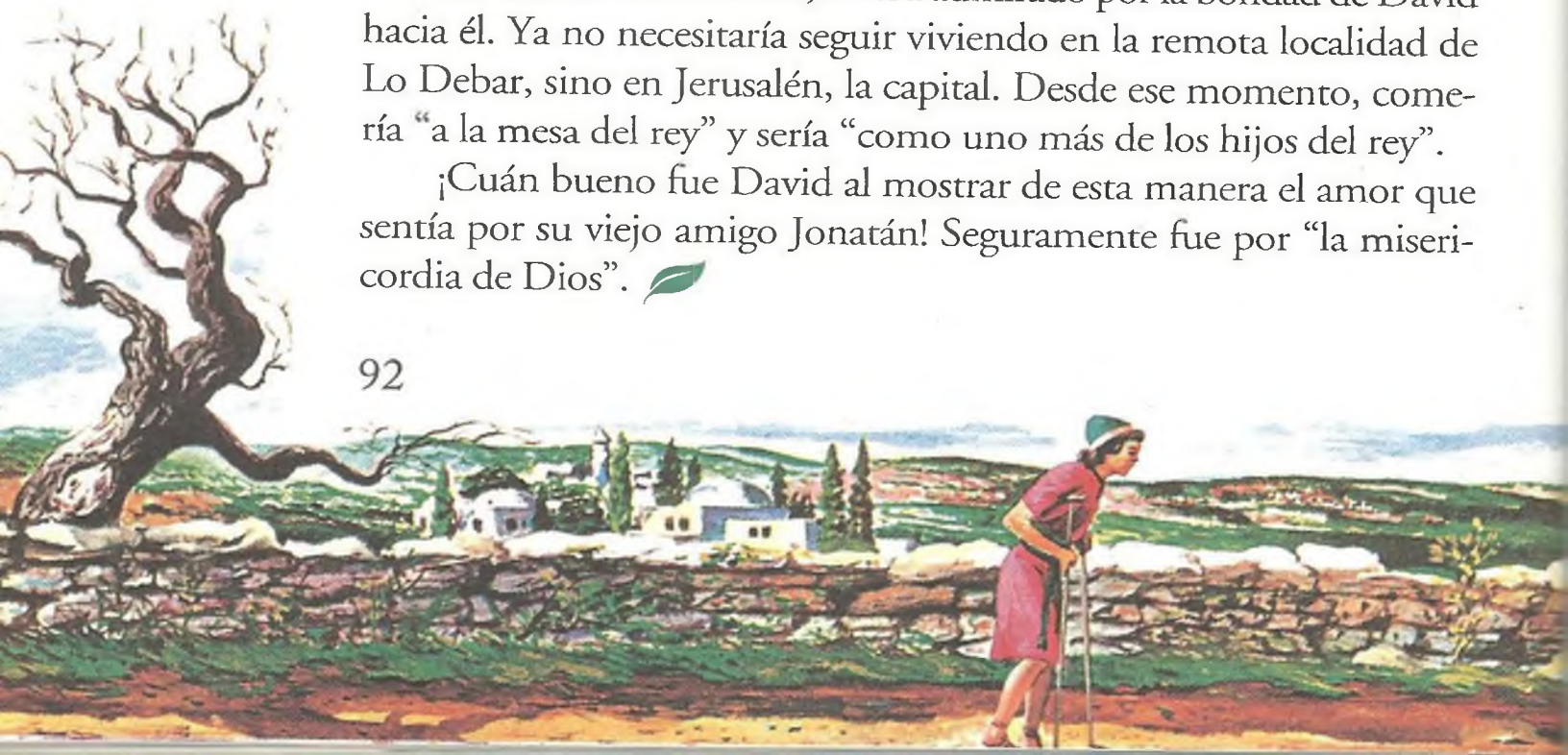
–"Todo lo que pertenecía a tu amo Saúl y a su familia se lo entrego a su nieto Mefiboset. Te ordeno que cultives para él la tierra y guardes la cosecha para el sustento de su casa. Que te ayuden tus quince hijos y tus veinte criados. En cuanto al nieto de tu amo, siempre comerá en mi mesa.

–"Yo estoy para servir a Su Majestad. Haré todo lo que Su Majestad me mande –respondió Siba".

Siba debe haberse sentido muy feliz, no solo por lo que había ocurrido con el hijo de Jonatán, sino porque su propia suerte había cambiado en forma repentina. El cuidar de las tierras de Saúl era una ocupación importante y significaba que sus 15 hijos y sus 20 criados tendrían trabajo y alimentos en abundancia.

En cuanto a Mefiboset, estaba admirado por la bondad de David hacia él. Ya no necesitaría seguir viviendo en la remota localidad de Lo Debar, sino en Jerusalén, la capital. Desde ese momento, comería "a la mesa del rey" y sería "como uno más de los hijos del rey".

¡Cuán bueno fue David al mostrar de esta manera el amor que sentía por su viejo amigo Jonatán! Seguramente fue por "la misericordia de Dios".



Un vecino maleducado

(2 Samuel 10:1-19; 1 Crónicas 19:1-19)

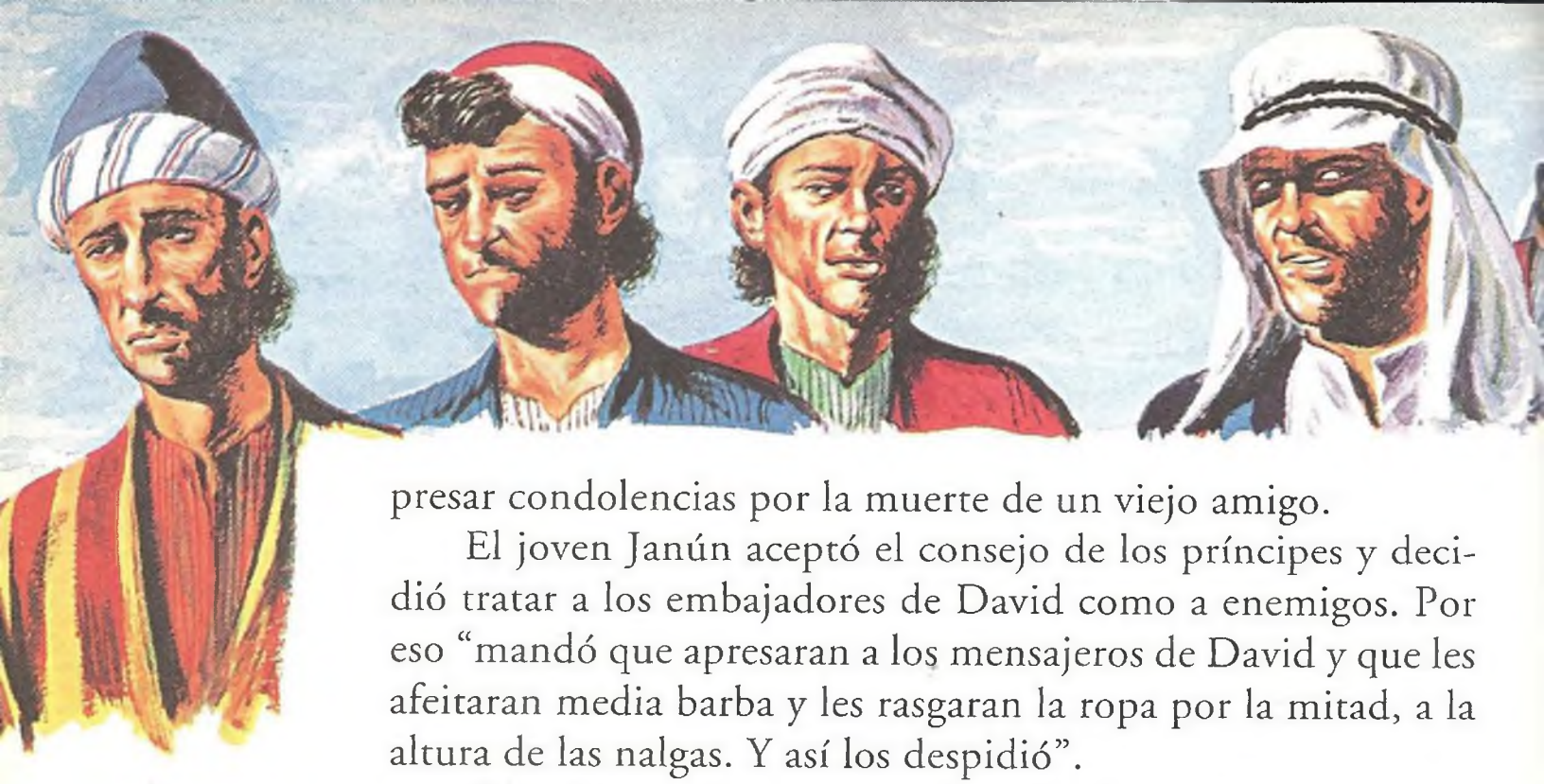
NO todas las acciones bondadosas de David fueron apreciadas. Una de ellas lo metió en grandes problemas.

Cuando supo que Najás el rey de Amón había muerto, decidió enviar una delegación con un mensaje de condolencia para la familia. Quería que el nuevo rey, Janún, supiera que él no se había olvidado de la bondad con que su padre lo había tratado cuando huía de Saúl.

Pero cuando los embajadores de David llegaron a las tierras de Amón, fueron tratados como espías, no como amigos. Los príncipes de los hijos de Amón le dijeron a Janún:

—"¿Y acaso cree Su Majestad que David ha enviado a estos mensajeros sólo para darle el pésame, y porque quiere honrar a su padre? ¿No será más bien que los ha enviado a espiar la ciudad para luego destruirla?"

¡Cuán desconfiados eran! No podían creer que hubiera un rey extranjero lo suficientemente bondadoso como para enviar mensajeros a tan gran distancia con el único propósito de ex-



presar condolencias por la muerte de un viejo amigo.

El joven Janún aceptó el consejo de los príncipes y decidió tratar a los embajadores de David como a enemigos. Por eso "mandó que apresaran a los mensajeros de David y que les afeitaran media barba y les rasgaran la ropa por la mitad, a la altura de las nalgas. Y así los despidió".

¡Imagínate cuán avergonzados y molestos se sentían estos pobres al volver a casa! Y David, tan pronto como oyó lo que habían hecho a sus embajadores, se enojó muchísimo. Además, ordenó a sus enviados que no regresaran a Jerusalén sino que permanecieran en Jericó hasta que les volviera a crecer la barba.

Janún, al enterarse del enojo de David, decidió iniciar la guerra contra los israelitas antes de que estos estuvieran preparados para atacarlo. Con ese propósito envió 37 toneladas de plata a Mesopotamia y a Siria para contratar a 32.000 carros con sus soldados. "Los amonitas salieron de sus ciudades y se dispusieron para el combate. Cuando David lo supo, despachó a Joab con todos los soldados del ejército".

Joab, que tenía larga experiencia como general, echó una mirada a las tropas enemigas formadas frente a él y a sus espaldas, y trazó el plan de batalla: él tomaría consigo los mejores hombres para luchar contra los sirios y dejaría a los demás soldados a las órdenes de su hermano, Abisay, para combatir contra los amonitas. Joab le dijo a Abisay:

–"Si los sirios pueden más que yo, tú vendrás a rescatarme; y si los amonitas pueden más que tú, yo te rescataré".

Entonces, dirigió a su hermano y a todos sus soldados este breve y entusiasta mensaje:

–"¡Ánimo! Luchemos con valor por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios. ¡Y que el Señor haga lo que bien le parezca!"

Al salir a combatir, los israelitas llevaban todavía frescas en sus oídos esas valientes palabras: "¡Luchemos con valor!"

¡No sorprende entonces que los sirios hayan huido!

"Al ver que los sirios se daban a la fuga, también los amonitas huyeron de Abisay" hasta que alcanzaron la seguridad de la fortaleza de Rabá.

Los amonitas perdieron la batalla, la plata y la amistad de los hijos de Israel por haber tratado tan maleducadamente a los embajadores de David.

Cae una sombra

(2 Samuel 11:1-27)

LA historia de la derrota de los amonitas tuvo un triste final. A comienzos del año siguiente, David envió a Joab con todos los hombres de Israel para sitiar la ciudad capital de los amonitas, Rabá. Él sabía muy bien que Israel no podía sentirse seguro hasta que esa fortaleza cayera en su poder.

Esa vez, David no fue con su ejército a la batalla, sino que permaneció en el palacio con su familia. Y fue entonces cuando una oscura sombra cayó sobre Jerusalén y sobre su reino.

Hasta ese momento, David había sido conocido en todos lados como un hombre bueno y noble. La gente lo consideraba el defensor de la rectitud y la verdad. Todos estaban muy felices de tener en el trono, por fin, a un hombre que era leal al Dios del cielo. Lo amaban por lo que había hecho para revivir la santa religión de sus antepasados y por honrar la ley de Dios al hacer traer el arca del pacto.

Debido a todo esto y a su corazón amable y generoso, Dios lo había bendecido en gran medida. A través de muchos peligros y di-

ficultades, el Señor lo había llevado del redil al trono, de la pobreza a la abundancia, y le había dado casas, tierras, y mucho oro y plata.

David era ahora rey sobre toda la tierra que se extendía entre Egipto y el Éufrates. Esto quiere decir que Dios había cumplido en él la promesa hecha a Abram: "A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río, el Éufrates".*

Como era costumbre en aquellos días, David tenía varias esposas y muchísimos hijos. En verdad, su casa debe haber estado llena de niños y niñas que lo llamaban "papá". Cualquiera pensaría que con todo eso tenía lo suficiente como para sentirse feliz. Pero no. Como ocurre a menudo con las personas a quienes Dios ha concedido mucho, él deseó más: codició algo que él sabía que no podía tener.

A nadie le gusta contar esta historia, y sin embargo debe hacérselo. Mientras el ejército estaba sitiando a Rabá, David se enamoró de la esposa de Urías hitita, uno de los soldados más nobles y valientes. Luego, para empeorar la situación, escribió una carta a Joab en la que ordenaba: "Pongan a Urías al frente de la batalla, donde la lucha sea más dura", con el fin de que sea muerto. Y luego le pidió al mismo Urías que llevara la carta, ¡la orden de su propia muerte!

Esto muestra cómo una mala acción lleva siempre a otra.

¡Imagínate lo que debe haber pensado Joab cuando recibió una carta tal de parte del rey! Seguramente debe haberse preguntado

qué andaba mal. Sin embargo, obedeció. Colocó a Urías cerca del muro de Rabá, donde "sabía que estaban los defensores más aguerridos", y durante un reñido combate resultó muerto.

Cuando David se enteró de ello, pensó que su complot había tenido un buen fin. Estaba seguro de que nadie se enteraría de lo que había hecho. Aguardó hasta que la esposa de Urías, Betsabé, cumpliera los días de luto, y entonces la mandó buscar y se casó con ella. ¿Podía haber algo más natural?

Pero si David pensó que Dios no había visto su acción o que no le concedía importancia, estaba muy equivocado. El Señor lo sabía todo y se sentía muy chasqueado. La Biblia dice que "lo que David había hecho le desagradó al Señor".

Esta era una falta grave. Si la hubiera cometido un hombre común, habría sido mala; pero, puesto que lo había realizado el rey –que debía ser un ejemplo para su pueblo–, aquello era terrible. ¡Después de todo lo que David había dicho acerca de guardar los Diez Mandamientos, él mismo los había quebrantado todos de una vez! Había dado ocasión a que sean ofendidos los enemigos del Señor. Incluso los enemigos de Dios sabía cómo actuar mejor que él.

Así, la sombra de un gran pecado cayó sobre David y su familia, sobre Jerusalén y todo Israel.

* Génesis 15:18.

El arrepentimiento de David

(2 Samuel 12:1-13)

POR un tiempo, David trató de vivir como si no hubiera hecho nada malo. Después de todo, se decía, Urías había muerto en una batalla, ¿no es cierto? ¿Acaso no está bien que alguien se case con la pobre viuda? Además, nadie sabía la verdad. Es cierto que Joab podía sospechar, pero ni él tenía pruebas.

Pero la conciencia de David lo inquietaba. No lo dejaba en paz ni de día ni de noche. Entonces, cierto día, el profeta Natán vino a verlo y le contó una historia:

–"Dos hombres vivían en un pueblo –le dijo–. El uno era rico, y el otro pobre. El rico tenía muchísimas ovejas y vacas; en cambio, el pobre no tenía más que una sola ovejita que él mismo había comprado y criado. La ovejita creció con él y con sus hijos... Pero sucedió que un viajero llegó de visita a casa del hombre rico, y como éste no quería matar ninguna de sus propias ovejas o vacas para darle de comer al huésped, le quitó al hombre pobre su única ovejita".

A medida que David escuchaba la historia, se iba enojando cada vez más. La injusticia del hombre rico le parecía insoportable.

–"¡Tan cierto como que el Señor vive, que quien hizo esto merece la muerte! ¿Cómo pudo hacer algo tan ruin? ¡Ahora pagará cuatro veces el valor de la oveja!"

Entonces, el profeta, señalando con el dedo al rey, exclamó:

–"¡Tú eres ese hombre!"

David palideció. ¡Su pecado era conocido!

–"Así dice el Señor, Dios de Israel: 'Yo te ungí como rey sobre Israel, y te libré del poder de Saúl. Te di el palacio de tu amo, y puse sus mujeres en tus brazos. También te permití gobernar a Israel y a Judá. Y por si esto hubiera sido poco, te habría dado mucho más. ¿Por qué, entonces, despreciaste la palabra del Señor haciendo lo que me desagrada? ¡Asesinaste a Urías el hitita para apoderarte de su esposa! ¡Lo mataste con la espada de los amonitas!"

¡Así que Dios lo sabía todo! ¡Hasta en sus más horribles detalles! ¿Cuál sería el castigo?

–"Así dice el Señor: 'Yo haré que el desastre que mereces surja de tu propia familia, y ante tus propios ojos tomaré a tus mujeres y se las daré a otro... Lo que tú hiciste a escondidas, yo lo haré a plena luz, a la vista de todo Israel'".

David se sentía aplastado. Conciente de la enormidad de su culpa, exclamó:

–"¡He pecado contra el Señor!"

De repente comprendió cuán terriblemente malvado había sido y cuán grande había sido su pecado. Cayendo sobre sus rodillas, clamó con lágrimas:

–"Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado. Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado. Contra ti he pecado, sólo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos...

–"Purifícame con hisopo, y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve... Aparta tu rostro de mis pecados y borra toda mi maldad. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva la firmeza de mi espíritu. No me alejes de tu presencia ni me quites tu santo Espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación; que un espíritu obediente me sostenga...

–"El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido".[1]

El Señor oyó la oración de David y, aunque su pecado era grande, lo perdonó. Allí mismo, por medio del profeta Natán, le hizo llegar un mensaje consolador:

–"El Señor ha perdonado ya tu pecado –le dijo–, y no morirás".

¡Cuán bondadoso y paciente es el Señor con los que se arrepienten de sus pecados! Aunque hayamos cometido una gran falta, si estamos realmente tristes por ello, y se lo decimos, nos perdonará. La Biblia dice: "Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad".[2]

Aunque Dios perdonó a David por el mal que había hecho, no pudo impedir que las consecuencias afectaran a David, a su familia y a su reino.

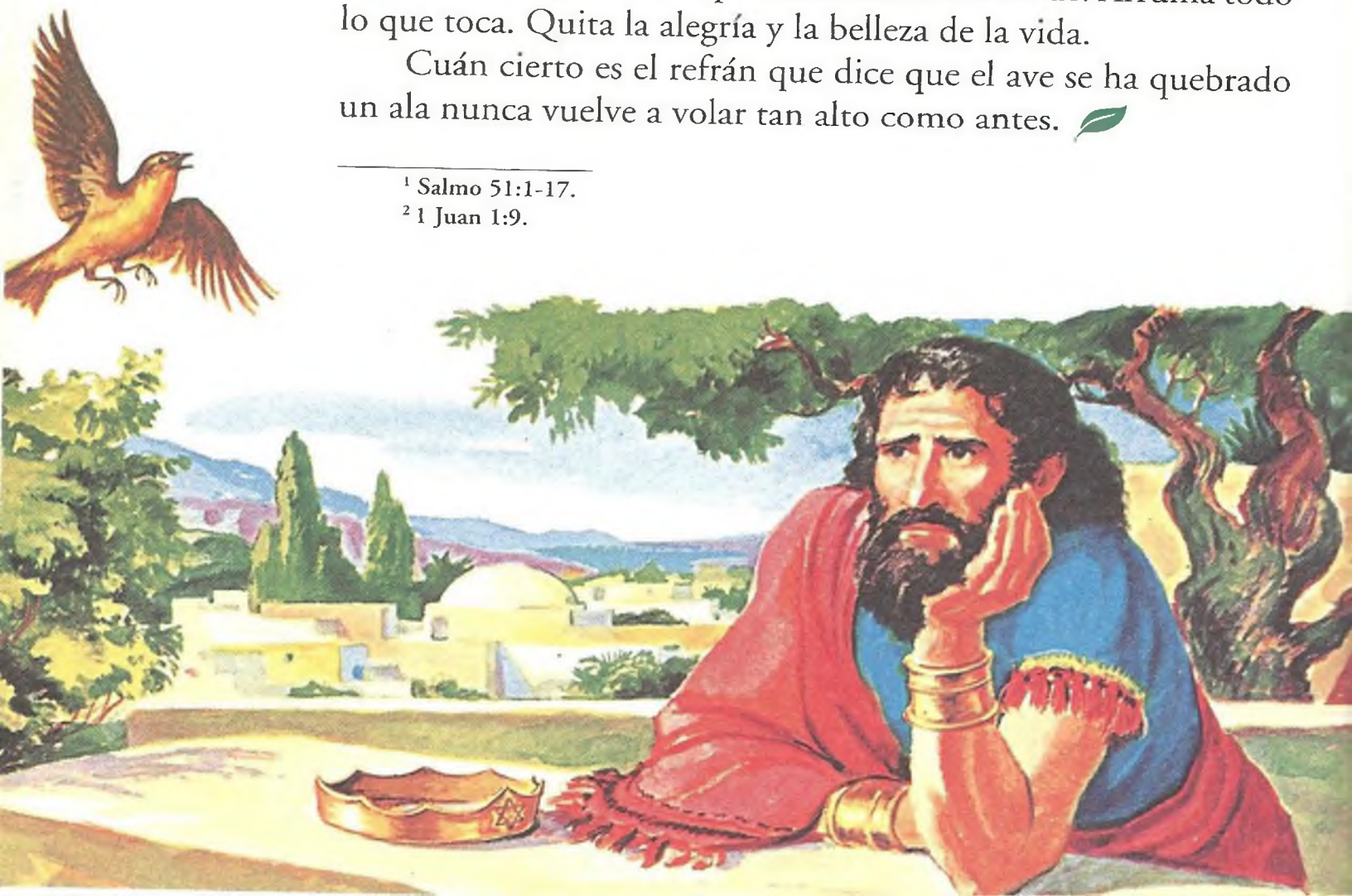
Ese pecado fue un momento decisivo en su vida. Hasta entonces parecía haber ido creciendo y fortaleciéndose cada vez más. Desde ese momento, se fue haciendo cada vez más débil. Las cosas ya no fueron como antes. Perdió el respeto de muchos de sus súbditos, y hasta el de sus propios hijos. Ya no se atrevía a reprenderlos, por temor a que le dijeran: "¿Y qué hay de ti?"

Eso es lo que hace el pecado. Debilita. Divide. Arruina todo lo que toca. Quita la alegría y la belleza de la vida.

Cuán cierto es el refrán que dice que el ave se ha quebrado un ala nunca vuelve a volar tan alto como antes.

---

[1] Salmo 51:1-17.
[2] 1 Juan 1:9.



Un muchacho muy malo

(2 Samuel 13:23 a 15:30)

UNO de los muchos hijos de David se destacaba sobre el resto. Era un muchacho bien parecido y encantador. Su nombre era Absalón, y la Biblia dice que "en todo Israel no había ningún hombre tan admirado como Absalón por su hermosura; era perfecto de pies a cabeza".

Pero su belleza era solo exterior. En su corazón, que nadie podía ver, había orgullo, envidia, odio y muchas otras cualidades poco atractivas.

En cierta ocasión, invitó a todos sus hermanos a un picnic durante la época de esquila de ovejas. Todos fueron, pero no todos regresaron. Cuando esa noche los muchachos volvieron a Jerusalén faltaban dos. Amnón había sido muerto por su hermano Absalón, y este había debido huir temiendo el castigo de su padre.

Absalón permaneció lejos, en tierra extraña, por tres largos años. Finalmente, Joab intercedió ante David para que le permitiera regresar, y David estuvo de acuerdo.

Cuando finalmente Absalón regreso a su casa, debería haber mostrado señales de gratitud a Joab. Pero no. En su lugar, dado que Joab no fue a ver a este joven impaciente cuando este se lo pedía, Abasalón hizo que sus siervos prendieran fuego a uno de los campos de cebada que poseía Joab.

Pasaron cinco años desde el asesinato de Amnón hasta que Absalón pudo ver de nuevo a su padre. Aquel debe haber sido un encuentro emocionante. David le perdonó su terrible acción y lo besó.

¿Se mostró agradecido Absalón porque le había perdonado la vida? Pues, no. Al contrario, comenzó a tramar una rebelión que le permitiera subir al trono.

Su primer paso fue conseguirse "carros de combate, algunos caballos y una escolta de cincuenta soldados", para que la gente notara cuán importante era. Luego comenzó a ir cada día bien temprano a la puerta principal de la ciudad, para conversar amablemente con todas las personas importantes que entraban y salían.

Les preguntaba de dónde venían y qué pensaban hacer en Jerusalén. Si alguien le decía que había venido para presentar un problema al rey, Absalón le respondía: "Tu demanda es muy justa, pero no habrá quien te escuche de parte del rey... ¡Ojalá me pusieran por juez en el país! Todo el que tuviera un pleito o una demanda vendría a mí, y yo le haría justicia".

De esa manera, difundía la idea de que él podía ser un mejor rey que su padre. Cuando un hombre se inclinaba ante él, Absalón lo abrazaba y lo besaba. La gente comenzó a decir que era un líder muy cariñoso y simpático. "Y así fue ganán-

dose el cariño del pueblo".

Cuando Absalón se convenció de que ya tenía suficiente apoyo como para apoderarse del reino, envió mensajeros secretos por todo Israel que decían: "Tan pronto como oigan el toque de trompeta, exclamen: '¡Absalón reina en Hebrón!'"

Así, la conspiración fue tomando fuerza, y los seguidores de Absalón seguían aumentando.

No sabemos exactamente cuántos fueron a Hebrón cuando Absalón se coronó a sí mismo rey; pero debe haber sido un gran número porque cuando llegó el mensajero con la noticia de la rebelión, David dijo a todos sus amigos que esta-

ban en Jerusalén:

–"Vámonos de aquí! Tenemos que huir, pues de otro modo no podremos escapar de Absalón. Démonos prisa, no sea que él se nos adelante. Si nos alcanza, nos traerá la ruina y pasará a toda la gente a filo de espada".

Lo último que quería David era ver a su amada Jerusalén convertida en un campo de batalla. Por eso, con corazón muy apesadumbrado, decidió salir de ella.

¡Qué día tan triste fue aquel! La Biblia dice que "todo el pueblo lloraba a gritos". David "subió al monte de los Olivos llorando, con la cabeza cubierta y los pies descalzos. También todos los que lo acompañaban se cubrieron la cabeza y subieron llorando".

Así David, que había pasado muchos años de su vida huyendo de su suegro, debió escapar con temor y tristeza de uno de sus propios hijos.

Dos muchachos en un pozo

(2 Samuel 15:24-27; 16:15 a 17:22)

EN estos tiempos de gran dolor, David descubrió quiénes eran sus verdaderos amigos. Multitudes salían apresuradamente por las puertas de Jerusalén: hombres y mujeres, niños y niñas; todos huyendo de Abasalón. El angustiado rey advirtió que los dos sumos sacerdotes, Abiatar y Sadoc, iban entre ellos, llevando el arca de Dios. Junto con ellos iban también sus hijos Jonatán y Ajimaz. David los detuvo, y les dijo:

–"Devuelve el arca de Dios a la ciudad. Si cuento con el favor del Señor, él hará que yo regrese".

Y luego se encaminó hacia el desierto.

Mientras tanto, Absalón entró en Jerusalén con su ejército y ocupó el lugar de su padre en el palacio. Llamando a los hombres más sabios de la corte, les preguntó qué debía hacer entonces. Uno de ellos, Ajitofel, le aconsejó que de inmediato enviara hombres en persecución de David para matarlo. Pero Husay, un viejo amigo de David, trató de demorar las cosas. Ansioso de concederle tiempo para escapar al rey, aconsejó a Absalón que esperara hasta reunir a

todos los hombres de guerra de Israel para perseguir entonces a David. Absalón y los demás consejeros consideraron que el plan de Husay era el mejor.

Cuando terminó la reunión, Husay fue hasta donde estaban los sumos sacerdotes Abiatar y Sadoc y les dijo que hicieran saber al rey David que debía cruzar el río Jordán sin demora alguna.

Para evitar las sospechas, los sacerdotes le pidieron a una criada que llevara el mensaje a sus dos hijos, Jonatán y Ajimaz, que se hallaban en una aldea, a las afueras de Jerusalén. La muchacha así lo hizo. " Sin embargo, un joven los vio y se lo hizo saber a Absalón".

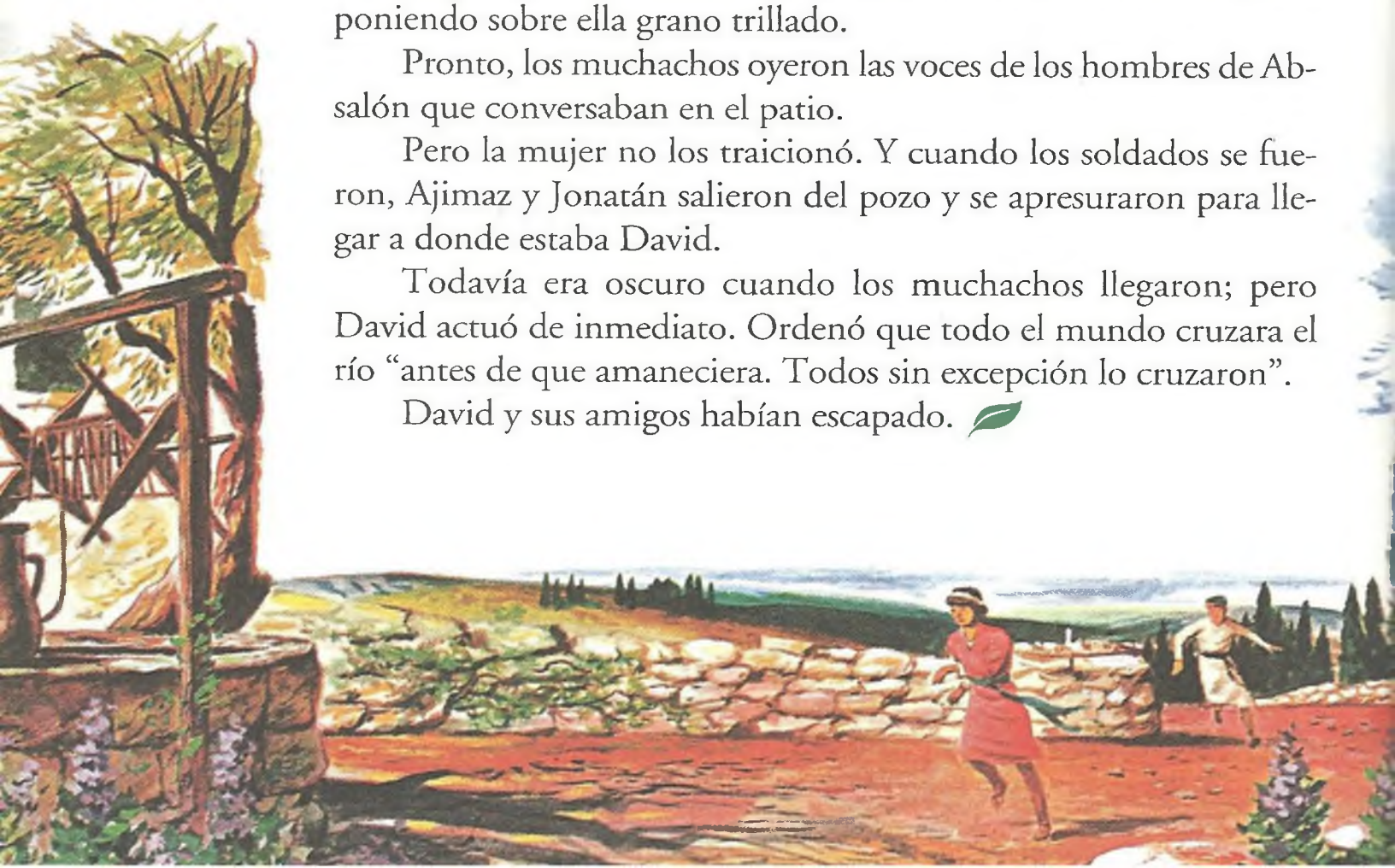
Jonatán y Ajimaz deben haber visto al muchacho que los escuchaba y supusieron que pronto se verían en dificultades. Por eso se apresuraron a partir y comenzaron a buscar un lugar donde esconderse. Mientras corrían para salvar la vida, recordaron que, en el patio de la casa de uno de sus amigos, había un pozo. Se dirigieron rápidamente hacia ese lugar y se metieron en su interior. La señora de la casa tomó una manta y cubrió con ella la boca del pozo, poniendo sobre ella grano trillado.

Pronto, los muchachos oyeron las voces de los hombres de Absalón que conversaban en el patio.

Pero la mujer no los traicionó. Y cuando los soldados se fueron, Ajimaz y Jonatán salieron del pozo y se apresuraron para llegar a donde estaba David.

Todavía era oscuro cuando los muchachos llegaron; pero David actuó de inmediato. Ordenó que todo el mundo cruzara el río "antes de que amaneciera. Todos sin excepción lo cruzaron".

David y sus amigos habían escapado.



Enredado en un árbol

(2 Samuel 17:27 a 18:33)

DEL otro lado del Jordán, David se encontró con muchos otros amigos que lamentaban lo que le había ocurrido y querían ayudarlo.

Un grupo de ellos trajo "camas, vasijas y ollas de barro, y también trigo, cebada, harina, grano tostado, habas, lentejas, miel, cuajada, queso de vaca y ovejas. Les ofrecieron esos alimentos a David y a su comitiva para que se los comieran, pues pensaban que en el desierto esta gente habría pasado hambre y sed, y estaría muy cansada".

Reanimados, David y sus acompañantes se dirigieron hacia la ciudad de Majanayin. Mientras estaban allí, siguieron llegando hombres de guerra para unirse al ejército del rey. Muy pronto, David tuvo consigo varios miles de los mejores soldados de Israel y se encontró listo para hacer frente a Absalón en caso de que este viniera a atacarlo.

Por fin llegó el día de la batalla. Y esa mañana, mientras las tropas salían por la puerta de la ciudad, David les dijo:

–"No me traten duro al joven Absalón".

Era un extraño pedido para un ejército que marchaba a defen-

der al rey contra el usurpador de su trono. Pero David todavía amaba a su hijo, a pesar de todo el mal que había hecho.

David quiso dirigir la batalla en persona, como lo había hecho en el pasado; pero no se lo permitieron.

–"¡Su Majestad vale por diez mil de nosotros! Así que es mejor que se quede y nos apoye desde la ciudad".

Así lo hizo el rey y se quedó sentado a la puerta de la ciudad aguardando impacientemente noticias del encuentro.

El ejército de Absalón no tuvo oportunidad frente a las experimentadas tropas de David. Pronto, los soldados rebeldes fueron dispersados o muertos. Huyendo sobre una mula, Absalón se vio envuelto en un extraño accidente. Mientras pasaba a toda velocidad bajo una gran encina en el bosque de Efraín, su cabeza se enganchó entre las ramas de un árbol. La mula no se detuvo y Absalón, con la cabeza atrapada en una horqueta, quedó colgando, sin poder liberarse.

Uno de los soldados del ejército de David vio a Absalón colgado de un árbol y corrió a llevar la noticia a Joab. Pocas cosas podrían haber agradado más a Joab. Tenía muchas cuentas que arreglar con Absalón. Sin tomar en cuenta el pedido de David de perdonarle la vida, le clavó tres dardos en el corazón. Luego hizo arrojar el cuerpo de Absalón en un gran hoyo del bosque y lo hizo cubrir con piedras.

Mientras tanto, David seguía esperando noticias a la puerta de la ciudad. Al rato, el centinela que se hallaba en la muralla "alzó la vista y vio a un hombre que corría solo".

–"Si viene solo –se dijo el rey–, debe de traer buenas noticias".

Pero pronto, para sorpresa de David, el centinela gritó:

–"¡Por ahí viene otro hombre corriendo solo!"

–"Ése también debe de traer buenas noticias" –respondió el rey, que apenas podía aguardar la llegada de los mensajeros.

Cuando el primero de los mensajeros estuvo más cerca, el centinela dijo:

–"Me parece que el primero corre como Ajimaz hijo de Sadoc" –¡uno de los muchachos que se había escondido en el pozo!

–"Es un buen hombre –comentó el rey–; seguro que trae buenas noticias".

Cuando por fin llegó, Ajimaz exclamó, jadeante:

–¡Victoria! – y luego cayó, exhausto.

–"¿Y está bien el joven Absalón? –preguntó el rey".

–"En el momento en que tu siervo Joab me enviaba, vi que se armó un gran alboroto, pero no pude saber lo que pasaba" –respondió el joven, temiendo decirle la verdad al rey.

–"Pasa y quédate ahí" –le dijo David al ver que llegaba el segundo mensajero.

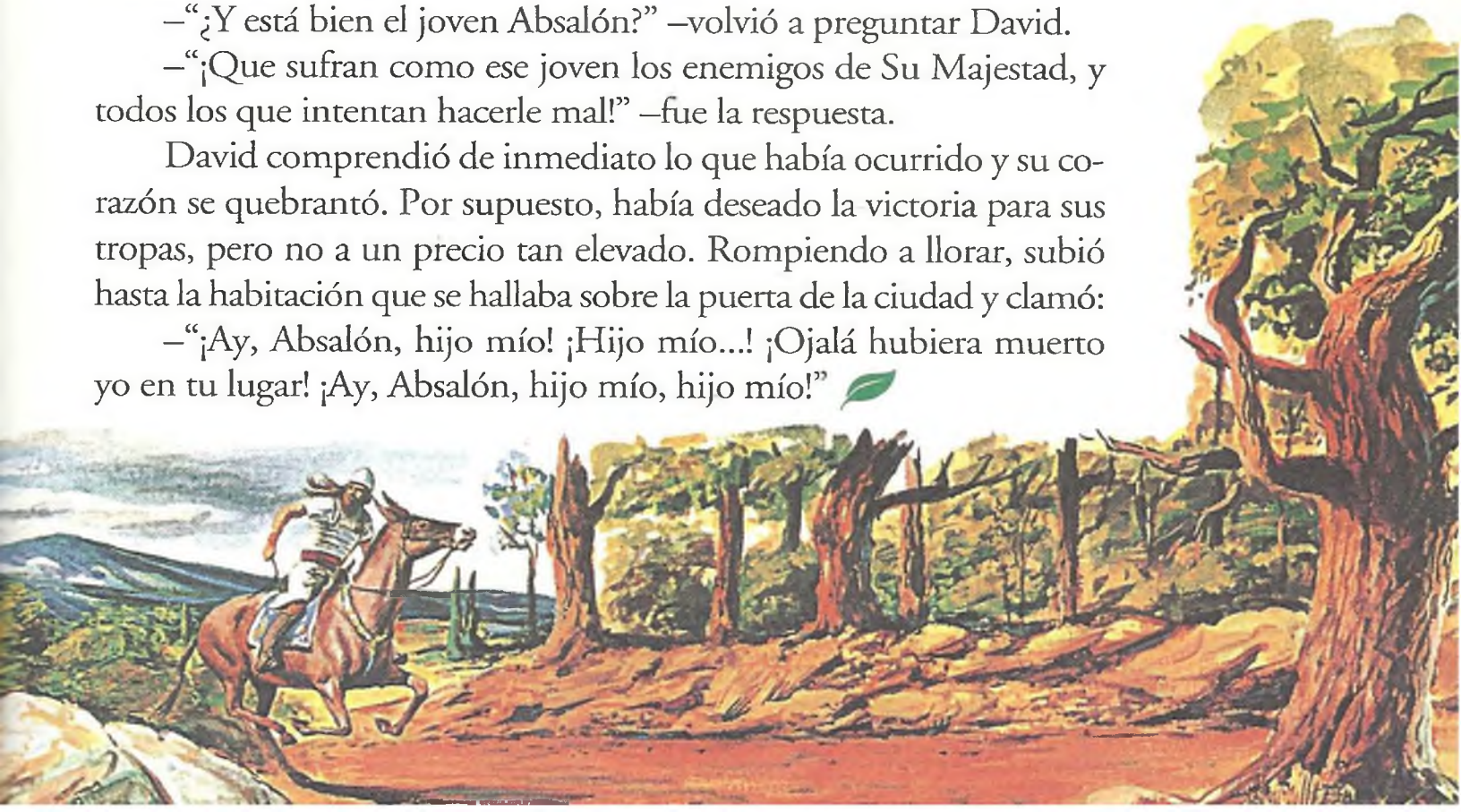
–"Le traigo buenas noticias a Su Majestad. El Señor lo ha librado hoy de todos los que se habían rebelado en contra suya" –exclamó el recién llegado.

–"¿Y está bien el joven Absalón?" –volvió a preguntar David.

–"¡Que sufran como ese joven los enemigos de Su Majestad, y todos los que intentan hacerle mal!" –fue la respuesta.

David comprendió de inmediato lo que había ocurrido y su corazón se quebrantó. Por supuesto, había deseado la victoria para sus tropas, pero no a un precio tan elevado. Rompiendo a llorar, subió hasta la habitación que se hallaba sobre la puerta de la ciudad y clamó:

–"¡Ay, Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío...! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar! ¡Ay, Absalón, hijo mío, hijo mío!"



Un ángel sobre Jerusalén

(2 Samuel 19:24-30; 22:2-33; 24:1-25; 1 Crónicas 21:1-27)

DAVID esperó en Majanayin a que se aplacaran los ánimos con respecto a la rebelión de Absalón. Luego, utilizando nuevamente el vado, él y sus hombres cruzaron otra vez el Jordán y tomaron el empinado camino hasta Jerusalén.

Cuando se acercaban a la ciudad, Mefiboset, el hijo lisiado de Jonatán, vino a saludar a David. Se lo veía muy descuidado, porque "no se había lavado los pies ni la ropa, ni se había recortado el bigote, desde el día en que el rey tuvo que irse hasta que regresó sano y salvo". Acercándose, le explicó a David que solo su cojera le había impedido huir con David de Jerusalén.

Por fin, David y su gente llegaron a "la fortaleza de Sión". Tan feliz se sentía David de volver a su ciudad, que compuso este hermoso salmo:

"El Señor es mi roca, mi amparo, mi libertador; es mi Dios, el peñasco en que me refugio. Es mi escudo, el poder que me salva, ¡mi más alto escondite! Él es mi protector y mi salvador.

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Cuando se vio libre de Saúl y de todos sus enemigos, David entonó un cántico que decía: "El Señor es mi roca, mi amparo, mi libertador; es mi Dios, el peñasco en que me refugio...".

¡Tú me salvaste de la violencia!... Tú, Señor, eres mi lámpara; tú, Señor, iluminas mis tinieblas... ¿Pues quién es Dios, si no el Señor? ¿Quién es la roca, si no nuestro Dios? Es él quien me arma de valor y endereza mi camino".

Ahora que David había recuperado su trono, trató de pensar en la manera de fortalecerse. Olvidándose de que Dios era su fortaleza, decidió seguir el ejemplo de las naciones paganas, reclutando un poderoso ejército.

Con esta idea en mente, le dijo a Joab:

–"Vayan por todas las tribus de Israel... y hagan un censo militar, para que yo sepa cuántos pueden servir en el ejército".

Incluso Joab, que era un soldado endurecido, creyó que David estaba cometiendo un error.

–"¡Que el Señor multiplique cien veces a su pueblo! –le dijo–. Pero ¿acaso no son todos ellos servidores suyos? ¿Para qué quiere hacer esto Su Majestad? ¿Por qué ha de hacer algo que traiga la desgracia sobre Israel?"

Pero David fue obstinado. Insistió en que se hiciera el censo. Así que Joab hizo como se le había pedido. Algún tiempo después, volvió con los datos. En todo Israel y Judá, le dijo, había 1.570.000 "que podían servir en el ejército".

Apenas se había retirado Joab, cuando David se dio cuenta de lo que había hecho. Dirigiéndose entonces a Dios, exclamó:

–"He cometido un pecado muy grande al hacer este censo. He actuado como un necio. Yo te ruego que perdones la maldad de tu siervo".

Pronto, un profeta llamado Gad vino a ver a David y le dijo que debía pagar las consecuencias de su pecado, pero que podía

elegir el castigo: "tres años de hambre, o tres meses de persecución y derrota por la espada de tus enemigos, o tres días en los cuales el Señor castigará con peste el país, y su ángel causará estragos en todos los rincones de Israel".

Aunque la decisión no era fácil, David dijo finalmente:

–"Es mejor que yo caiga en las manos del Señor, porque su amor es muy grande, y no que caiga en las manos de los hombres".

Vino entonces una gran peste sobre Israel y muchas personas murieron. Unos 70.000 murieron de entre los hombres que Joab había contado.

En medio de la plaga, David tuvo la terrible visión del ángel del Señor que se encontraba "entre la tierra y el cielo" junto a la parcela de Ornán, "con una espada desenvainada en la mano que apuntaba hacia Jerusalén".

"Entonces David y los ancianos, vestidos de saco, cayeron sobre sus rostros". Intercediendo ante Dios para que perdonara a su pueblo de Jerusalén, David reconoció su culpa, clamando:

–"Señor y Dios mío, ¿acaso no fui yo el que dio la orden de censar al pueblo? ¿Qué culpa tienen estas ovejas? ¡Soy yo el que ha pecado! ¡He actuado muy mal! ¡Descarga tu mano sobre mí y sobre mi familia, pero no sigas hiriendo a tu pueblo!"

Pronto recibió el rey un menaje de Dios por medio del profeta Gad, diciéndole que fuera a la parcela de Ornán para construir un altar.

Ornán había estado trillando trigo, pero cuando él y sus cuatro hijos vieron al ángel, se escondieron. Todavía temblando, salieron al encuentro del preocupado y triste rey.

Cuando David le pidió que le vendiera la parcela para poder construir en ella un altar, Ornán le respondió generosamente:

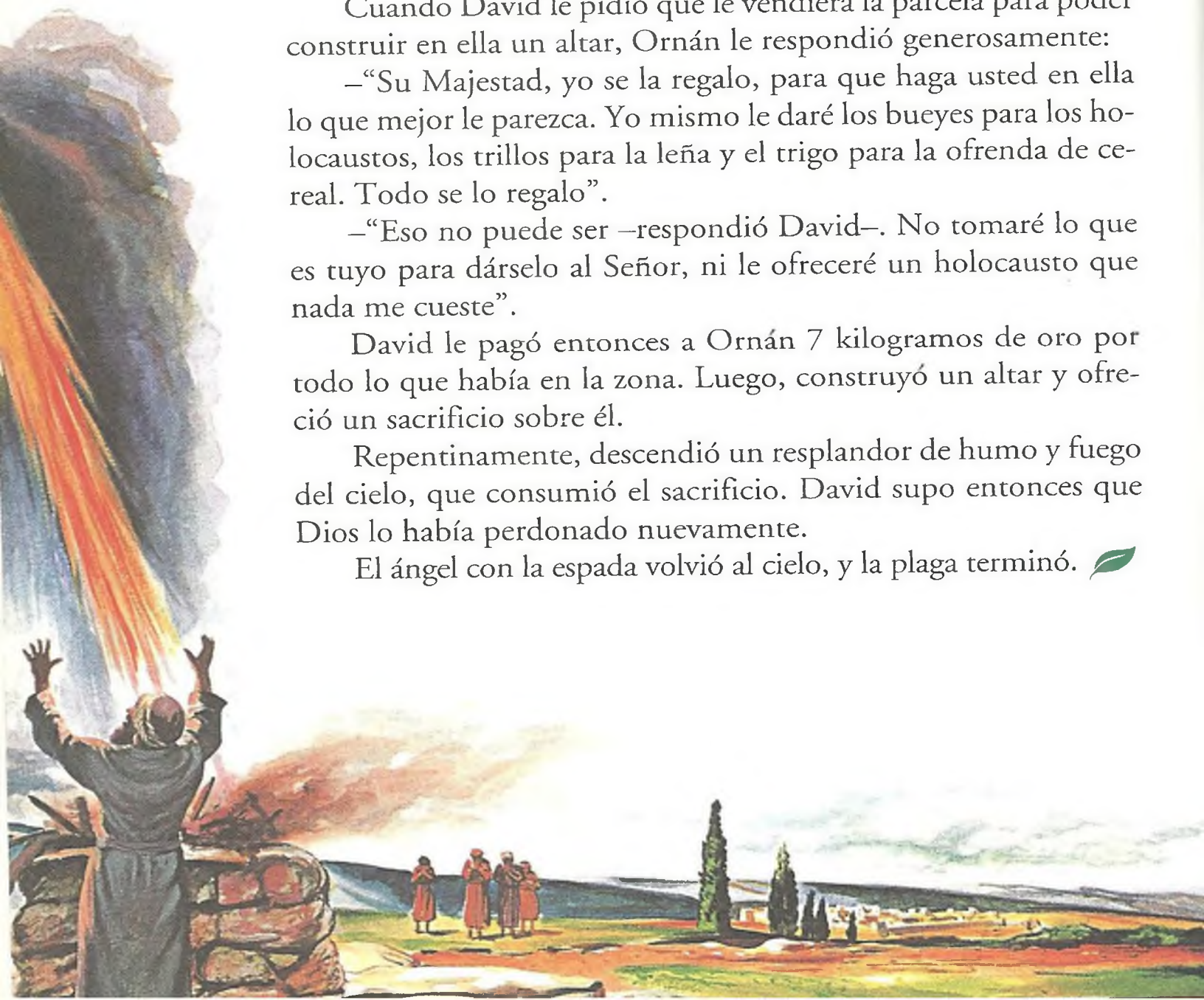
–"Su Majestad, yo se la regalo, para que haga usted en ella lo que mejor le parezca. Yo mismo le daré los bueyes para los holocaustos, los trillos para la leña y el trigo para la ofrenda de cereal. Todo se lo regalo".

–"Eso no puede ser –respondió David–. No tomaré lo que es tuyo para dárselo al Señor, ni le ofreceré un holocausto que nada me cueste".

David le pagó entonces a Ornán 7 kilogramos de oro por todo lo que había en la zona. Luego, construyó un altar y ofreció un sacrificio sobre él.

Repentinamente, descendió un resplandor de humo y fuego del cielo, que consumió el sacrificio. David supo entonces que Dios lo había perdonado nuevamente.

El ángel con la espada volvió al cielo, y la plaga terminó.



TERCERA PARTE

Historias de

Salomón

(1 Reyes 1:1 a 11:43)

La fiesta interrumpida

(1 Reyes 1:5-49; 1 Crónicas 22:2-5)

DAVID era ahora un hombre bastante anciano, de casi setenta años de edad. Y aunque su mente conservaba su vigor, estaba comenzando a sentir los efectos de su vida larga y ajetreada.

Ya no podía liderar a sus hombres a la batalla como lo había hecho en el pasado, ni le parecían ya tan fáciles las largas travesías por las montañas.

Tenía que permanecer cada vez más en casa. Luego, quedó postrado en cama. Pero aún no se daba por vencido.

Había una cosa más que quería hacer. Sinceramente arrepentido de todos sus pecados, ansiaba rendir a Dios un último servicio. Planeaba construir un hermoso templo para adorarlo, un lugar donde el arca pudiera estar segura. Él sabía muy bien que no estaría en condiciones de terminar un templo tal en lo que le quedaba de vida, y Dios le había dicho que su hijo sería el que lo construiría. Pero al menos lo comenzaría.

Por eso "nombró canteros que labraran piedras para la cons-

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Después de haberse mantenido fiel a Dios a través de muchas dificultades, David fue coronado rey de Israel. De su descendencia nacería el Mesías, el Salvador del mundo.

trucción del templo de Dios. Además, David juntó mucho hierro para los clavos y las bisagras de las puertas, y bronce en abundancia. También amontonó mucha madera de cedro".

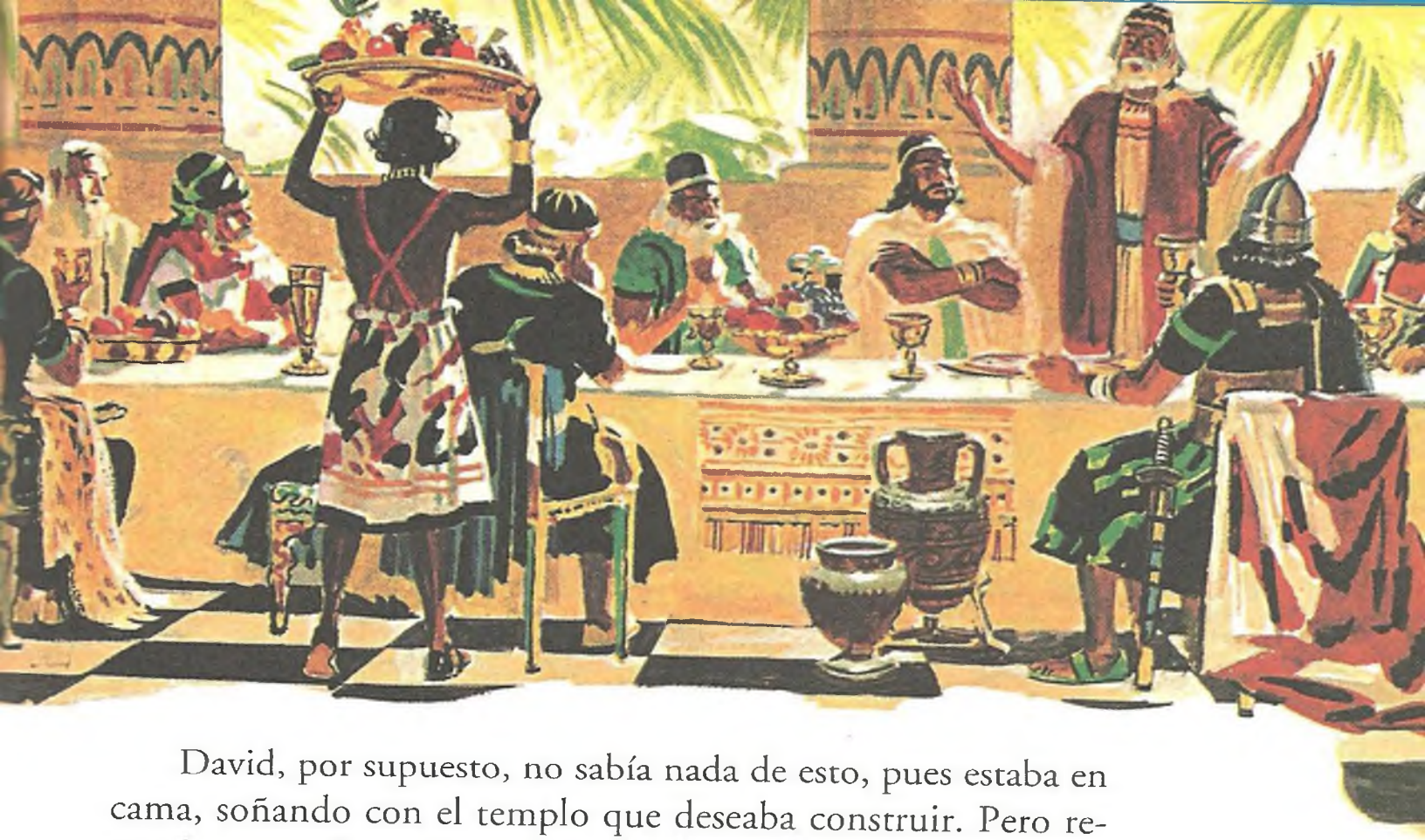
Semana tras semana y mes tras mes los materiales siguieron llegando. Y a medida que le informaban cómo iban creciendo las pilas de piedras, madera, bronce y hierro, el corazón del anciano rey debe haberse llenado de gozo. ¡Cómo hubiera querido poder vivir algunos años más para poder construir el templo!

Pero sabía que su hijo, Salomón, sería el que concluiría lo que él había comenzado. "Mi hijo Salomón –pensaba David– es muy joven e inexperto, y el templo que hay que construir para el Señor debe ser el más grande y famoso de toda la tierra; por eso le dejaré todo listo".

"Así que antes de morir, David dejó todo listo". Pero no todos sabían que tenía planeado nombrar a Salomón como su sucesor. Entre sus muchos hijos se hablaba y se discutía acerca de quién llevaría la corona cuando su padre muriera. Uno de ellos, llamado Adonías, decidió que el trono le correspondía. "Yo reinaré", se dijo y, así como Absalón había hecho años antes, se consiguió "carros de combate, caballos y cincuenta guardias de escolta".

Puesto que era un hombre joven y apuesto, impresionó muy favorablemente a algunas personas. Hasta Joab, el general en jefe del ejército, y Abiatar, el anciano sumo sacerdote, se convencieron de que él sería el sucesor de David.

Animado por ello, Adonías preparó un gran banquete al que invitó a sus hermanos y a muchos de los servidores del rey para que estuvieran presentes cuando se proclamara rey.



David, por supuesto, no sabía nada de esto, pues estaba en cama, soñando con el templo que deseaba construir. Pero repentinamente la madre de Salomón irrumpió en su cuarto, muy agitada.

–"Mi señor juró por el Señor su Dios a esta servidora suya –contestó Betsabé–, que mi hijo Salomón sucedería en el trono a Su Majestad. Pero ahora resulta que Adonías se ha proclamado rey a espaldas de Su Majestad. Ha sacrificado una gran cantidad de toros, terneros engordados y ovejas, y ha invitado a todos los hijos del rey, al sacerdote Abiatar y a Joab, general del ejército; sin embargo, no invitó a Salomón, que es un fiel servidor de Su Majestad. Mi señor y rey, todo Israel está a la expectativa y quiere que usted le diga quién lo sucederá en el trono".

El cansado y enfermo rey se revolvió en la cama. El antiguo brillo volvió a sus ojos. ¡Nadie iba a hacerle eso! Por antes de que pudiera hablar, otro personaje entró en el cuarto: era Natán, el profeta.

Confirmó el relato de Betsabé y luego preguntó:

–"Mi señor y rey, ¿acaso ha decretado usted que Adonías lo suceda en el trono?"

Rápidamente, el anciano rey tomó su decisión.

–"¡Llamen a Betsabé!" –ordenó, y ella volvió a entrar.

–"Tan cierto como que vive el Señor, que me ha librado de toda angustia, te aseguro que hoy cumpliré lo que te juré por el Señor, el Dios de Israel. Yo te prometí que tu hijo Salomón me sucederá en el trono y reinará en mi lugar".

En seguida ordenó que vinieran Sadoc el sacerdote y Natán el profeta, y les dijo que ungieran a Salomón como rey de Israel, y lo hicieran desfilar por Jerusalén proclamando: "¡Viva el rey Salomón!"

Estos hombres hicieron como se les había dicho, y cuando el pueblo vio al joven príncipe montado en la mula de David, entendió lo que había ocurrido y todos comenzaron a gritar de alegría. La Biblia dice que iban "tocando flautas y lanzando gritos de alegría. Era tal el estruendo, que la tierra temblaba" mientras repetían: "¡Viva el rey Salomón!"

Entretanto, Adonías y sus amigos se encontraban en los postres del banquete. Mientras él y sus invitados conversaban ani-

madamente acerca de los planes inmediatos, oyeron una conmoción en Jerusalén. Se preguntaban qué era lo que estaba sucediendo. Joab, el veterano guerrero, era el más preocupado de todos.

–"¿Por qué habrá tanta bulla en la ciudad?" –preguntó ansiosamente.

Pronto lo supo, porque al momento Jonatán, hijo de Abiatar el sumo sacerdote, llegó corriendo con la gran noticia de que David había abdicado en favor de Salomón.

–"Sadoc y Natán lo han ungido como rey en Guijón –explicó agitadamente–. Desde allí han subido lanzando gritos de alegría, y la ciudad está alborotada. A eso se debe tanta bulla. Además, Salomón se ha sentado en el trono real".

En un instante, todos se olvidaron de la fiesta. Corriendo hacia las puertas, los invitados solo pensaban en huir para salvar la vida, temerosos de que los amigos de Salomón los encontraran.

La gloriosa despedida de David

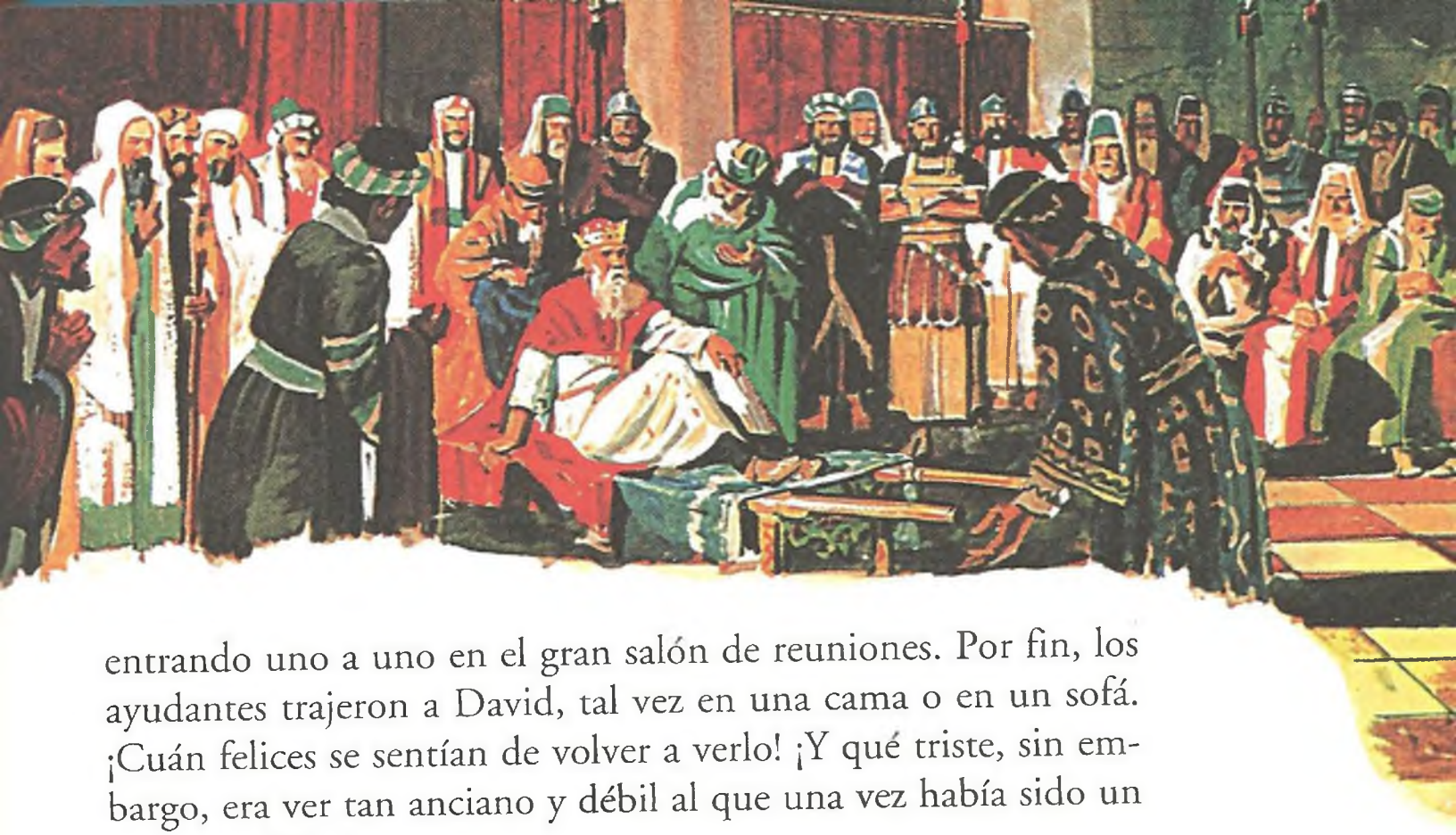
(1 Crónicas 28:1 a 29:20)

CUANDO David se dio cuenta de que se acercaba su fin, quiso hablar a los líderes del pueblo una vez más. Por eso envió mensajeros a todas partes del país para convocar "en Jerusalén a todos los jefes de Israel, es decir, a... los jefes de las divisiones, los jefes de mil y de cien soldados, los administradores de los bienes, del ganado y de los príncipes, los eunucos del palacio, los guerreros, y todos los valientes".

Muchos de ellos eran sus viejos amigos. Algunos eran los "héroes" y los "valientes" que habían permanecido a su lado a través de los días difíciles en que huía del rey Saúl. Ellos también habían envejecido, y ahora se acercaba el momento de separarse. Ansiosamente, todos ellos se apresuraron a encaminarse a Jerusalén, preguntándose qué los aguardaba en la ciudad.

Sabían que David había estado confinado a su lecho durante algún tiempo y que había ido debilitándose cada vez más. Se preguntaban con ansiedad si esa sería la última vez que lo verían.

Con rostro que revelaba ansiedad y preocupación, fueron



entrando uno a uno en el gran salón de reuniones. Por fin, los ayudantes trajeron a David, tal vez en una cama o en un sofá. ¡Cuán felices se sentían de volver a verlo! ¡Y qué triste, sin embargo, era ver tan anciano y débil al que una vez había sido un poderoso líder!

Pero David no se daba por vencido. Parecía poseer inagotables reservas de energía para afrontar cualquier emergencia. Vez tras vez, durante su larga vida llena de peligros, había sorprendido a amigos y cuando pensaban que había sido derrotado. Y ahora sucedía nuevamente. Repentinamente, el anciano recuperó sus energías. Se puso de pie y comenzó a hablar con mucho del poder y la autoridad de otros tiempos.

–"Hermanos de mi pueblo, escúchenme. Yo tenía el propósito de construir un templo para que en él reposara el arca del pacto del Señor nuestro Dios y sirviera como estrado de sus pies. Ya tenía todo listo para construirlo cuando Dios me dijo: 'Tú no me construirás ningún templo, porque eres hombre de guerra y has derramado sangre'.

–"De entre los muchos hijos que el Señor me ha dado, escogió a mi hijo Salomón para que se sentara en el trono real del Señor y gobernara a Israel. Dios me dijo: 'Será tu hijo Salomón

el que construya mi templo y mis atrios, pues lo he escogido como hijo, y seré para él como un padre. Y si persevera en cumplir mis leyes y mis normas, como lo hace hoy, entonces afirmaré su reino para siempre'.

–"En presencia de Dios que nos escucha, y de todo Israel, que es la congregación del Señor, hoy les encarezco que obedezcan cumplidamente todos los mandamientos del Señor su Dios. Así poseerán esta hermosa tierra y se la dejarán en herencia perpetua a sus hijos".

Luego, dirigiéndose a su hijo Salomón, que sin duda se hallaba cerca, le dijo ante la presencia de todos:

–"Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele de todo corazón y con buena disposición, pues el Señor escudriña todo corazón y discierne todo pensamiento. Si lo buscas, te permitirá que lo encuentres; si lo abandonas, te rechazará para siempre. Ten presente que el Señor te ha escogido para que le edifiques un templo como santuario suyo. Así que ¡anímate y pon manos a la obra!"

Después de esto, David entregó a su hijo los planos que había preparado en detalle para edificar el grande y hermoso templo con que había soñado. En ellos se encontraban las indicaciones

para la construcción "del pórtico del templo, de sus edificios, de los almacenes, de las habitaciones superiores, de los cuartos interiores y del lugar del propiciatorio", y mucho, mucho más.

–"Todo esto –dijo David– ha sido escrito por revelación del Señor, para darme a conocer el diseño de las obras".

Todos se deben haber maravillado ante estas palabras. Pocos se habían imaginado que ya estaban listos todos los planos para el templo y que Dios se los había dictado personalmente al rey. ¡Aquello era idéntico a lo que había ocurrido siglos antes en el monte Sinaí, donde Dios le había mostrado a Moisés el plano del tabernáculo!

Dirigiéndose una vez más a los presentes, David explicó que ya había hecho otros preparativos para la construcción, pues había ido acumulando oro, plata, bronce, hierro, madera y piedras preciosas.

Luego reveló cuál era su contribución personal, la última que podría hacer para Dios:

–"Además, aparte de lo que ya he conseguido, por amor al templo de mi Dios entrego para su templo todo el oro y la plata que poseo: cien mil kilos de oro de Ofir y doscientos treinta mil kilos de plata finísima".

Esto conmovió profundamente a todos. ¡Qué magnífica contribución había hecho el querido rey, aunque era anciano y estaba débil! A algunos les habrá resultado difícil retener una lágrima.

Al momento, comenzó a ocurrir algo emocionante. Uno tras otro, los dirigentes de Israel se adelantaron para traer sus ricas ofrendas de oro, plata, bronce, hierro y piedras preciosas.

Nunca, desde los días en que el pueblo había traído sus tesoros a Moisés para construir el tabernáculo en el desierto, había ocurrido algo semejante. Parecía que todo el mundo estaba ansioso por colaborar para hacer posible el sueño del anciano rey. Con regocijo, todos trajeron lo mejor que tenían, gozándose al ver la expresión de gratitud y felicidad que se dibujaba en el rostro de David.

"El pueblo estaba muy contento de poder dar voluntariamente sus ofrendas al Señor, y también el rey David se sentía muy feliz".

Cuando la última de las personas hubo traído sus ofrendas, el rey bendijo al Señor. Con palabras que se encuentran entre las más hermosas que registra la Biblia, dijo:

–"¡Bendito seas, Señor, Dios de nuestro padre Israel, desde siempre y para siempre! Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, la victoria y la majestad. Tuyo es todo cuanto hay en el cielo y en la tierra. Tuyo también es el reino, y tú estás por encima de todo... Por eso, Dios nuestro, te damos gracias, y a tu glorioso nombre tributamos alabanzas...

–"Señor y Dios nuestro, de ti procede todo cuanto hemos conseguido para construir un templo a tu santo nombre. ¡Todo es tuyo! Yo sé, mi Dios, que tú pruebas los corazones y amas la rectitud. Por eso, con rectitud de corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas...

–"Señor, Dios de nuestros antepasados Abraham, Isaac e Israel, conserva por siempre estos pensamientos en el corazón de tu pueblo, y dirige su corazón hacia ti".

Luego, con ternura, oró por su propio hijo:

–"Dale también a mi hijo Salomón un corazón íntegro, para que obedezca y ponga en práctica tus mandamientos, preceptos y leyes. Permítele construir el templo para el cual he hecho esta provisión".

–"¡Alaben al Señor su Dios!" –dijo dirigiéndose a los presentes, entre quienes se encontraban los hombres más importantes de Judá e Israel.

Entonces todos, junto con el anciano rey, inclinaron la cabeza y adoraron al Señor.

Este fue el noble y glorioso final de la vida de un hombre que, a pesar de sus muchos errores, había tratado de servir a Dios de todo corazón.

Salomón pide sabiduría en oración

(1 Reyes 3:4-15; 1 Crónicas 29:21-25)

AL siguiente día en que David pronunció su último discurso ante su pueblo, organizó una gran fiesta en Jerusalén y, por segunda vez, coronó rey a Salomón.

La mayoría de los dirigentes de Israel no habían estado presentes cuando David había hecho que Salomón fuera conducido por la ciudad montado en una mula real el día en que Adonías había tratado de apoderarse del trono. Ahora que todos los líderes se encontraban en Jerusalén para despedirse del anciano rey, se los reunió a todos para otra coronación. Así "por segunda vez, proclamaron como rey a Salomón hijo de David, y lo consagraron ante el Señor como rey, y a Sadoc lo ungieron como sacerdote. Y Salomón sucedió en el trono del Señor a su padre David, y tuvo éxito. Todo Israel le obedeció. Todos los jefes, los guerreros y los hijos del rey David rindieron pleitesía al rey Salomón.

"El Señor engrandeció en extremo a Salomón ante todo Israel, y le otorgó un reinado glorioso, como jamás lo tuvo ninguno de los reyes de Israel".

Salomón Pide Sabiduría En Oración

El Señor concedió honores y bendiciones a este hombre joven debido a una razón muy importante: Salomón estaba ansioso por hacer lo correcto.

Poco después de su coronación, el nuevo rey convocó a los dirigentes de Israel para que se reunieran con él en Gabaón, donde todavía se hallaba el antiguo tabernáculo. Es cierto que el arca no se encontraba más en ese sitio, porque David la había trasladado a un lugar más seguro en Jerusalén; sin embargo, todavía estaba allí, junto a la ya desteñida tienda, el altar de bronce que había hecho Bezaleel. En ese lugar Salomón ofreció mil holocaustos para indicar su devoción a Dios.

El hecho de que el nuevo rey comenzara su reinado de ese modo causó una gran impresión sobre todos los presentes. Con rapidez, la historia de lo ocurrido se difundió por el país y despertó esperanzas de un gran reavivamiento religioso.

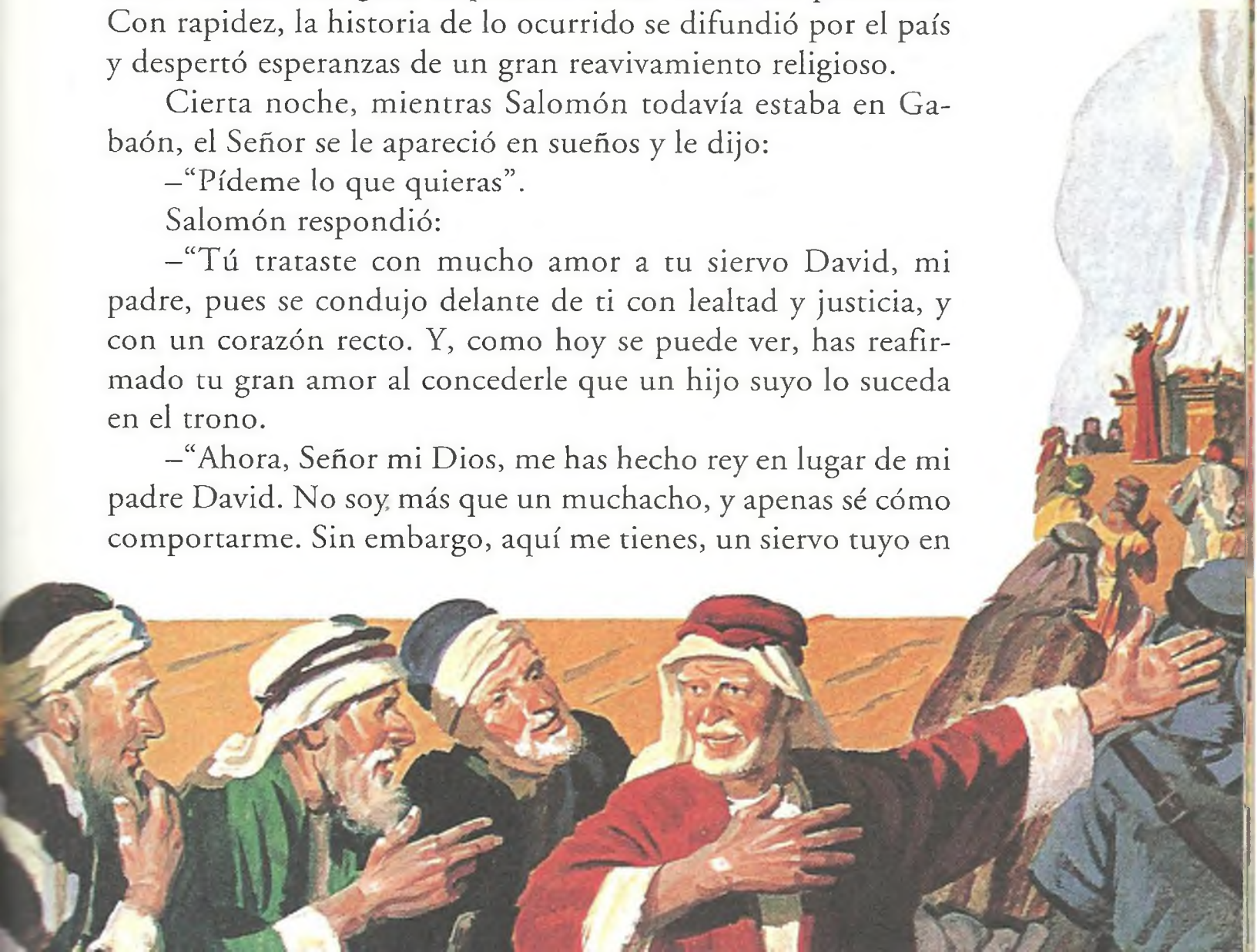
Cierta noche, mientras Salomón todavía estaba en Gabaón, el Señor se le apareció en sueños y le dijo:

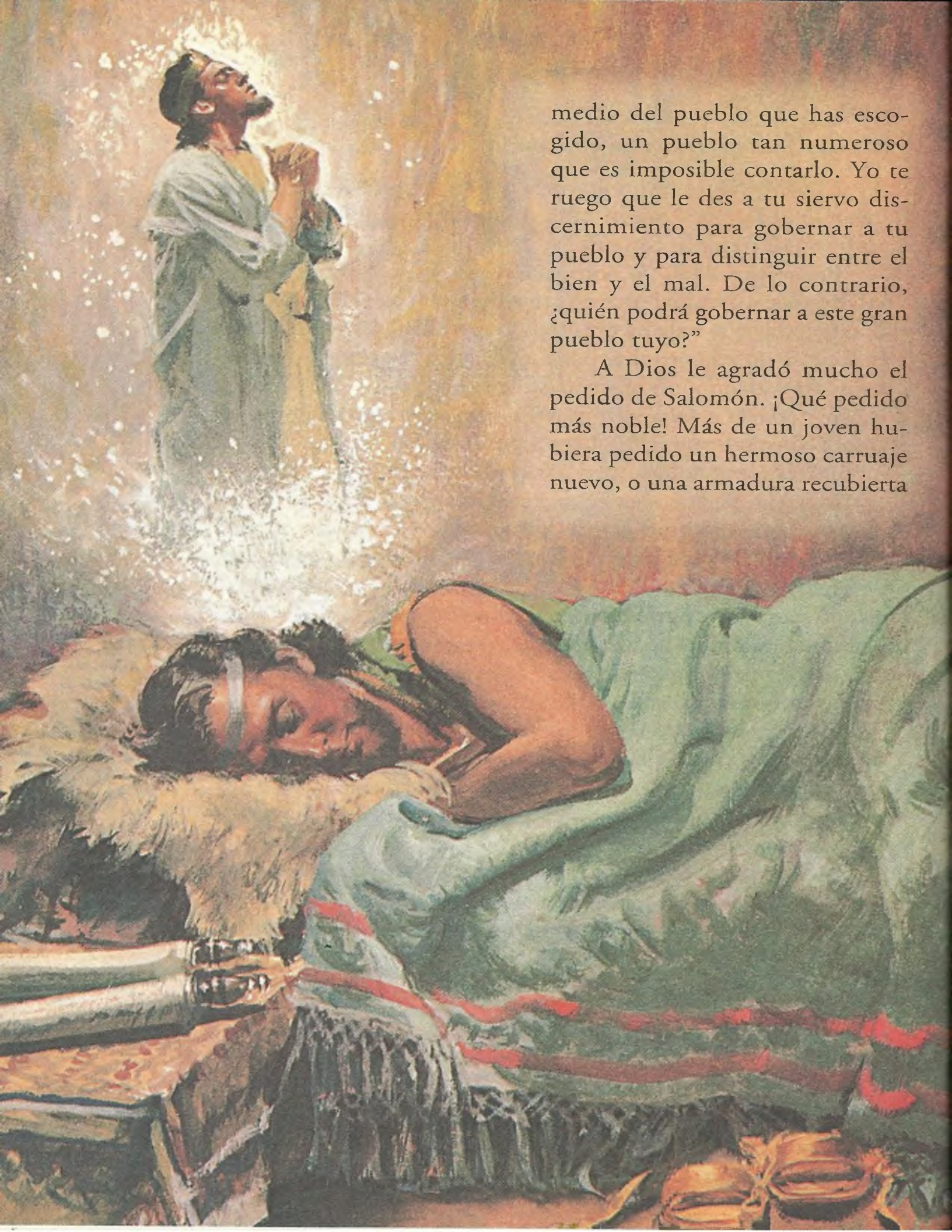
–"Pídeme lo que quieras".

Salomón respondió:

–"Tú trataste con mucho amor a tu siervo David, mi padre, pues se condujo delante de ti con lealtad y justicia, y con un corazón recto. Y, como hoy se puede ver, has reafirmado tu gran amor al concederle que un hijo suyo lo suceda en el trono.

–"Ahora, Señor mi Dios, me has hecho rey en lugar de mi padre David. No soy más que un muchacho, y apenas sé cómo comportarme. Sin embargo, aquí me tienes, un siervo tuyo en





medio del pueblo que has escogido, un pueblo tan numeroso que es imposible contarlo. Yo te ruego que le des a tu siervo discernimiento para gobernar a tu pueblo y para distinguir entre el bien y el mal. De lo contrario, ¿quién podrá gobernar a este gran pueblo tuyo?"

A Dios le agradó mucho el pedido de Salomón. ¡Qué pedido más noble! Más de un joven hubiera pedido un hermoso carruaje nuevo, o una armadura recubierta

de oro, o tal vez algunos ágiles caballos árabes, pero no este joven. Pidió sabiduría para hacer su trabajo como debería ser hecho.

Y Dios le dijo:

–"Como has pedido esto, y no larga vida ni riquezas para ti, ni has pedido la muerte de tus enemigos sino discernimiento para administrar justicia, voy a concederte lo que has pedido. Te daré un corazón sabio y prudente... Además, aunque no me lo has pedido, te daré tantas riquezas y esplendor que en toda tu vida ningún rey podrá compararse contigo. Si andas por mis sendas y obedeces mis decretos y mandamientos, como lo hizo tu padre David, te daré una larga vida.

"Cuando Salomón despertó... se dio cuenta del sueño que había tenido", dice el relato de la Biblia.

¡Qué maravilloso sueño! ¡Y qué lección enseña a todo muchacho y niña de la actualidad!

Si Dios te dijera: "Pídeme lo que quieras que te dé", ¿qué le dirías? ¿Le pedirías un automóvil de último modelo? ¿Una cosa lujosa? ¿Dinero a montones? ¿O le rogarías que te hiciera el alumno más brillante de tu clase? ¿O que ganaras el primer premio en las competencias de tu escuela?

¿O dirías, como Salomón: "Hazme sabio, Señor, para que siempre pueda escoger lo recto y así agradarte en todo"?

Si haces una oración como esa, pidiendo sabiduría para hacer la voluntad de Dios, se sentiría muy complacido. Y contestará tu pedido tan seguramente como lo hizo con el rey Salomón, dándote no solo sabiduría, sino también todo lo demás que necesitas.

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Al ser coronado rey, Salomón comprendió con claridad la responsabilidad de su cargo, y no pidió a Dios riquezas, gloria ni larga vida, sino sabiduría para juzgar al pueblo.

Un niño es cortado en dos

(1 Reyes 3:16-28)

UNO de los primeros problemas que enfrentó el nuevo rey era muy difícil. Se acercaron dos mujeres, reclamando el mismo bebé. Querían que decidiera de quién era. Pero ¿cómo podría saberlo? Sentado en su trono, Salomón escuchó atentamente el relato.

Las dos mujeres vivían juntas en la misma casa. Sus dos bebés habían nacido aproximadamente al mismo tiempo, uno tres días antes que el otro. Pero poco después, uno de los dos pequeños había muerto.

La primera mujer dijo:

" –Su Majestad, esta mujer y yo vivimos en la misma casa. Mientras ella estaba allí conmigo, yo di a luz, y a los tres días también ella dio a luz. No había en la casa nadie más que nosotras dos. Pues bien, una noche esta mujer se acostó encima de su hijo, y el niño murió. Pero ella se levantó a medianoche, mientras yo dormía, y tomando a mi hijo, lo acostó junto a ella y puso a su hijo muerto a mi lado".

Cuando despertó a la mañana para alimentar a su pequeño, encontró a su lado a un bebé muerto que no era el suyo, sino el

de su compañera.

–"¡No es cierto! –exclamó la otra mujer–. ¡El niño que está vivo es el mío, y el muerto es el tuyo!

–"¡Mientes! –insistió la primera–. El niño muerto es el tuyo, y el que está vivo es el mío".

¡Qué espectáculo deben haber ofrecido estas dos mujeres en el palacio, gritándose mutuamente y dispuestas a tirarse de los cabellos, si las hubieran dejado!

¡Pobre Salomón! Nunca antes había visto un caso así. ¡Ahora sí que necesitaba la sabiduría que Dios le había prometido!

–"Tráiganme una espada" –ordenó con calma; y cuando un criado se la trajo, un profundo silencio reinó en la sala.

–¿Qué querrá hacer con esa espada? –susurró alguien.

–Ahora, ¡traigan al niño! –ordenó el rey.

Los presentes contuvieron la respiración. ¿Iría a cortar al niño por la mitad?

–"Partan en dos al niño que está vivo –siguió diciendo Salomón–, y denle una mitad a ésta y la otra mitad a aquélla".

Un murmullo de terror recorrió la sala.

–"¡No! ¡Por favor, Su Majestad! –gritó la verdadera madre–. ¡Déle usted a ella el niño que está vivo, pero no lo mate!

–"No –dijo la otra mujer despiadadamente–. ¡Ni para mí ni para ti! ¡Que lo partan!"

–"¡Ajá! –se dijo Salomón–. Ahora sé a quién pertenece el niño".

Entonces, señalando a la mujer que había pedido que perdonaran la vida al pequeño, dijo:

–"No lo maten. Entréguenle a la primera el niño que está vivo, pues ella es la madre".

Al salir las dos mujeres de la presencia del rey, la curiosa historia de lo ocurrido comenzó a divulgarse. Pasando de boca en boca, llegó a las ciudades y aldeas, hasta que en todo el país la gente se enteró de cómo Salomón había identificado a la verdadera madre del bebé.

"Cuando todos los israelitas se enteraron de la sentencia que el rey había pronunciado, sintieron un gran respeto por él, pues vieron que tenía sabiduría de Dios para administrar justicia".

Israel en su mejor época

(1 Reyes 4:20 a 5:18)

BAJO el reinado de Salomón, los hijos de Israel disfrutaron de sus días más felices. Nunca antes habían sido tan ricos. Nunca habían gozado tanta paz.

"Los pueblos de Judá y de Israel eran tan numerosos como la arena que está a la orilla del mar; y abundaban la comida, la bebida y la alegría". ¡En verdad era buenos tiempos!

"Salomón gobernaba sobre todos los reinos desde el río Éufrates hasta la tierra de los filisteos y la frontera con Egipto. Mientras Salomón vivió, todos estos países fueron sus vasallos tributarios... y disfrutaba de paz en todas sus fronteras. Durante el reinado de Salomón, todos los habitantes de Judá y de Israel, desde Dan hasta Berseba, vivieron seguros bajo su propia parra y su propia higuera".

Sin enemigos que temer ni batallas que afrontar, el rey Salomón pudo dedicarse casi enteramente a la tarea de construir el templo que su padre había planeado y preparado con tanto cariño.

Sin embargo, aunque David había hecho grandes preparativos, almacenando mucha madera y metales de varias clases, no resultaban suficientes. Al revisar los planos que su padre le había dejado, Salomón se dio cuenta de que necesitaría reunir materiales en mucha mayor cantidad antes de poder iniciar la construcción del soñado templo.

Por eso le pidió ayuda al antiguo amigo de David, Hiram, rey de Tiro. Estaba especialmente interesado en conseguir de él más cedros y cipreses de los bosques del Líbano. Salomón prometió pagárselos bien y enviar hombres para ayudar a cortarlos.

–"Tú sabes –añadió cortésmente– que no hay entre nosotros quien sepa talar madera tan bien como los sidonios".

El rey Hiram respondió también con amabilidad, diciendo:

–"¡Alabado sea hoy el Señor, porque le ha dado a David un hijo sabio para gobernar a esta gran nación!"

Luego, añadió:

–"Yo te proporcionaré toda la madera de cedro y de pino que quieras. Mis obreros la transportarán desde el Líbano hasta el mar. Allí haré que la aten en forma de balsas para llevarla flotando hasta donde me indiques, y allí se desatará para que la recojas".

Se talaron muchos árboles y se los llevó flotando hasta Jope. Allí, los hombres de Salomón comenzaban a arrastrarlos por el empinado camino que llevaba a Jerusalén. La tarea no era fácil y por eso requirió varios años para completarse.

"Así que Hiram le proveía a Salomón toda la madera de cedro y de pino que éste deseaba, y Salomón, por su parte, año tras año le entregaba a Hiram, como alimento para su corte,

veinte mil cargas de trigo y veinte mil medidas de aceite de oliva".

A fin de ayudar a los súbditos de Hiram a cortar la madera, Salomón estableció un relevo de 30.000 hombres, de los que enviaba al Líbano alternativamente 10.000 por mes. "Salomón tenía en las montañas setenta mil cargadores y ochenta mil canteros".

"Para echar los cimientos del templo, el rey mandó que sacaran de la cantera grandes bloques de piedra de la mejor calidad. Los obreros de Salomón e Hiram, junto con los que habían llegado de Guebal, tallaron la madera y labraron la piedra para la construcción del templo".

¡Qué entusiasmo debe haber reinado entre el pueblo al ver cómo las pilas de madera y de piedras labradas iban creciendo más y más! Porque para ese entonces, la construcción del templo debe haber llegado a convertirse en el centro del interés de todo Israel. Con tantos miles que trabajaban en el proyecto y con muchos miles más ocupados en alimentarlos, debe haber sido el tema de conversación de un extremo del país hasta el otro.

Nadie se sentía incómodo por tener que hacer el trabajo. Eso era mucho mejor que combatir a los filisteos, a los amalecitas, a los amonitas, y a los demás enemigos, como se habían visto obligados a hacer durante tantos duros y desalentadores años.

Sí, un nuevo día amanecía para Israel. ¡Paz! ¡Cuán maravillosa era! Dios estaba bendiciendo a su pueblo, así como lo había prometido a los patriarcas Abram, Isaac y Jacob. ¡Qué privilegio era ayudar a construir un templo para la gloria de su nombre!

Hiram, el artesano del bronce

(1 Reyes 7:13-46; 2 Crónicas 2:7-18; 3:15 a 4:17)

SALOMÓN le había hecho un pedido especial al rey Hiram de Tiro. Necesitaba una persona hábil en la labranza de los metales. "Envíame un experto para trabajar el oro y la plata, el bronce y el hierro", le escribió a su amigo.

Lo que necesitaba era otro Bezalel, que había hecho tan buen trabajo en la construcción del tabernáculo del desierto y en la fabricación de sus muebles. Y el rey encontró a un hombre así. También se llamaba Hiram: era su tocayo. Vivía en Tiro y su madre había pertenecido a la tribu de Dan. De manera curiosa, el artesano era pariente lejano, por parte de su madre, de Aholiab, que había sido el ayudante principal de Bezalel hacía unos quinientos años.

Hiram, al igual que Bezalel y Aholiab, era "hombre sabio e inteligente", y sabía "trabajar el oro y la plata, el bronce y el hierro, la piedra y la madera, el carmesí y la púrpura, el lino y la escarlata". También era "experto en hacer toda clase de figuras". ¡Un obrero extraordinario!

Es más; al recomendarlo, el rey Hiram añadió que era experto "en realizar cualquier diseño que se le encargue". La descripción que del joven artífice hizo el rey no era exagerada cuando nos enteramos de todas las cosas que realizó Hiram.

Cuando llegó a Israel y echó una mirada a los planos del templo, se dio cuenta de que la tarea más difícil de todas sería la de fabricar las dos grandes columnas de bronce que se colocarían a ambos lados de la entrada.

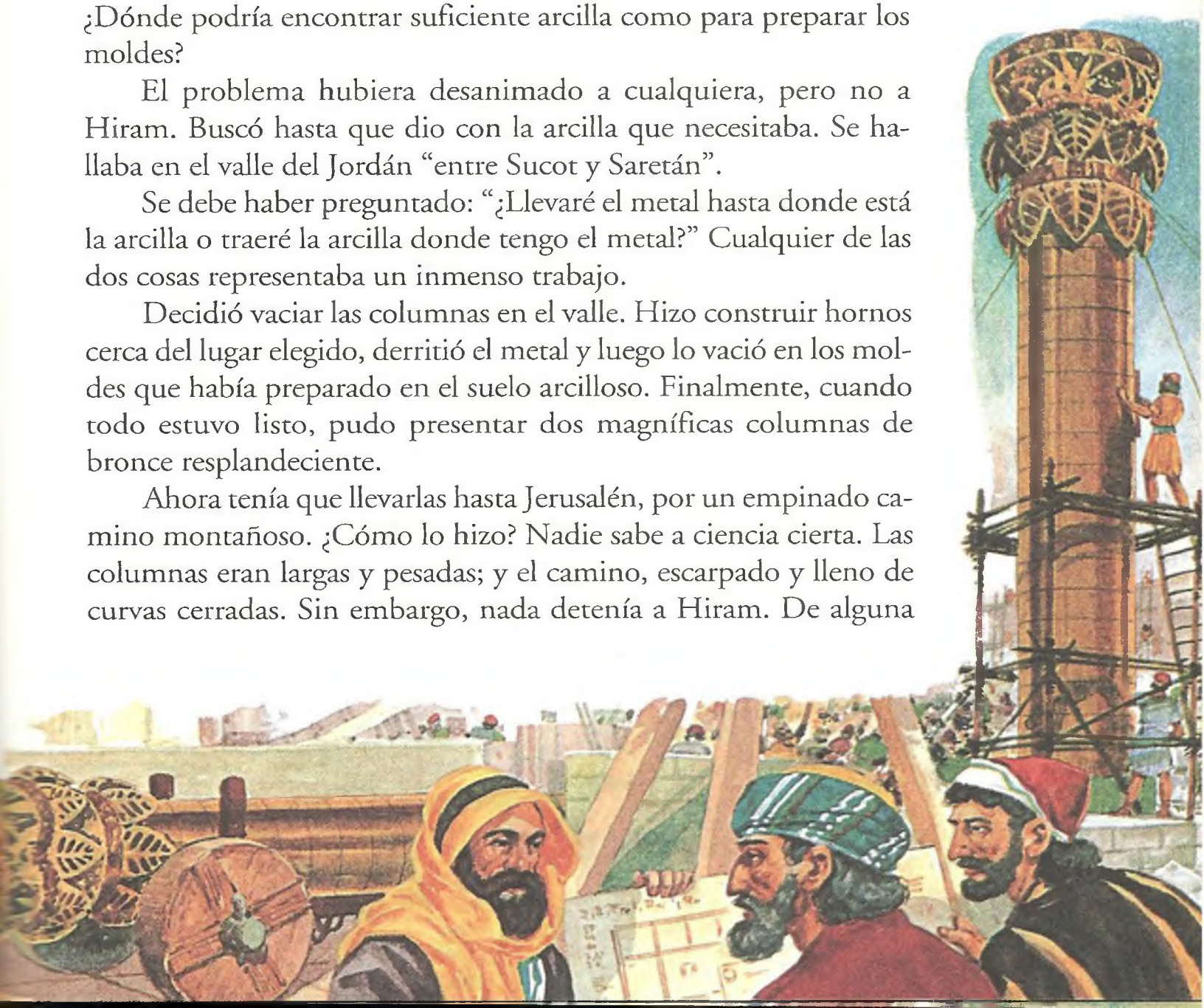
Cada una de ellas debía tener 8 metros de alto y casi 2 metros de diámetro. Pero ¿dónde podría vaciar esas enormes columnas? ¿Dónde podría encontrar suficiente arcilla como para preparar los moldes?

El problema hubiera desanimado a cualquiera, pero no a Hiram. Buscó hasta que dio con la arcilla que necesitaba. Se hallaba en el valle del Jordán "entre Sucot y Saretán".

Se debe haber preguntado: "¿Llevaré el metal hasta donde está la arcilla o traeré la arcilla donde tengo el metal?" Cualquier de las dos cosas representaba un inmenso trabajo.

Decidió vaciar las columnas en el valle. Hizo construir hornos cerca del lugar elegido, derritió el metal y luego lo vació en los moldes que había preparado en el suelo arcilloso. Finalmente, cuando todo estuvo listo, pudo presentar dos magníficas columnas de bronce resplandeciente.

Ahora tenía que llevarlas hasta Jerusalén, por un empinado camino montañoso. ¿Cómo lo hizo? Nadie sabe a ciencia cierta. Las columnas eran largas y pesadas; y el camino, escarpado y lleno de curvas cerradas. Sin embargo, nada detenía a Hiram. De alguna



manera se las ingenió para llevar las columnas hasta Jerusalén y colocarlas frente al templo.

Un pilar era conocido con el nombre de Jaquín (que significa "Él establece") y la otra, con el de Boaz (que quiere decir "en él hay fuerza"). Las columnas permanecieron en pie durante siglos para la gloria de Dios y como un recordativo de lo que puede hacer una persona cuando concentra todas sus energías en su trabajo.

Mientras los ayudantes de Hiram se encontraban todavía trabajando con las columnas, haciéndolas subir poco a poco por la ladera de la montaña, él se mantenía ocupado en muchas otras cosas. Algunas de ellas eran casi tan grandes e importantes como la fabricación de las columnas. Por ejemplo, elaboró una enorme fuente de bronce o "mar de fundición", que medía 4,5 metros de diámetro y más de 2 metros de profundidad. Esta fuente descansaba sobre 12 bueyes, de los que "tres... miraban al norte, tres al oeste, tres al sur y tres al este".

No le resultó fácil su fabricación, porque esa fuente gigantesca estaba hecha de metal, y su grueso "de ocho centímetros, y su borde, en forma de copa, se asemejaba a un capullo de azucena". Su capacidad, en las medidas actuales, era de unos 44.000 litros.

La Biblia contiene una lista de algunas otras cosas que también fabricó Hiram. "Cuatrocientas granadas" para los capiteles de las columnas, "diez bases", "diez lavamanos de bronce" y "las ollas, las tenazas y los aspersorios", todo de bronce.

Hiram contribuyó a fabricar muchas otras cosas. Cuando hablamos de esa hermosa casa de Dios como el templo de Salomón, no debemos olvidar la amorosa tarea que realizaron él y varios miles más.

Construyendo en silencio

(1 Reyes 6:1-38; 2 Crónicas 3:1 a 4:11)

A SALOMÓN le tomó cuatro años reunir todos los materiales necesarios para la construcción del templo, y luego siete años más para construirlo.

Una de las razones por las que los preparativos llevaron tanto tiempo es que, antes de traer las piedras o las piezas de metal o de madera al lugar de la construcción, se las cortaba, pulía y moldeaba hasta tener su tamaño exacto. Como resultado de este trabajo cuidadoso, "durante las obras no se oyó el ruido de martillos ni de piquetas, ni de ninguna otra herramienta".

El templo de Jerusalén fue construido tan silenciosamente como Dios obra en la naturaleza, haciendo que el pasto crezca y que los árboles florezcan y den fruto sin ruido. Tal vez el Señor quería enseñar a su pueblo la manera en que él se propone edificar su iglesia en la tierra: no mediante métodos ruidosos y altisonantes, sino a través de la labor silenciosa de su Santo Espíritu en el corazón de hombres, mujeres, niños y niñas.

Al irse poniendo piedra sobre piedra, cada una iba calzando

perfectamente en el lugar que le correspondía; así, en forma gradual, el edificio fue tomando cuerpo. Sin duda, muchos padres y madres que vivían en Jerusalén y en las aldeas cercanas traían a sus hijos al lugar de la construcción para observar admirados cómo los obreros trabajaban sin hacer ruido. Durante años –mucho antes de la muerte de David–, habían oído hablar de este glorioso templo; ahora lo veían crecer ante sus propios ojos. Y al observar el gran tamaño de los bloques de piedra que se empleaban en los cimientos, pudieron prever que el edificio llegaría a ser aún más hermoso de lo que habían soñado.

El tamaño del templo era justamente el doble del que había tenido el tabernáculo construido por Moisés en el desierto. El tabernáculo de Moisés tenía 14 metros de largo, y el templo de Salomón tenía 27,4 metros de largo.

El tabernáculo de Moisés tenía 4,5 metros de ancho, mientras que el templo de Salomón tenía 9 metros de ancho.

El tabernáculo de Moisés tenía 4,5 metros de alto, y el templo de Salomón tenía 9 metros de alto.

Así como el tabernáculo había estado dividido en dos partes –el lugar santo y el lugar santísimo– también el templo tenía dos grandes salas.

Las paredes y el techo estaban recubiertos con "tablas de cedro", y el piso, con "tablones de pino", de modo que no se veía "una sola piedra". Luego, las planchas de madera fueron recubiertas con oro laminado. "En el interior del templo recubrió de oro las vigas, los umbrales, las paredes y las puertas, y en las paredes esculpió querubines".

En el lugar santísimo colocó dos querubines tallados en madera

de olivo a los cuales se los había recubierto con oro y cuyas alas tocaban los muros de ambos lados. En el lugar santo, hizo poner un nuevo altar de incienso dorado, nuevas mesas de oro para los panes de la proposición y diez candelabros de oro, cinco en el costado derecho y cinco en el izquierdo.

¡Qué hermoso habrá sido poder estar en el interior del templo, observando los colores brillantes del velo y las luces titilantes de los diez candelabros reflejadas en el oro bruñido de las paredes, el piso y el techo!

Además, en el atrio del templo había un gran altar de bronce de unos 9 metros de lado y 4,5 de alto, para ofrecer los sacrificios.

En la esquina sudeste, se encontraba la "fuente circular de metal fundido" fabricado por Hiram, donde se bañaban los sacerdotes. Había también diez fuentes con lavatorios de bronce, donde se limpiaban los sacrificios antes de ser ofrecidos.

Por fin, siete años después de haberse iniciado la construcción, el magnífico edificio estuvo terminado. Los planos que Dios había dado a David se habían cumplido al pie de la letra. Todo, desde la colocación de las piedras fundamentales hasta el lustrado de la última granada de bronce, había sido hecho al máximo de la perfección de que es capaz el ser humano. Y todos, desde Salomón hasta el más humilde picapedrero, habían hecho lo mejor de su parte para lograr que este templo fuera el más glorioso de los que alguna vez pudieran construirse.

Solo restaba ahora la ceremonia de dedicación. ¿Aceptaría Dios este edificio como suyo y lo honraría con su presencia, así como lo había hecho con el tabernáculo en el desierto?

La dedicación del templo

(1 Reyes 8:1-50; 2 Crónicas 5:1 a 8:61)

UNA cosa se extrañaba en el templo.

Los candelabros de oro estaban en su lugar, al igual que las mesas de oro para los panes de la proposición, el altar de oro para quemar el incienso, las cortinas multicolores y los dos querubines dorados, pero... faltaba el arca. Todavía se encontraba en la tienda que David le había hecho después de traer el precioso cofre desde Quiriat Yearín a Jerusalén.

Por eso, cuando se concluyó la construcción del templo y todo estaba en perfecto orden, "el rey Salomón mandó que los ancianos de Israel, y todos los jefes de las tribus y los patriarcas de las familias israelitas, se congregaran ante él en Jerusalén para trasladar el arca del pacto del Señor desde Sión, la Ciudad de David".

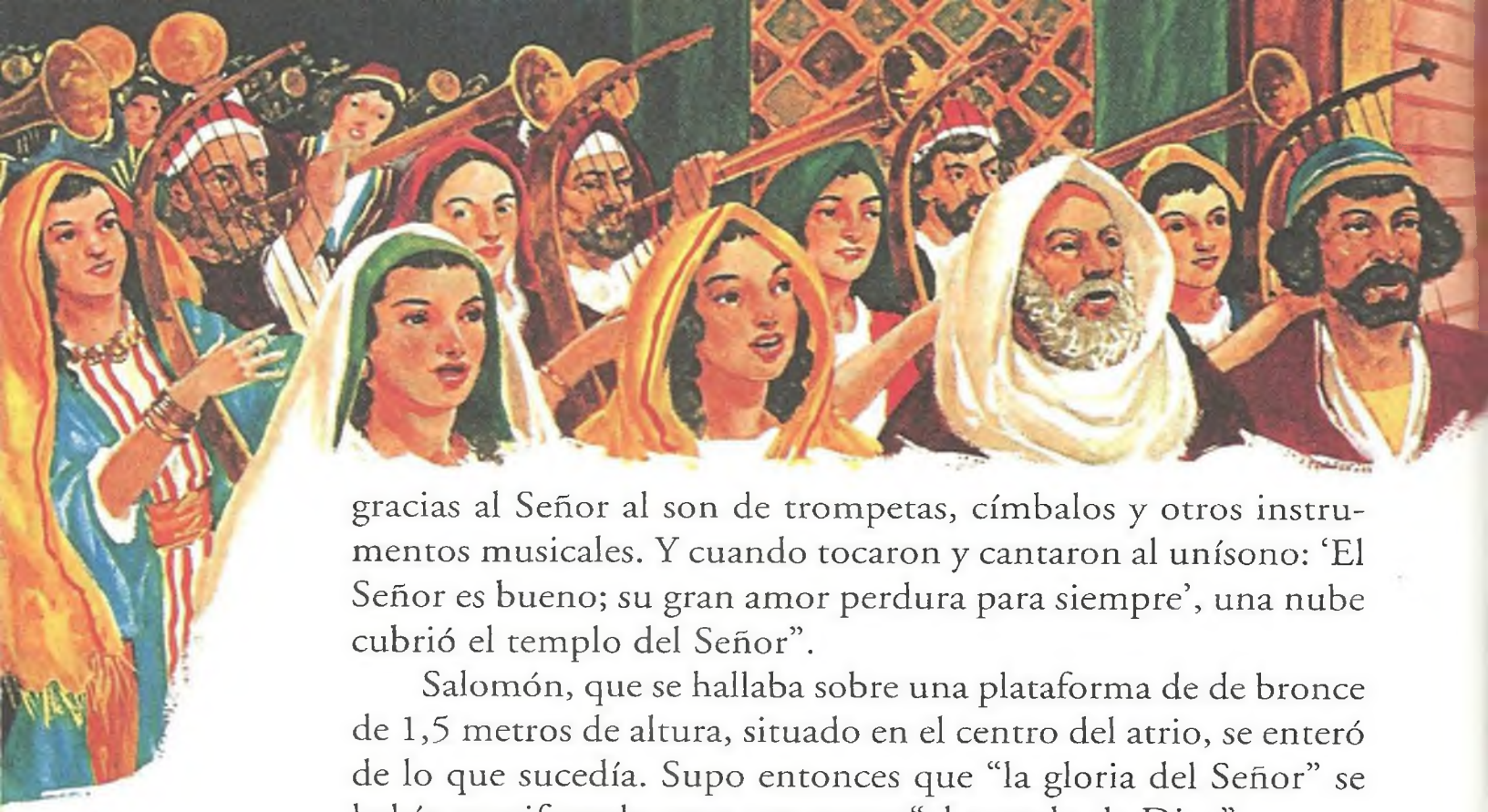
¡Qué procesión espectacular debe haber sido esa! ¡Y qué alegría debe haber llenado el corazón cuando vieron el arca, que ahora tenía unos 500 años! Los levitas la cargaban reve-

rentemente hacia el lugar santísimo del hermoso y nuevo templo, donde esperaban que descansara finalmente. Al mismo tiempo, los sacerdotes y levitas llevaban consigo todo lo que había quedado del antiguo tabernáculo, con "todos los utensilios sagrados" para colocarlos cuidadosamente en el nuevo edificio.

Cuando "los sacerdotes llevaron el arca del pacto del Señor a su lugar... bajo las alas de los querubines" deben haberse dado cuenta de cuán pequeña parecía en el nuevo ambiente. Solo tenía poco más de 1 metro de largo por 0,7 de alto y otro tanto de ancho, mientras que el nuevo lugar santísimo era un salón de 9 metros cuadrados y 11 de alto, y las alas de cada querubín se extendían casi 5 metros de punta a punta.

Aunque era tan pequeña y en su interior "sólo estaban las dos tablas de piedra que Moisés había colocado en ella en Horeb", el arca era el objeto más importante y precioso de todo el templo. Sin el arca y todo lo que representaba, los servicios del templo no tendrían ningún significado.

Repentinamente, al salir los sacerdotes del templo después de haber colocado el arca en su sitio, hubo una explosión de música y cantares. Ciento veinte sacerdotes tocaban las trompetas, mientras decenas de levitas cantaban "con címbalos, arpas y liras... Los trompetistas y los cantores alababan y daban



gracias al Señor al son de trompetas, címbalos y otros instrumentos musicales. Y cuando tocaron y cantaron al unísono: 'El Señor es bueno; su gran amor perdura para siempre', una nube cubrió el templo del Señor".

Salomón, que se hallaba sobre una plataforma de de bronce de 1,5 metros de altura, situado en el centro del atrio, se enteró de lo que sucedía. Supo entonces que "la gloria del Señor" se había manifestado para consagrar "el templo de Dios".

Profundamente conmovido al ver que el Señor se había dignado a mostrar su aprobación, el rey extendió las manos hacia el cielo ante los miles y miles que lo rodeaban y elevó esta hermosísima oración de dedicación:

"Señor, Dios de Israel, no hay Dios como tú arriba en el cielo ni abajo en la tierra, pues tú cumples tu pacto de amor con quienes te sirven y te siguen de todo corazón. Has llevado a cabo lo que le dijiste a tu siervo David, mi padre; y este día has cumplido con tu mano lo que con tu boca le prometiste.

"Ahora, Señor, Dios de Israel, cumple también la promesa que le hiciste a tu siervo, mi padre David, cuando le dijiste: 'Si tus hijos observan una buena conducta y me siguen como tú lo has hecho, nunca te faltará un descendiente que ocupe el trono de Israel en mi presencia'. Dios de Israel, ¡confirma ahora la promesa que le hiciste a mi padre David, tu siervo!

"Pero ¿será posible, Dios mío, que tú habites en la tierra? Si los cielos, por altos que sean, no pueden contenerte, ¡mucho menos este templo que he construido! Sin embargo, Señor mi Dios, atiende a la oración y a la súplica de este siervo tuyo. Oye el clamor y la oración que hoy elevo en tu presencia. ¡Que tus ojos estén abiertos día y noche sobre este templo, el lugar donde decidiste habitar, para que oigas la oración que tu siervo te eleva aquí! Oye la súplica de tu siervo y de tu pueblo Israel cuando oren en este lugar. Oye desde el cielo, donde habitas; ¡escucha y perdona!"

Entonces Salomón le hizo a Dios una serie de pedidos específicos:

1. "Si alguien peca contra su prójimo y se le exige venir a este templo para jurar ante tu altar, óyelo tú desde el cielo y juzga a tus siervos".

2. "Cuando tu pueblo Israel sea derrotado por el enemigo por haber pecado contra ti, si luego se vuelve a ti para honrar tu nombre, y ora y te suplica en este templo, óyelo tú desde el cielo, y perdona su pecado".

3. En tiempos de sequía, cuando no cayera lluvia, "si luego ellos oran en este lugar y honran tu nombre y se arrepienten de su pecado, óyelos tú desde el cielo y perdona el pecado de tus siervos, y envía la lluvia sobre esta tierra".

4. "Cuando en el país haya hambre, peste, sequía, o plagas de langostas o saltamontes en los sembrados, o... cuando venga cualquier calamidad o enfermedad, si luego cada israelita... extiende sus manos hacia este templo, y ora y te suplica, óyelo tú desde el cielo... y perdónalo".

5. Si un extranjero viniera de tierras lejanas y orare en esta casa, rogó el rey, "óyelo tú desde el cielo, donde habitas, y concédele cualquier petición que te haga. Así todos los pueblos de la tierra conocerán tu nombre".

6. "Cuando saques a tu pueblo para combatir a sus enemigos, sea donde sea, si el pueblo ora a ti y dirige la mirada hacia la ciudad que has escogido, hacia el templo que he construido en tu honor, oye tú desde el cielo su oración y su súplica, y defiende su causa".

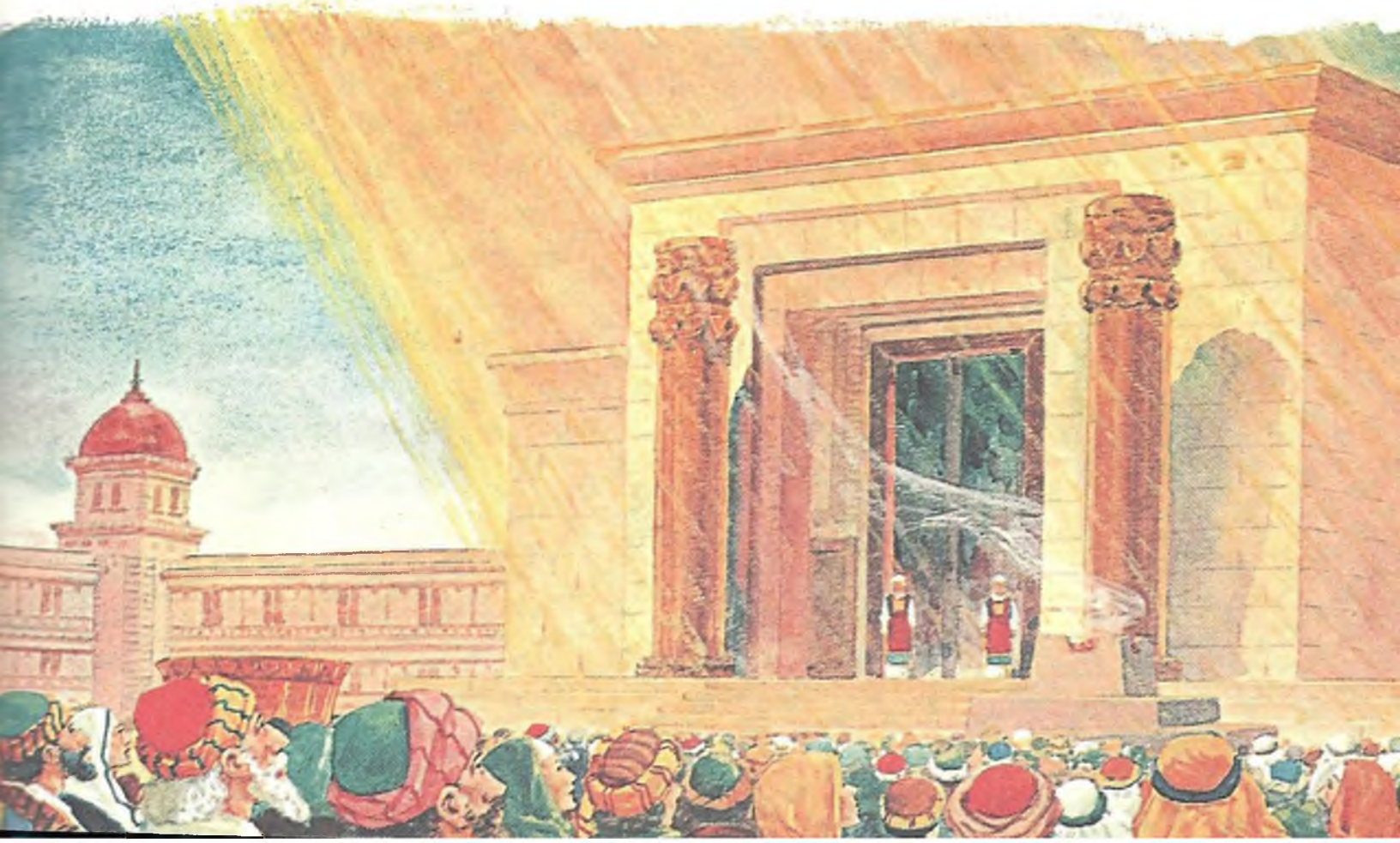
7. "Ya que no hay ser humano que no peque, si tu pueblo peca contra ti, y tú te enojas con ellos y los entregas al enemigo para que se los lleven cautivos a otro país, lejano o cercano, si en el destierro... se arrepienten y se vuelven a ti... oye tú su oración y su súplica desde el cielo... Perdona a tu pueblo".

Luego, al llegar al fin de su oración, el rey exclamó: "Levántate, Señor y Dios; ven a descansar, tú y tu arca poderosa. Señor y Dios, ¡que tus sacerdotes se revistan de salvación! ¡Que tus fieles se regocijen en tu bondad!"

¡Qué hermosa oración fue aquella! ¡Tan llena de bondad y de consideración por los demás! Y no quedó duda alguna de que Dios la había oído desde el cielo, su lugar de habitación. Porque apenas había terminado Salomón de orar, "descendió fuego del cielo y consumió el holocausto y los sacrificios, y la gloria del Señor llenó el templo".

Cuando todos los miles que se habían consagrado para esta grandiosa ceremonia vieron el fuego y observaron cómo brillaba el templo con la impresionante gloria de Dios, "cayeron de rodillas y, postrándose rostro en tierra, alabaron al Señor diciendo: 'El Señor es bueno; su gran amor perdura para siempre'".

Estoy seguro de que esa noche, cuando las madres pusieron a sus niños a dormir, más de un pequeño debe haber dicho: "Mamá, ¿viste bajar el fuego del cielo? ¡Qué maravilloso! ¡Cuán cerca debe haber estado Dios de nosotros en ese momento!"



Palabras de advertencia

(1 Reyes 8:62 a 9:9)

LUEGO del solemne servicio de dedicación, Salomón preparó una gran fiesta para las multitudes que habían ido a Jerusalén. Duró 14 días. "Al final, Salomón despidió al pueblo, y ellos bendijeron al rey y regresaron a sus casas, contentos y llenos de alegría por todo el bien que el Señor había hecho en favor de su siervo David y de su pueblo Israel".

Cuando todos los visitantes se fueron y las actividades volvieron a su ritmo normal, "el Señor se le apareció por segunda vez" a Salomón.

La primera vez, Dios se le había aparecido en Gabaón, justamente después de haber sido coronado rey. Entonces, el joven monarca había elevado aquella hermosa oración pidiendo sabiduría, y Dios había satisfecho su pedido. Ahora, el Señor tenía algo más que decirle:

—"He oído la oración y la súplica que me has hecho. Consagro este templo que tú has construido para que yo habite en él por siempre. Mis ojos y mi corazón siempre estarán allí... Si me

sigues con integridad y rectitud de corazón, como lo hizo tu padre David, y me obedeces en todo lo que yo te ordene... yo afirmaré para siempre tu trono en el reino de Israel...

–"Pero –y Salomón debe haber escuchado esto con cierta ansiedad– si ustedes o sus hijos dejan de cumplir los mandamientos y decretos que les he dado, y se apartan de mí para servir y adorar a otros dioses, yo arrancaré a Israel de la tierra que le he dado y repudiaré el templo que he consagrado en mi honor. Entonces Israel será el hazmerreír de todos los pueblos. Y aunque ahora este templo es imponente, llegará el día en que todo el que pase frente a él quedará asombrado y, en son de burla, preguntará: '¿Por qué el Señor ha tratado así a este país y a este templo?' Y le responderán: 'Porque abandonaron al Señor su Dios'".

¡Esta casa, este hermoso templo, sería rechazado! ¿Cómo podría suceder algo así?, pensó Salomón. ¡No, Dios no permitiría que algo tan hermoso, tan sólido y tan reverenciado fuera destruido!

Dios usó palabras muy extrañas para referirse a un edificio en cuya construcción el rey había empleado los siete mejores años de su vida. ¿Eran necesarias estas solemnes palabras de advertencia?

Sí, lo eran, como veremos.

Salomón ya se había casado con la hija del rey de Egipto, y siempre se corría el riesgo de que sus hijos desearan adorar los dioses paganos que ella había reverenciado. El monarca estaba convirtiéndose rápidamente en el hombre más rico del mundo, al fluir hacia Jerusalén más oro y más plata de lo que la gente había visto en su vida. Además, el monarca había comenzado a derrochar el dinero y a vivir en medio del lujo, con todos los peligros que esto significa para la relación de una persona con Dios.

Por todo eso, Dios le dijo que tuviera cuidado, pues la obediencia a sus mandamientos es mucho más importante a su vista que todos los hermosos edificios que el hombre pueda construir.

Hacer la voluntad de Dios, decir siempre la verdad, tener pensamientos puros, vivir una vida noble: todo esto significa más para el Señor que cuanto podamos construir con piedras, madera, oro o plata.

Es claro que Dios deseaba que el templo de Salomón permaneciera para siempre. Así lo había dicho. Pero eso ocurriría solo si Salomón y sus descendientes se mantenían fieles a él. Si llegaban a olvidarlo y a seguir a otros dioses, el templo desaparecería de la faz de la tierra. No importa cuán firmes sean sus cimientos, cuán anchas sus murallas, cuán costosos sus adornos de oro, sería volado como hojarasca por el viento.

Hoy no encontramos el hermoso templo de Salomón en la ciudad de Jerusalén, porque se cumplió la palabra de Dios. Su advertencia fue desoída, y el templo fue completamente destruido.

La reina de Sabá

(1 Reyes 10:1 a 11:6; 2 Crónicas 9:1-27)

A MEDIDA que la fama de la riqueza y la sabiduría de Salomón se difundían por todos lados, cada vez más reyes y dirigentes venían a visitarlo. "Todo el mundo procuraba visitarlo para oír la sabiduría que Dios le había dado, y año tras año le llevaban regalos: artículos de plata y de oro, vestidos, armas y perfumes, y caballos y mulas".

Además, "los reyes de Arabia y los gobernadores del país le llevaban oro y plata a Salomón". Y a medida que cada visitante le llevaba algunos costosos regalos, Salomón se iba volviendo cada vez más rico.

La cantidad de oro que Salomón recibía anualmente llegaba a los 22.000 kilos –una suma fabulosa de dinero–, sin contar "los impuestos que pagaban los mercaderes y comerciantes".

Para aumentar aún más su riqueza, Salomón hizo construir dos flotas mercantes, una le traía oro desde la tierra de Ofir a través del Mar Rojo, y la otra recorría el mar Mediterráneo comerciando con las tierras occidentales. "Cada tres años" regresaban

esta embarcaciones "trayendo oro, plata y marfil, monos" y pavos reales.

Por otra parte, tenía 1.400 carruajes y 12.000 jinetes. "Todas las copas del rey Salomón... eran de oro puro. Nada estaba hecho de plata, pues en tiempos de Salomón la plata era poco apreciada".

Con algo de esta riqueza, Salomón se hizo construir "un gran trono de marfil, recubierto de oro puro". Este trono tenía seis peldaños, con un león a cada lado y dos junto a los brazos del trono. No en vano dice la Biblia que "en ningún otro reino se había hecho algo semejante". ¡Y qué impresión debe haber causado a los visitantes!

Entre los muchos personajes famosos que vinieron a ver al rey, se encontraba la reina de Sabá. Según se cree, ella vivía en la región sur de Arabia, y su viaje a Jerusalén debe haber sido largo y cansador, porque llegó "con un séquito muy grande; sus camellos llevaban perfumes, oro en abundancia y piedras preciosas".

La reina ha de haber sido una mujer muy inteligente y, a la vez, ávida de adquirir más conocimiento. Ella se había enterado de la fama de Salomón y "fue a verlo para ponerlo a prueba con preguntas difíciles". La Biblia no las registra, y solo nos dice que él respondió a todas sus preguntas, y esto la puso muy feliz.

La reina debe haber subido más de una vez por los peldaños hasta el magnífico trono de oro y marfil, entre los doce leones. Y "se quedó atónita al ver la sabiduría de Salomón y el palacio que él había construido, los manjares de su mesa, los asientos que ocupaban sus funcionarios, el servicio y la ropa de los ca-

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

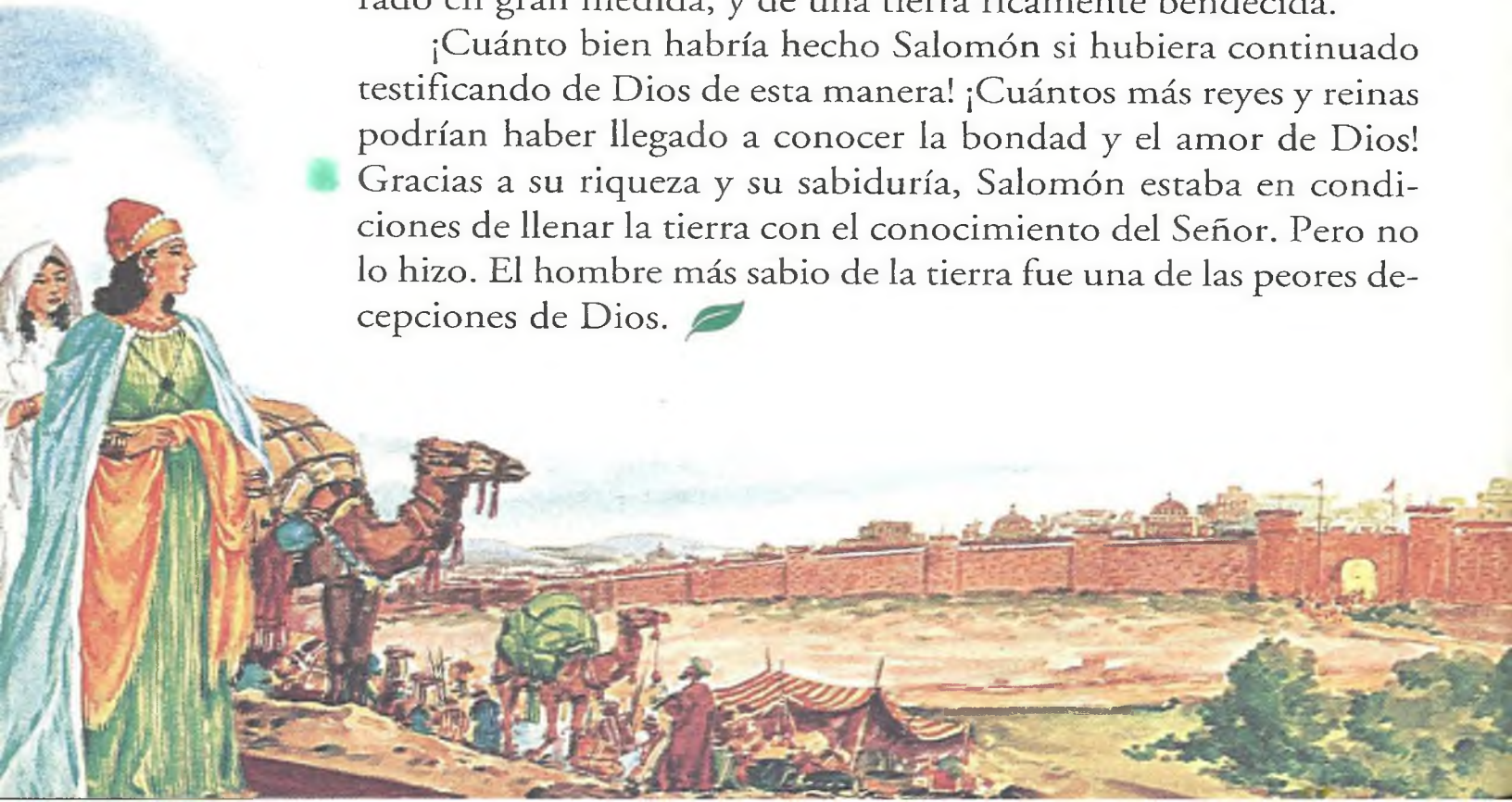
Acompañada por una larga columna de siervos, camellos y caballos que llevaban aromas, oro y piedras preciosas, la reina de Sabá vino a visitar al famoso rey Salomón.

mareros, las bebidas, y los holocaustos que ofrecía en el templo del Señor. Entonces le dijo al rey: '¡Todo lo que escuché en mi país acerca de tus triunfos y de tu sabiduría es cierto! No podía creer nada de eso hasta que vine y lo vi con mis propios ojos. Pero en realidad, ¡no me habían contado ni siquiera la mitad! Tanto en sabiduría como en riqueza, superas todo lo que había oído decir. ¡Dichosos tus súbditos! ¡Dichosos estos servidores tuyos, que constantemente están en tu presencia bebiendo de tu sabiduría!"

Luego añadió estas palabras de alabanza al Dios de Salomón: "¡Y alabado sea el Señor tu Dios, que se ha deleitado en ti y te ha puesto en el trono de Israel! En su eterno amor por Israel, el Señor te ha hecho rey para que gobiernes con justicia y rectitud". Y antes de despedirse dio al rey Salomón "tres mil novecientos sesenta kilos de oro, piedras preciosas y gran cantidad de perfumes. Nunca más llegaron a Israel tantos perfumes como los que la reina de Sabá le obsequió al rey Salomón".

Al volverse a su tierra, la reina llevó consigo también el magnífico recuerdo de un rey a quien el Dios del cielo había prosperado en gran medida, y de una tierra ricamente bendecida.

¡Cuánto bien habría hecho Salomón si hubiera continuado testificando de Dios de esta manera! ¡Cuántos más reyes y reinas podrían haber llegado a conocer la bondad y el amor de Dios! Gracias a su riqueza y su sabiduría, Salomón estaba en condiciones de llenar la tierra con el conocimiento del Señor. Pero no lo hizo. El hombre más sabio de la tierra fue una de las peores decepciones de Dios.



La sabiduría del sabio

(Proverbios)

DÍA tras día, año tras año, un río de sabiduría fluía brillante y aguda mente de Salomón. "Compuso tres mil proverbios y mil cinco canciones".*

Sin duda el rey tenía siempre cerca a un escriba o un secretario para que fuera anotando sus dichos, a medida que se le ocurrían. Muchos de ellos se encuentran en los libros bíblicos de Proverbios y Eclesiastés.

He aquí un buen consejo para los estudiantes:

"Si llamas a la inteligencia y pides discernimiento; si la buscas como a la plata, como a un tesoro escondido, entonces comprenderás el temor del Señor y hallarás el conocimiento de Dios" (Proverbios 2:3-5).

Todo niño y toda niña debieran aprender de memoria estos dos versículos: "Confía en el Señor de todo corazón, y no en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él allanará tus sendas" (Proverbios 3:5).

He aquí algunos buenos consejos para jóvenes y adultos: "No sigas la senda de los perversos ni vayas por el camino de los malvados.

¡Evita ese camino! ¡No pases por él! ¡Aléjate de allí, y sigue de largo!... La senda de los justos se asemeja a los primeros albores de la aurora: su esplendor va en aumento hasta que el día alcanza su plenitud" (Proverbios 4:14-18).

Observando cierto día a las hormigas, vio una lección para los perezosos: "¡Anda, perezoso, fíjate en la hormiga! ¡Fíjate en lo que hace, y adquiere sabiduría!

No tiene quien la mande, ni quien la vigile ni gobierne; con todo, en el verano almacena provisiones... Perezoso, ¿cuánto tiempo más seguirás acostado?... Un corto sueño, una breve siesta, un pequeño descanso, cruzado de brazos... ¡y te asaltará la pobreza como un bandido, y la escasez como un hombre armado!" (Proverbios 6:6-11).

Él hizo algunos comentarios muy sabios acerca del consumo de vino y de todas las bebidas que contienen alcohol: "El vino lleva a la insolencia, y la bebida embriagante al escándalo; ¡nadie bajo sus efectos se comporta sabiamente!" (Proverbios 20:1).

"¿De quién son los lamentos? ¿De quién los pesares? ¿De quién son los pleitos? ¿De quién las quejas? ¿De quién son las heridas gratuitas? ¿De quién los ojos morados? ¡Del que no suelta la botella de vino ni deja de probar licores! No te fijes en lo rojo que es el vino..., ni en la suavidad con que se desliza; porque acaba mordiendo como serpiente y envenenando como víbora" (Proverbios 23:29-32).

Aquí tienes otras preciosas gemas de sabiduría, relativas a distintos asuntos:

"La gente chismosa revela los secretos; la gente confiable es discreta" (Proverbios 11:13).

"El que es generoso prospera; el que reanima será reani-

mado" (Proverbios 11:25).

"El Señor aborrece a los de labios mentirosos, pero se complace en los que actúan con lealtad" (Proverbios 12:22).

"La respuesta amable calma el enojo, pero la agresiva echa leña al fuego" (Proverbios 15:1).

"Al orgullo le sigue la destrucción; a la altanería, el fracaso" (Proverbios 16:18).

"Más vale ser paciente que valiente" (Proverbios 16:32).

"En todo tiempo ama el amigo; para ayudar en la adversidad nació el hermano" (Proverbios 17:17).

"Gran remedio es el corazón alegre" (Proverbios 17:22).

"Hay amigos que llevan a la ruina, y hay amigos más fieles que un hermano" (Proverbios 18:24).

"Por sus hechos el niño deja entrever si su conducta será pura y recta" (Proverbios 20:11).

"Vale más la buena fama que las muchas riquezas, y más que oro y plata, la buena reputación" (Proverbios 22:1).

"Instruye al niño en el camino correcto, y aun en su vejez no lo abandonará" (Proverbios 22:6).

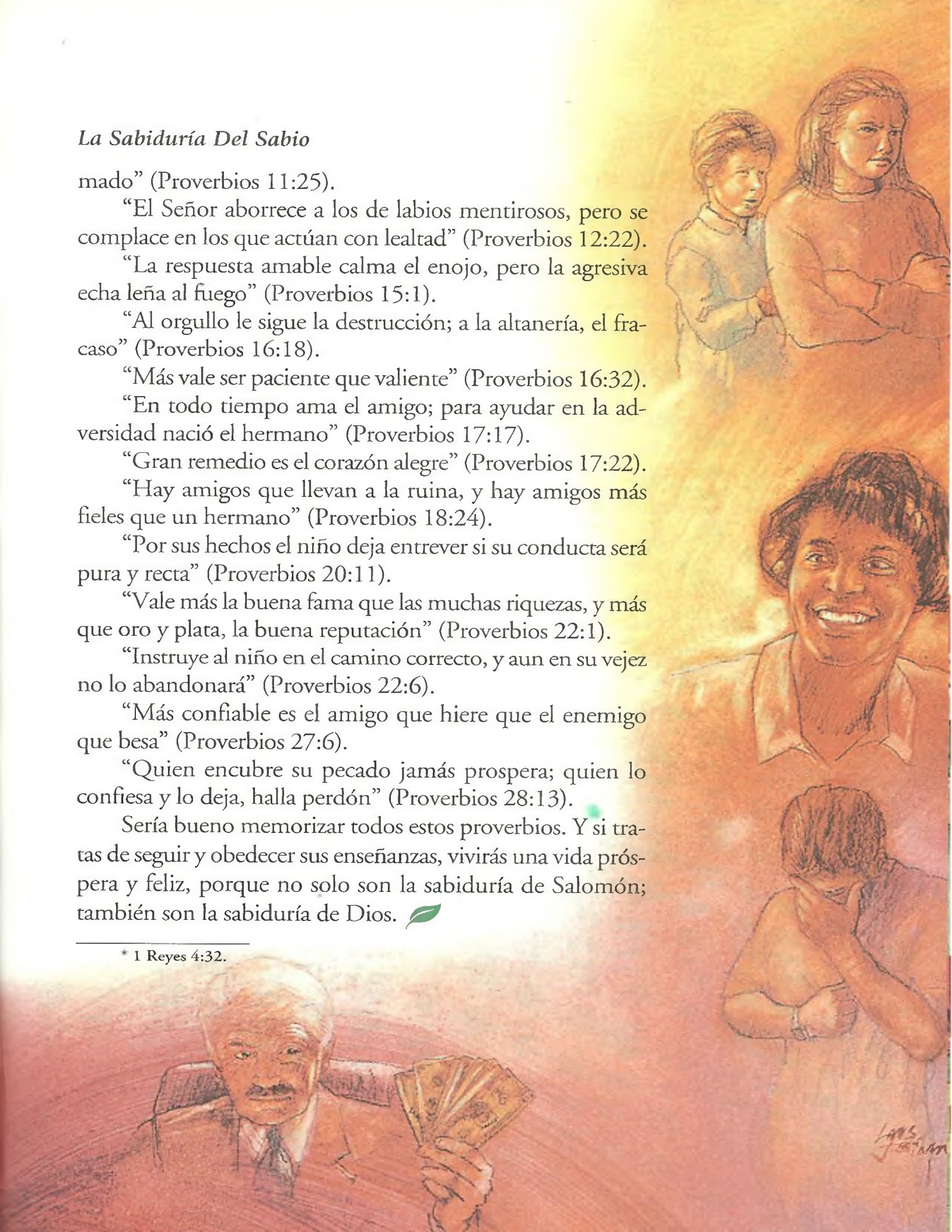
"Más confiable es el amigo que hiere que el enemigo que besa" (Proverbios 27:6).

"Quien encubre su pecado jamás prospera; quien lo confiesa y lo deja, halla perdón" (Proverbios 28:13).

Sería bueno memorizar todos estos proverbios. Y si tratas de seguir y obedecer sus enseñanzas, vivirás una vida próspera y feliz, porque no solo son la sabiduría de Salomón; también son la sabiduría de Dios.

---

* 1 Reyes 4:32.



La gran piedra de tropiezo de Salomón

(1 Reyes 11:1-11)

GRANDE, sabio y rico como era, Salomón tenía una gran piedra de tropiezo en su vida. La encontrarás en el primer versículo del capítulo 11 del primer Libro de los Reyes. "Ahora bien, además de casarse con la hija del faraón, el rey Salomón tuvo amoríos con muchas... mujeres extranjeras".

Tenía muchas, muchas esposas. Centenares de ellas. Tantas, que difícilmente habrá podido recordar los nombres de todas. Y lo peor es que estas mujeres no eran israelitas, sino "moabitas, amonitas, edomitas, sidonias e hititas"; precisamente aquellas con quienes Dios había prohibido en forma expresa a su pueblo que se casara.

Una de las razones por las que Salomón se casó con tantas mujeres es que cada una de ellas traía consigo una gran dote de su padre rico. Sin embargo, aunque le trajeron grandes riquezas, estas mujeres "hicieron que se pervirtiera su corazón".

Cuando era joven, había comenzado su reinado con su corazón puesto en Dios. Por eso construyó el templo y elevó aquella hermosa plegara de dedicación. Sin embargo, cuando todas estas

princesas extranjeras comenzaron a reunirse en Jerusalén, quisieron, como es natural, adorar a sus propios dioses. No conocían nada mejor.

Algunas de las esposas de Salomón eran seguidoras de Astarté, la diosa de los sidonios; otras de Moloc, "el detestable dios de los amonitas". Para mantenerlas felices y en paz, Salomón hizo construir lugares de adoración para estos dioses paganos.

"Lo mismo hizo en favor de sus mujeres extranjeras, para que éstas pudieran quemar incienso y ofrecer sacrificios a sus dioses".

La buena gente de Jerusalén debe haberse escandalizado. ¡Pensar que su rey, el hijo de David, era capaz de permitir la celebración de cultos idólatras a la vista del hermoso templo! ¡Qué horrible!

Para adorar a Moloc se requería el sacrificio de niños vivos. ¿Cómo era posible que Salomón, que había mostrado tanta ternura hacia el bebé que aquellas dos mujeres le habían traído, permitiera ahora que los pequeños inocentes sufrieran tan horrenda tortura? ¡Cuán bajo puede caer un hombre!

No sorprende entonces que "el Señor, Dios de Israel, se enojó con Salomón". Y en verdad el Señor tenía razón de estar enojado. Cuando el rey era joven, dos veces le había prometido grandes bendiciones si hacía lo recto y seguía sus caminos; pero ahora Salomón

lo había decepcionado. A pesar de toda la sabiduría que le había dado, el monarca había llegado a actuar conscientemente como un insensato. "Salomón no había cumplido esa orden", y pronto comenzó a pagar el precio de su desobediencia e insensatez.

Jehová dijo a Salomón: "Ya que procedes de este modo, y no has cumplido con mi pacto ni con los decretos que te he ordenado, puedes estar seguro de que te quitaré el reino y se lo daré a uno de tus siervos".

¡Qué triste! ¡Tan bien había comenzado! ¡Tan grandes bendiciones había recibido de Dios! Y ahora, el Señor lo había rechazado como a Saúl antes que él.

Es cierto que había tenido riquezas, poder, prestigio y todo lo que un hombre puede soñar; pero había olvidado a Dios. Y cuando uno pierde a Dios, lo pierde todo.

¿Hay alguna piedra de tropiezo en tu vida? ¿Hay algo que podría hacer que olvides a Dios? ¿Podría alguien mirarte y decir: Este muchacho tiene una hermosa casa, muchos juguetes lindos, una bicicleta nueva, pero dice mentiras, o no se puede confiar en él, o no quiere ir a la iglesia?

¿O puede decirse de ti: Esta niña tiene magníficos padres, ropas hermosas, lo mejor de todo, pero tiene mal genio, es murmuradora e impaciente, y le importa más lo que piensen sus amigos que lo que Dios dice que es correcto?

Tengamos cuidado con las piedras de tropiezo en nuestra vida.

CUARTA PARTE

Historias de Israel *y de* Judá

(1 Reyes 12:1 a 16:34)

El precio de la imprudencia

(1 Reyes 11:14-40)

¡QUÉ precio tuvo pagar Salomón por su imprudencia! Las princesas extranjeras que introdujo en su palacio no solo trajeron sus ídolos y sus falsas religiones, sino también un montón de problemas.

Cuando los israelitas vieron que su grande y famoso rey permitía que estas cosas ocurrieran en Jerusalén, algunos comenzaron a pensar que, después de todo, los dioses paganos no debían ser tan malos. Si Salomón, el sabio, consideraba que estaba bien adorarlos, ¿qué había de malo en rendirles culto? Así, la idolatría comenzó a difundirse por todo el reino y llegó a echar tan profundas raíces, que durante siglos nadie pudo eliminarla.

A medida que los israelitas se alejaban lentamente de Dios, el Señor también se fue apartando de ellos. Dejó de derramar sus bendiciones en forma tan abundante como antes y una oscuridad cayó sobre el reino, como cuando el sol se oculta tras una nube.

← ILUSTRACIÓN DE VERNON NYE

El profeta Ahías se quitó su hermoso manto nuevo, lo partió en 12 piezas y le dio a Jeroboán 10 de ellas, indicando así que Dios lo pondría como rey de 10 tribus.

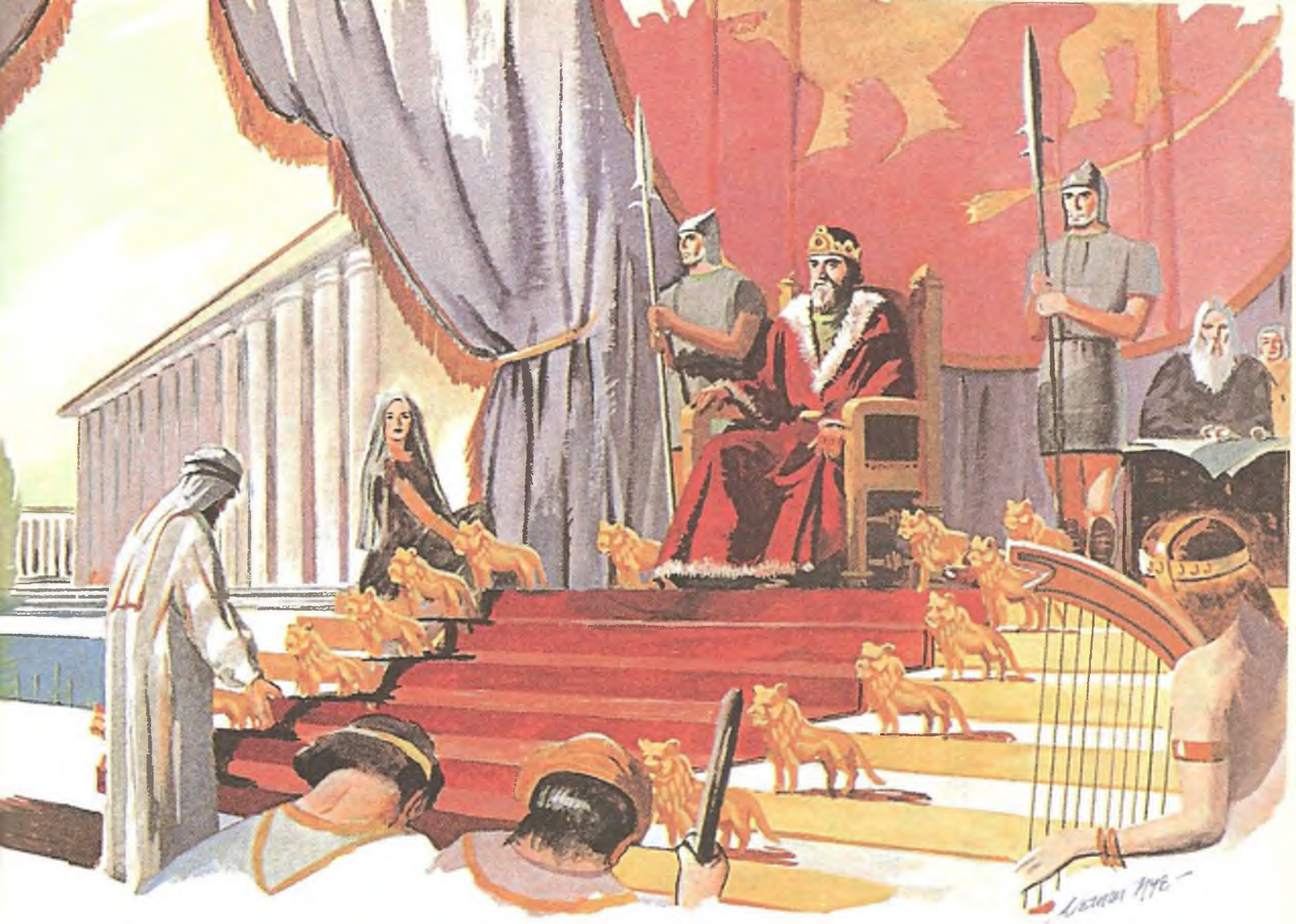
El reino de Israel había estado en paz desde el río Éufrates hasta la frontera con Egipto; pero ahora, aquí y allá, comenzaron a levantarse insurgentes. Una de esas revoluciones fue encabezada por Hadad el edomita, y otra por Rezón, rey de Damasco, "Mientras vivió Salomón, Rezón aborreció a Israel y fue su adversario". Y hasta Jeroboán, uno de los siervos de más confianza de Salomón, se levantó contra él.

Un día, mientras este hombre andaba solo por un camino cercano a Jerusalén, se le acercó el profeta Ahías vestido con una capa nueva.

Para gran sorpresa de Jeroboán, Ahías se quitó el manto nuevo, lo partió en 12 pedazos y le dio 10 a él. Luego, le dijo: "Toma diez pedazos para ti, porque así dice el Señor, Dios de Israel: 'Ahora voy a arrancarle de la mano a Salomón el reino, y a ti te voy a dar diez tribus... porque él me ha abandonado y adora a Astarté, diosa de los sidonios, a Quemós, dios de los moabitas, y a Moloc, dios de los amonitas. Salomón no ha seguido mis caminos; no ha hecho lo que me agrada, ni ha cumplido mis decretos y leyes como lo hizo David, su padre... yo te haré rey de Israel".

Piensa un momento: Salomón tenía muchísimas esposas y, sin duda, muchos hijos; ¡pero Dios los pasó a todos por alto e hizo planes de entregar 10 de las 12 tribus a un criado del rey! ¡Cuán disgustado debe haber estado el Señor por la manera en que Salomón se había comportado!

Cuando Salomón se enteró de que Ahías le había dicho a Jeroboán que el Señor lo había elegido como el próximo rey, trató de matarlo. "Pero éste huyó a Egipto y se quedó allí, bajo la protección del rey Sisac, hasta la muerte de Salomón".



Cuando el anciano rey vio cómo sus amigos lo abandonaban y advirtió cuántos problemas le habían causado sus esposas paganas, se dio cuenta del fracaso que había hecho de su vida.

Mirando hacia el pasado dijo:

"Realicé grandes obras: me construí casas, me planté viñedos, cultivé mis propios huertos y jardines, y en ellos planté toda clase de árboles frutales. También me construí aljibes para irrigar los muchos árboles que allí crecían. Me hice de esclavos y esclavas; y tuve criados, y mucho más ganado vacuno y lanar que todos los que me precedieron en Jerusalén. Amontoné oro y plata, y tesoros que fueron de reyes y provincias. Me hice de

cantores y cantoras, y disfruté de los deleites de los hombres: ¡formé mi propio harén!

"Me engrandecí en gran manera, más que todos los que me precedieron en Jerusalén; además, la sabiduría permanecía conmigo. No le negué a mis ojos ningún deseo, ni a mi corazón privé de placer alguno, sino que disfrutó de todos mis afanes. ¡Sólo eso saqué de tanto afanarme!

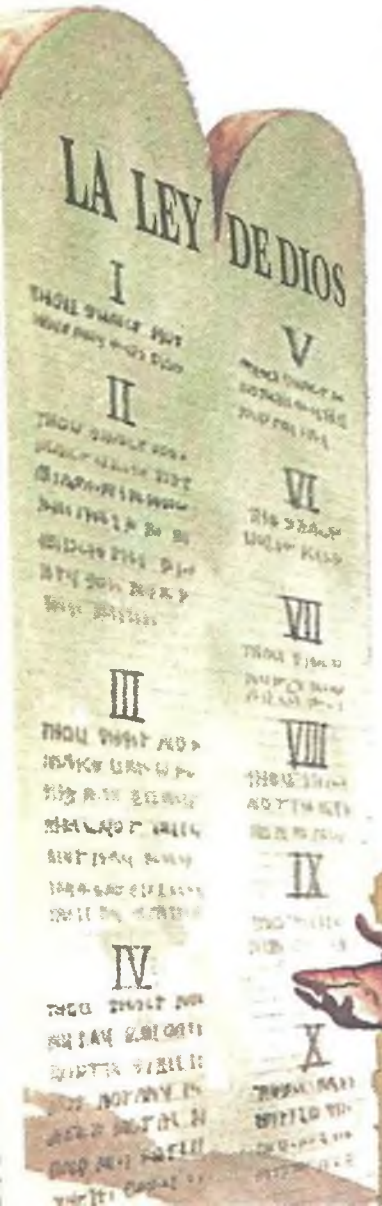
"Consideré luego todas mis obras y el trabajo que me había costado realizarlas, y vi que todo era absurdo, un correr tras el viento, y que ningún provecho se saca en esta vida".[1]

Y todo porque, en algún momento de su vida, había dejado a Dios a un lado.

Hacia el final de su existencia, Salomón se acercó otra vez al Señor y se arrepintió de todos sus errores. "El fin de este asunto es que ya se ha escuchado todo –escribió–. Teme, pues, a Dios y cumple sus mandamientos, porque esto es todo para el hombre. Pues Dios juzgará toda obra, buena o mala, aun la realizada en secreto".[2]

No obstante, para cuando Salomón volvió a encontrar a Dios, era demasiado tarde para impedir las consecuencias de sus errores. ¡Qué pena que Salomón no siguió este buen consejo durante toda su vida! ¡Cuán diferentes habrían sido las cosas para él y para Israel!

[1] Eclesiastés 2:4-11.
[2] Eclesiastés 12:13, 14.



El reino dividido

(1 Reyes 11:42 a 12:30; 2 Crónicas 9:31 a 12:1)

CUANDO murió Salomón, fue sepultado en la ciudad de David y "su hijo Roboán lo sucedió en el trono".

La coronación del nuevo rey ocurrió en Siquén, donde había lugar suficiente para acomodar a los miles que se congregarían. "Todos los israelitas" fueron para proclamarlo rey.

Mientras tanto, la noticia de la muerte de Salomón había llegado a oídos de Jeroboán, que se hallaba en Egipto. Este, recordando lo que el profeta Ahías le había anunciado, se apresuró a volver a su patria para ver lo que ocurriría.

Cuando llegó a Siquén, todo el mundo lo reconoció porque, antes de huir a la corte del faraón, había sido uno de los oficiales más conocidos y eficientes de Salomón. Muchos deben haberse preguntado por qué había regresado tan pronto después de la muerte del anciano monarca. Pocos sospecharon entonces que pronto llegaría a ser el jefe de la gran rebelión.

Inmediatamente después de la coronación, Jeroboán y algunos de los dirigentes de Israel se entrevistaron con el nuevo rey y le rogaron que aliviara algunas de las cargas que Salomón había colo-

cado sobre el pueblo. Para sostener su gran programa de construcción, Salomón le había impuesto pesados tributos al pueblo y había forzado a decenas de miles de personas a trabajar para él, de manera obligatoria. Jeroboán y los demás líderes querían que se redujeran los impuestos y que se aboliera el servicio obligatorio.

Roboán dijo que les contestaría en tres días. Lo consultó con sus consejeros más ancianos, que le sugirieron que accediera a los pedidos de los líderes.

–"Si Su Majestad se pone hoy al servicio de este pueblo –respondieron ellos–, y condesciende con ellos y les responde con amabilidad, ellos le servirán para siempre".

Inseguro todavía acerca de lo que debía hacer, Roboán consultó a los hombres más jóvenes que lo rodeaban y les preguntó qué debía hacer. Estos le dijeron que mostrara al pueblo quién era el que mandaba, y que gobernara con mano fuerte desde el mismo comienzo.

Actuando tontamente, el rey "rechazó el consejo de los ancianos" y aceptó el de los jóvenes.

–"Si mi padre les impuso un yugo pesado, ¡yo les aumentaré la carga! –dijo al pueblo–. Si él los castigaba a ustedes con una vara, ¡yo lo haré con un látigo!"

No es de sorprender que pronto surgieran dificultades. Cuando sus palabras se difundieron entre los miles reunidos en Siquén, todo el mundo se enojó. Los israelitas habían venido a la coronación con la esperanza de que se los aliviara de las car-

gas y no para que se las hicieran más pesadas. Habían soportado a Salomón, pero no estaban dispuestos a aguantar las imposiciones de este rey inexperto.

Rápidamente, el espíritu de rebeldía se encendió en cada corazón y corrió como un reguero de pólvora por todo el campamento.

"¡Pueblo de Israel, todos a sus casas! –clamaron los hombres de las tribus del norte– ¡Y tú, David, ocúpate de los tuyos! ¿Qué parte tenemos con David? ¿Qué herencia tenemos con el hijo de Isaí?"

Así comenzó la gran rebelión.

Diez tribus siguieron a Jeroboán y lo coronaron rey. Roboán, en cambio, se quedó con solo dos tribus: Judá y Benjamín.

Cuando Roboán volvió a Jerusalén se sintió muy disgustado. Vio cuán grande había sido su error. A causa de sus palabras irreflexivas, había perdido la mayor parte del reino de su padre, y quiso recuperarlo. Por eso convocó a sus mejores soldados –180.000 hombres– y los preparó para obligar a los rebeldes a volver a estar bajo sus órdenes.

Justamente entonces, un varón de Dios llamado Semaías le trajo este mensaje del Señor: "No vayan a luchar contra sus her-

manos, los israelitas. Regrese cada uno a su casa, porque es mi voluntad que esto haya sucedido".

Roboam tuvo el buen juicio de obedecer la voz de Dios, y ordenó a los soldados que regresaran a sus casas. Luego trató de arreglárselas con lo que le quedaba. Su primera acción fue la de fortificar varias de las ciudades que estaban en sus dominios, por si los rebeldes intentaran apoderarse de ellas. "Roboán nombró gobernantes, reforzó las fortificaciones, almacenó en ellas víveres, aceite y vino, y las armó a todas con escudos y lanzas. Así fortificó completamente todas las ciudades y quedó en posesión de Judá y de Benjamín".

Por su lado, Jeroboán comenzaba a demostrar qué clase de hombre era. Apenas las 10 tribus lo coronaron rey, hizo dos becerros de oro para que los adorara el pueblo. Su excusa fue: "¡Israelitas, no es necesario que sigan subiendo a Jerusalén! Aquí están sus dioses, que los sacaron de Egipto. Así que colocó uno de los becerros en Betel, y el otro en Dan".

Él mismo ofreció sacrificios a estos ídolos "y puso como sacerdotes a toda clase de gente, hasta a quienes no eran levitas". En vista de esto, los levitas se trasladaron a Jerusalén.

Solo cinco años después de la muerte de Salomón este imperio rico y orgulloso estaba hecho pedazos y entregado a la idolatría. La gloria del reinado de Salomón se había esfumado.

Cuando Salomón se casó con las princesas paganas, nunca pensó que todo esto ocurriría. Se creyó suficientemente fuerte y sabio como para no dejarse atraer por las religiones falsas. Sin embargo, no resistió. Sus mujeres primero le robaron el corazón y luego el reino.

Asalto al templo de Salomón

(2 Crónicas 11:16 a 12:12)

DURANTE tres años, todo anduvo bien con Roboán. Los sacerdotes y los levitas, cuyos hogares habían quedado en el territorio que ocupaba ahora el reino de las 10 tribus dejaron sus posesiones y comenzaron a establecerse en Jerusalén junto con otros "que con todo el corazón buscaba al Señor".

Conmocionados por los recientes acontecimientos, los habitantes del reino de Judá oraron al Señor y se esforzaron por serle fieles como no lo habían hecho durante muchos años. Hasta pareció que estaba por ocurrir un gran reavivamiento. "Así consolidaron el reino de Judá, y durante tres años apoyaron a Roboán hijo de Salomón y siguieron el buen ejemplo de David y Salomón".

Pero la situación no duró mucho tiempo, porque Roboán tenía la misma debilidad que su padre. Se casó con muchas mujeres, y pronto también olvidó a Dios.

"Después de que Roboán consolidó su reino y se afirmó en el trono, él y todo Israel abandonaron la ley del Señor y le fueron infieles".

Durante los dos años siguientes, tanto el rey como el pueblo fueron apartándose más y más de Dios. Entonces, llegaron noticias de que Sisac, rey de Egipto, avanzaba contra ellos con un ejército de 60.000 jinetes y 1.200 carros.

Mientras Salomón vivía, nadie se había atrevido a atacar a la nación hebrea. Ahora, en cambio, sus defensas ni siquiera merecían ese nombre. Los egipcios tomaron con facilidad todas las ciudades que Roboán había fortificado con tanto cuidado. Entonces se dirigieron a Jerusalén.

Precisamente en ese momento Semaías "se presentó ante Roboán y los jefes de Judá que por miedo a Sisac se habían reunido en Jerusalén, y les dijo:

–"Así dice el Señor: 'Como ustedes me abandonaron, ahora yo también los abandono, para que caigan en manos de Sisac' ".

El rey y los príncipes se asustaron. Aunque hacía tiempo que se habían olvidado de Dios, nunca se les había ocurrido que él podría abandonarlos. Humillándose sinceramente, confesaron sus pecados y clamaron:

–"¡El Señor es justo!"

Mostrando una vez más su eterna bondad, el Señor le dijo a Semaías:

–"Puesto que han mostrado humildad, ya no voy a destruirlos; dentro de poco tiempo los libraré. No voy a permitir que Sisac ejecute mi castigo sobre Jerusalén".

Y así se abrieron las puertas de Jerusalén y entró el rey de Egipto. Sisac había oído hablar mucho de las riquezas de Salomón y ahora tenía ocasión de verlas por sí mismo. Encaminándose directamente hacia el hermoso templo, se apoderó de sus tesoros y de los "del palacio real. Se lo llevó todo, aun los escudos de oro que Salomón había hecho".

Satisfecho con el botín, el invasor no destruyó el templo ni la ciudad, sino que se volvió a su tierra, regocijándose con su buena fortuna de haber podido obtener tanto con tan poco esfuerzo.

Cuando Sisac y los suyos se fueron, Roboán y los príncipes de Judá se encaminaron hacia el templo para ver lo que habían dejado los invasores. ¡Cuán tristes deben haberse sentido al caminar por el edificio despojado de sus tesoros y que una vez había sido la gloria de Israel y la envidia del mundo!

Roboán ordenó que se fabricaran escudos de bronce para reemplazar los de oro de Salomón. Este solo hecho revela lo que había ocurrido con los hijos de Israel y en cuán pobres se habían convertido, porque una vez más se habían apartado de Dios.

El altar quebrado

(1 Reyes 13:1-6)

AUN cuando Jeroboán era malvado, el Señor no lo había abandonado completamente. Cierto día, mientras el rey estaba por ofrecer sacrificios ante el becerro de oro que había colocado en Betel, oyó que alguien hablaba en voz alta en medio de la ceremonia. Al darse vuelta para ver quién era el que osaba interrumpirlo, Jeroboán vio a un hombre vestido como un profeta de Dios.

El hombre exclamaba:

—"¡Altar, altar! Así dice el Señor: 'En la familia de David nacerá un hijo llamado Josías, el cual sacrificará sobre ti a estos sacerdotes de altares paganos que aquí queman incienso. ¡Sobre ti se quemarán huesos humanos!'".

Jeroboán estaba furioso. ¡Este hombre debía estar loco! ¿Cómo podía conocer el nombre de alguien que no había nacido aún, o saber lo que esa persona haría con este altar?

Ni por un momento se le ocurrió pensar que el Señor le permitía echar una mirada a hechos futuros —unos 300 años por de-

← ILUSTRACIÓN DE KREIGH COLLINS

Cuando Jeroboán oyó la profecía relativa a Josías, trató de prender al profeta para matarlo. Pero al intentarlo, se le paralizó el brazo y al altar se rompió ante sus ojos.

lante– cuando el buen rey Josías destruiría ese altar, reduciéndolo a polvo. Dios estaba hablando, pero Jeroboán no lo sabía. Estaba tan enojado, que quiso matar al profeta.

Pero el hombre de Dios siguió hablando:

–"Ésta es la señal que el Señor les da: ¡El altar será derribado, y las cenizas se esparcirán!"

Esto era ya demasiado para Jeroboán.

–"¡Agárrenlo!" –ordenó a sus hombres mientras él mismo extendía la mano tratando de agarrar al profeta.

"Pero el brazo que había extendido contra el hombre se le paralizó, de modo que no podía contraerlo".

En seguida, oyó un estrépito a su lado y, dándose vuelta, vio que el altar se desmoronaba ante sus propios ojos mientras las cenizas caían por entre las rajaduras. Ahora se sentía atemorizado, y con razón.

–"¡Ora por mí, para que se me cure el brazo!" –rogó.

El profeta así lo hizo y Dios, en su gran misericordia, sanó a Jeroboán a pesar de todo el mal que había hecho. "Al rey se le curó el brazo, quedándole como antes"

Esa era la última oportunidad que tenía Jeroboán para arrepentirse y cambiar su vida. ¿La aprovechó? ¿Destruyó sus ídolos y condujo las 10 tribus de regreso hacia Dios? No, no lo hizo. La Biblia dice que "Con todo, Jeroboán no cambió su mala conducta".

Muerto por un león

(1 Reyes 13:7-30)

–"VEN a casa conmigo... –le dijo Jeroboán al profeta–, quiero hacerte un regalo".

–"Aunque usted me diera la mitad de sus posesiones, no iría a su casa –dijo el hombre de Dios–. Aquí no comeré pan ni beberé agua".

–¿Por qué no? –le preguntó el rey.

–"Porque así me lo ordenó el Señor. Me dijo: 'No comas pan, ni bebas agua, ni regreses por el mismo camino'".

Así que el profeta volvió a su hogar.

Sin embargo, algunos muchachos que habían visto lo ocurrido a Jeroboán y al altar, habían ido corriendo hacia su casa para contarle a su anciano padre lo sucedido. Casi me parece oírlos diciendo:

–"¡Hubieras visto, papá, la cara que puso el rey cuando vio que no podía mover el brazo y que el altar se caía hecho pedazos!"

–"¿Por dónde se fue?" –preguntó el anciano, ansioso de enterarse de los detalles de lo ocurrido.

Al oír la respuesta de sus hijos, les ordenó:

–"Aparéjenme un asno, para que lo monte".

Luego, cabalgando tan rápido como podía, tomó el camino por donde había ido el hombre de Dios hasta que lo encontró sentado bajo una encina.

–"Ven a comer a mi casa" –le dijo.

–"No puedo volver contigo ni acompañarte" –respondió el hombre de Dios, añadiendo lo mismo que le había dicho a Jeroboán.

Entonces, el anciano le mintió.

–"También yo soy profeta, como tú. Y un ángel, obedeciendo a la palabra del Señor, me dijo: 'Llévalo a tu casa para que coma pan y beba agua'".

Engañado, el hombre de Dios lo acompañó hacia su casa. Pero apenas había terminado de comer, el que lo había invitado le dijo:

–"Así dice el Señor: 'Has desafiado la palabra del Señor y no has cumplido la orden que el Señor tu Dios te dio.... Por lo tanto, no será sepultado tu cuerpo en la tumba de tus antepasados'".

De inmediato, el hombre de Dios se dio cuenta de que había cometido un terrible error. Tristemente montó en su asno que el anciano le dio y reanudó el viaje.

No había avanzado mucho, cuando "un león le salió al paso y lo mató".

Otros viajeros que pasaban por el camino vieron a un hombre muerto junto al que había un asno y un león. Volvieron en seguida a la ciudad y contaron lo que habían visto. Al enterarse de ello, el anciano salió a ver si era cierto. Y lo era.

Allí estaba el león, el asno y el cuerpo del hombre de Dios. "El león no se había comido el cadáver, ni había despedazado al asno". El anciano puso el cadáver sobre el asno, lo trajo a su casa y lo enterró en su propia sepultura, mientras lloraba diciendo: "¡Ay, hermano mío!"

¡Qué importante lección para nosotros! ¡Cuán cuidadosos de-

bemos ser! Este buen hombre había sido honrado por Dios en forma extraordinaria cuando se enfrentó con Jeroboán. Transmitiéndole las palabras del Señor, había visto desmoronarse el altar y paralizarse el brazo del rey. Y hasta había observado su oración respondida instantáneamente. Dado que Dios había hablado tan claramente por medio de él, no debería haber creído tan rápidamente el falso mensaje del anciano, que era tan diferente al que Dios le había dado.

No le hubiera resultado difícil preguntarle a Dios por el cambio de instrucciones. En su lugar, como Eva en el jardín del Edén, el hombre de Dios, sin pensar, se permitió creer en una mentira.

Y dado que el profeta acaba de entregar este grave mensaje acerca de los resultados de la desobediencia, debería haber tenido especial cuidado en obedecer las claras instrucciones de Dios para su propia conducta. Los ojos de todo el país, y especialmente del rey, estaban puestos sobre él. Pero 24 horas más tarde, estaba muerto, matado por un león, porque no había confiado en Dios y lo había desobedecido abiertamente. Dios no podía dejar pasar esta importante lección de obediencia: el profeta que había estado enseñando al rey se había perdido por su propia desobediencia.

La reina disfrazada

(1 Reyes 14:1-18)

NO mucho después de la advertencia que le hizo el profeta a Jeroboán, un gran dolor se abatió sobre la casa del rey. Su hijo Abías enfermó y nadie pudo hacer nada por él.

Finalmente, Jeroboán se acordó del profeta Ahías que, años antes, le había anunciado que algún día llegaría a ser rey sobre 10 tribus de Israel. Jeroboán creía que, si quería, este profeta podía sanar al niño. Pero ¿desearía hacerlo? El rey estaba seguro de que no lo haría si se enteraba quién era este muchacho. Este hecho debía ocultársele a toda costa.

Jeroboán le dijo a su esposa que se disfrazara y que fuera a Siló, donde Ahías vivía:

–"Llévate diez panes, algunas tortas y un jarro de miel. Cuando llegues, él te dirá lo que va a pasar con nuestro hijo".

Por ese entonces Ahías ya estaba viejo y ciego, de modo que no era necesario que la reina se disfrazara. Ella igual se disfrazó, pensando que podría engañar al profeta del Señor. ¡Cuán equivocada estaba! Él la reconoció en seguida.

Para gran sorpresa de la mujer, apenas "Ahías oyó el sonido de

sus pasos, se dirigió a la puerta y dijo:

–"Esposa de Jeroboán, ¿por qué te haces pasar por otra? Entra, que tengo malas noticias para ti".

Demasiado sorprendida como para hablar, la reina no dijo una sola palabra. Todo lo que pudo hacer fue escuchar las tristes profecías que el anciano hombre de Dios le fue comunicando.

–"Regresa a donde está Jeroboán –le dijo–, y adviértele que así dice el Señor, Dios de Israel: 'Yo te levanté de entre mi pueblo Israel y te hice su gobernante. Le quité el reino a la familia de David para dártelo a ti. Tú, sin embargo, no has sido como mi siervo David... Por el contrario, te has portado peor que todos los que vivieron antes de ti, al extremo de hacerte otros dioses, ídolos de metal; esto me enfurece... Por eso voy a enviarle una desgracia a la

familia de Jeroboán".

En cuanto al hijo de Jeroboán, no había esperanzas: moriría. Sin embargo, debido a que "en esa familia sólo él ha complacido al Señor", sería el único de los hijos de Jeroboán a quien sepultarían en una tumba.

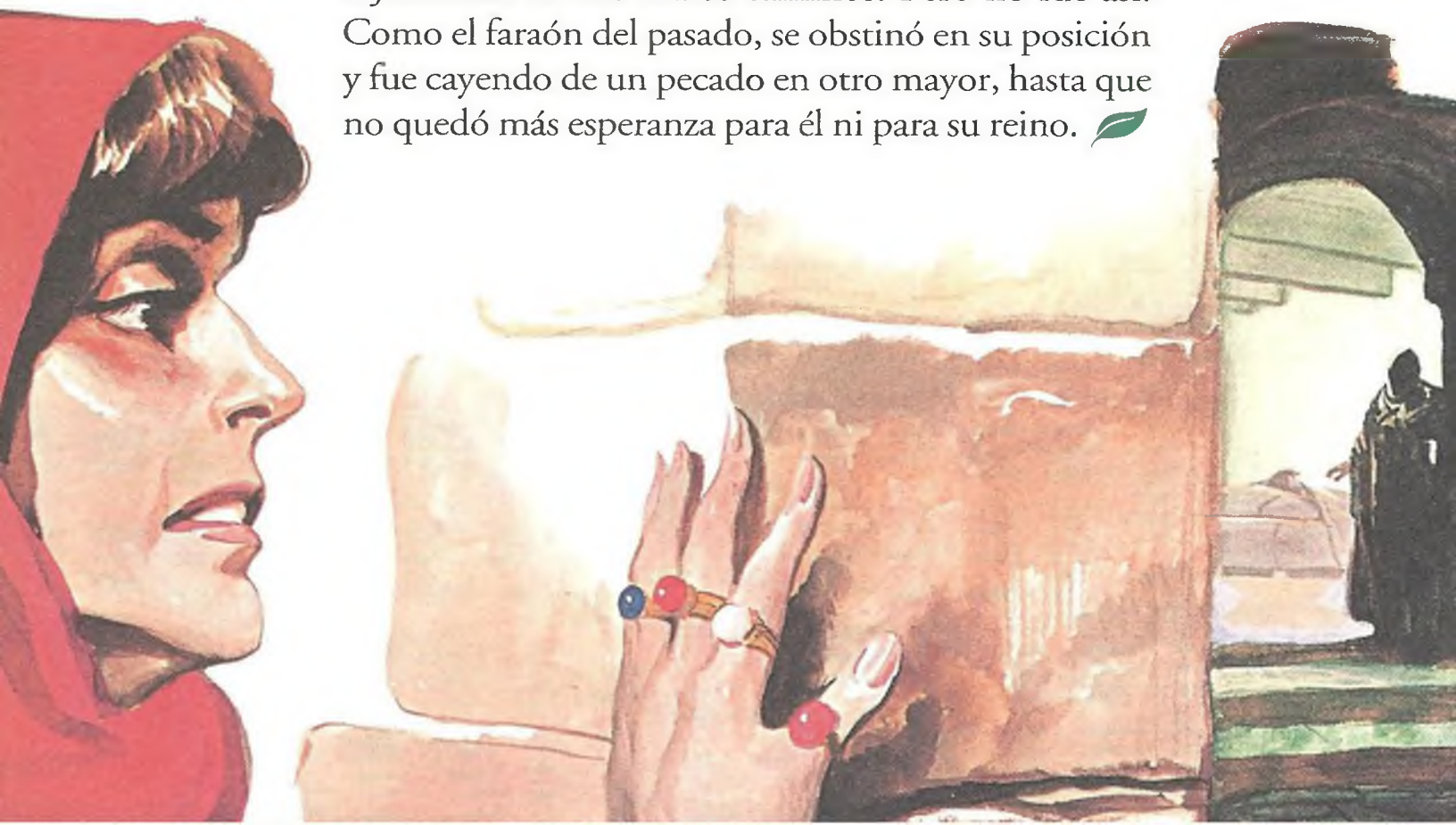
Ahías tenía un mensaje igualmente desalentador para las 10 tribus que Jeroboán había conducido por el sendero del pecado:

–"El Señor... los desarraigará de esta buena tierra que les dio a sus antepasados y los dispersará más allá del río Éufrates, porque se hicieron imágenes... y provocaron así la ira del Señor".

Cuando Ahías terminó de hablar, la reina se fue muy triste, preguntándose de qué manera podría comunicarle a su esposo todo lo que el profeta le había dicho.

Apenas llegó al palacio, "en el momento en que atravesó el umbral de la casa, el muchacho murió". Y desde ese momento la reina no tuvo dudas de que todos los terribles prenuncios que Ahías había hecho se cumplirán al pie de la letra.

Tal vez pienses que todo esto habrá bastado para hacer volver a Jeroboán de sus malos caminos. Pero no fue así. Como el faraón del pasado, se obstinó en su posición y fue cayendo de un pecado en otro mayor, hasta que no quedó más esperanza para él ni para su reino.



El ídolo de la abuela

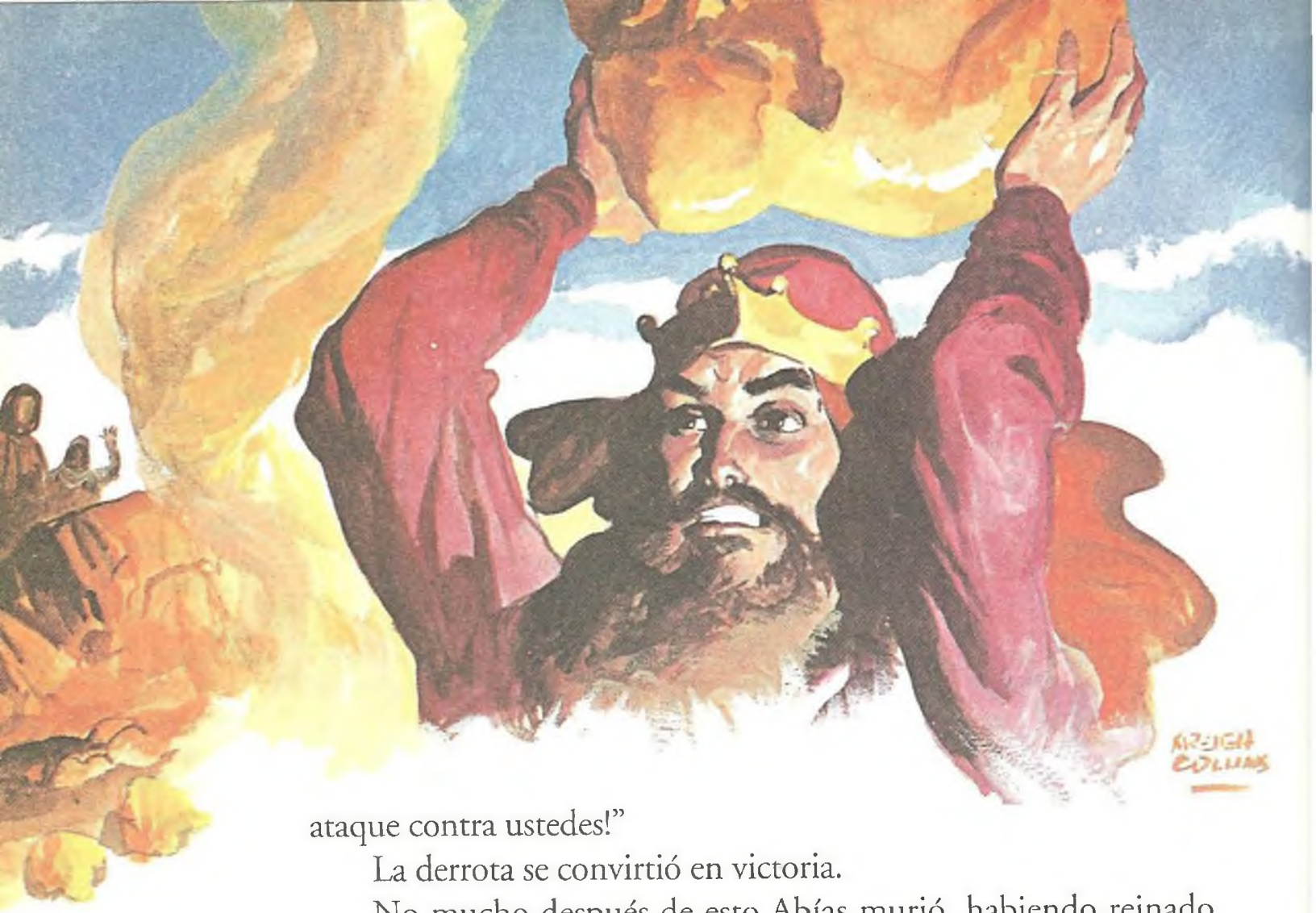
(1 Reyes 15:1-14; 2 Crónicas 13:1 a 15:17)

MÁS al sur, en el reino de Judá, el rey Roboán había muerto. En su lugar reinaba Abías, cuya madre Macá había sido la esposa favorita de Roboán.

Macá era nieta de Absalón y biznieta de David. Se había interesado tanto por las religiones paganas que las esposas de Salomón habían traído a Jerusalén, que adoraba los ídolos que ellas habían mandado a fabricar. Peor aún, ella le enseñó a su hijo todas estas cosas malas, de tal manera que Abías "cometió todos los pecados que, antes de él, había cometido su padre, pues no siempre fue fiel al Señor su Dios".

Sin embargo, Abías no fue un rey completamente malo. Un día, fue atacado por un gran ejército conducido por Jeroboán. La derrota parecía inevitable. Pero Abías le dijo a Jeroboán y sus soldados:

–"Nosotros, en cambio, no hemos abandonado al Señor, porque él es nuestro Dios... Así que Dios, con sus sacerdotes, va al frente de nosotros. ¡Las trompetas están listas para dar la orden de



ataque contra ustedes!"

La derrota se convirtió en victoria.

No mucho después de esto Abías murió, habiendo reinado solo tres años. Le sucedió su hijo Asá, quien hizo "lo que era bueno y agradable ante el Señor su Dios. Se deshizo de los altares y santuarios paganos, destrozó las piedras sagradas, y derribó las imágenes".

La Biblia no nos dice quién educó a Asá cuando era pequeño; pero podemos estar seguros de que no fue su abuela. Ella continuó adorando su propio ídolo privado hasta que un día, cuando Asá se sintió lo suficientemente fuerte, "destituyó a su abuela Macá de su puesto como reina madre, porque ella se había hecho una escandalosa imagen de la diosa Aserá. Asá derribó la imagen y la quemó en el arroyo de Cedrón", a las afueras de Jerusalén.

Se debe haber necesitado mucho valor para atreverse a quemar el ídolo de la abuela; pero a Dios le agradó la acción de Asá y lo

bendijo de muchas maneras.

Cierto día, los cusitas salieron a atacar a Judá con "un ejército de un millón de soldados y trescientos carros de guerra". Asá se sintió alarmado, pero clamó a Dios, diciendo: "Señor, sólo tú puedes ayudar al débil y al poderoso. ¡Ayúdanos, Señor y Dios nuestro, porque en ti confiamos, y en tu nombre hemos venido contra esta multitud! ¡Tú, Señor, eres nuestro Dios! ¡No permitas que ningún mortal se alce contra ti!".

En respuesta a esta hermosa oración, Dios golpeó a los cusitas y ellos huyeron. "Allí cayeron los cusitas, y ni uno de ellos quedó con vida".

No mucho después de esto, el profeta Azarías, hijo de Obed, vino al encuentro del rey Asá, y le dijo:

–"El Señor estará con ustedes, siempre y cuando ustedes estén con él. Si lo buscan, él dejará que ustedes lo hallen; pero si lo abandonan, él los abandonará... Pero ustedes, ¡manténganse firmes y no bajen la guardia, porque sus obras serán recompensadas!"

Cuando Asá oyó estas palabras "se animó a eliminar los detestables ídolos que había en todo el territorio de Judá y Benjamín".

Durante 41 años el buen rey Asá gobernó desde Jerusalén. Él fue uno de los mejores reyes de Judá. Es cierto que cometió algunos errores, pero su corazón "se mantuvo siempre fiel al Señor". Y qué maravilloso es que Dios diga esto de un hombre.

De mal en peor

(1 Reyes 15:25 a 16:33)

LAS cosas iban yendo de mal en peor para el reino del norte de Israel. Después de la muerte de Jeroboán, su hijo Nadab ocupó el trono; pero este fue tan perverso como su padre e "hizo lo que ofende al Señor".

Nadab no duró mucho; apenas dos años. Pues un hombre llamado Basá conspiró contra él, lo mató y tomó su reino. Para asegurarse de que ninguno de los demás hijos de Jeroboán intentara quitarle el reino, Basá "mató a toda la familia de Jeroboán. No dejó vivo a ninguno de sus descendientes, sino que los eliminó a todos", tal como el profeta Ahías había dicho que sucedería.

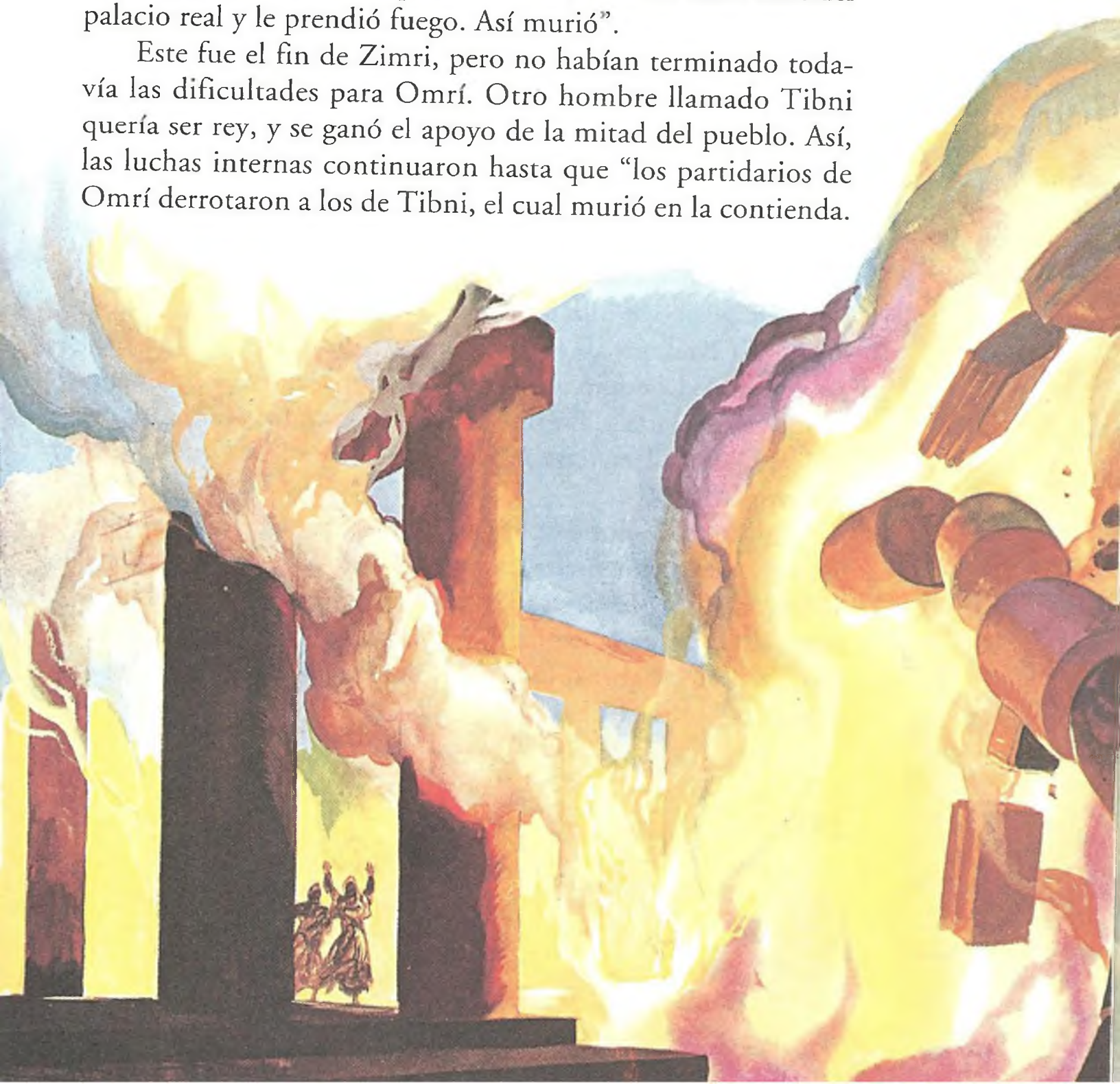
Basá ocupó el trono durante 24 años, pero no fue mejor que Jeroboán. "Hizo lo que ofende al Señor" a pesar de que el Señor envió al profeta Jehú para que le advirtiera de lo que le ocurriría si no enmendaba sus caminos.

Cuando Basá murió, subió al trono su hijo Elá, quien reinó dos años. Era borracho, y Zimri, jefe de la mitad de los carros del ejército, conspiró contra él y lo mató.

De ese modo Zimri se nombró a sí mismo rey; pero solo permaneció en el trono siete días. Mientras estaba ocupado matando a todos los parientes de Basá, el pueblo de Israel nombró como rey a Omrí.

Omrí y sus hombres marcharon contra la ciudad capital de Tirsá, donde Zimri vivía, y la capturaron. "Cuando Zimri vio que la ciudad estaba a punto de caer, se metió en la torre del palacio real y le prendió fuego. Así murió".

Este fue el fin de Zimri, pero no habían terminado todavía las dificultades para Omrí. Otro hombre llamado Tibni quería ser rey, y se ganó el apoyo de la mitad del pueblo. Así, las luchas internas continuaron hasta que "los partidarios de Omrí derrotaron a los de Tibni, el cual murió en la contienda.



Así fue como Omrí ascendió al trono".

Omrí fue rey durante 12 años. Durante su reinado, hizo algo de gran importancia. Compró una colina por dos talentos de plata (70 kilogramos) y edificó una ciudad sobre ella. Llamó a esta ciudad Samaria y mudó allí su capital.

Esa era una magnífica ocasión para comenzar de nuevo. Todo era nuevo, limpio y hermoso. Todo lo que era malo, todo lo que pertenecía a los antiguos malos días, podría haber sido dejado atrás. No obstante, si bien dos talentos de plata podían pagar una colina, no podían convertirla en santa. La plata permitía adquirir casas y tierra, y hasta un nuevo palacio para el rey; pero no la paz y la justicia. Para ello se necesitaba algo más, que nadie poseía.

Cuando Omrí murió, su hijo Acab subió al trono en su lugar. "Como si hubiera sido poco el cometer los mismos pecados de Jeroboán hijo de Nabat, también se casó con Jezabel hija de Et Baal, rey de los sidonios, y se dedicó a servir a Baal y a adorarlo. Le erigió un altar en el templo que le había construido en Samaria... En fin, hizo más para provocar la ira del Señor, Dios de Israel, que todos los reyes de Israel que lo precedieron".

Así, solo 62 años después de la muerte de Salomón, el pueblo de Israel había vuelto completamente las espaldas a Dios. Su rey era un idólatra; su reina, una mujer pagana; y en el lugar más destacado de la capital había un templo a Baal. La situación no podría haber sido peor. El escenario estaba listo para la llegada del profeta Elías.

4

Seguramente has escuchado la historia del pequeño David que derrotó al gigante Goliat.

Pero esta es solo una de las muchas aventuras de David que presenta el tomo 4 de Las bellas historias de la Biblia. Escóndete con David entre las montañas, mientras él juega peligrosamente al gato y al ratón con el rey Saúl. Acompáñalo a conquistar Jerusalén después de ser coronado rey. Al explorar el Antiguo Testamento, desde 1 Samuel 16 hasta 1 Reyes 16, también leerás acerca de Salomón, el hijo de David, y de la bella reina de Sabá.

La ilustración de la portada es de Harry Anderson